

CAPITULO XIII

Diplomacia y política filibusteras

Establecida la paz en Nicaragua y siendo ya su posición más fuerte por la constante llegada de reclutas, la preocupación inmediata de Walker fue que los otros gobiernos reconocieran al del señor Rivas. En tales circunstancias, a poco de haberse firmado el convenio del 23 de octubre, envióse a los estados centroamericanos una circular dándoles a conocer las cláusulas del mismo, y expresando el deseo de la República de Nicaragua de mantener armoniosas y fraternales relaciones con sus vecinos. Sólo El Salvador acusó recibo oficialmente. El 22 de noviembre de 1855, el señor Enrique Hoyos, Ministro de Relaciones Exteriores de esa república, comunicó al gobierno de Nicaragua el agrado que le causaba saber que por fin ese país hermano tenía ante sí la perspectiva de un futuro tranquilo y la esperanza de afianzar su felicidad y prosperidad. (1).

En El Salvador mandaba el partido democrático y era por tanto natural que le complaciera el éxito de un elemento afin en Nicaragua. El periódico *El Rol*, órgano de los líderes democráticos, había aplaudido la toma de Granada y expresado gran admiración por William Walker, a quien elogiaba como al sucesor de Morazán. (2). También Honduras, liberal o democrática, simpatizaba con el nuevo estado de cosas en Nicaragua. Su presidente, el General Trinidad Caba-

(1) Montúfar, Pág. 186.

(2) El *Herald*, de Nueva York, con fecha 30 de marzo de 1856, contiene la traducción de un largo artículo aparecido en *El Sol* el 2 de enero, en el que se defiende a Walker y a sus partidarios de ataques vertidos por los conservadores. Termina con esta declaración: "Esta tan pregonada invasión a Nicaragua por los norteamericanos no es sino una invectiva y una columna del partido aristocrático".

ñas, había sido adicto y amigo fiel de Morazán, y era fervoroso partidario de la unión centroamericana. Pero las ideas políticas de Cabañas estaban en pugna con las de Carrera, el presidente de Guatemala, paladín de los derechos estatales, o sea del individualismo estatal, y le declaró guerra a Honduras derrotando a Cabañas quien huyó a El Salvador. Cabañas volvió sus ojos a Nicaragua en solicitud de ayuda para recuperar el poder, y pocas semanas después de la toma de Granada Walker lo invitó a venir a la ciudad a hacer su petición personalmente. El general en jefe, al tener noticia de que estaba cerca, envió a Hornsby a encontrarlo, y el 3 de diciembre le dio la bienvenida con toda muestra de consideraciones. En la última guerra civil había ayudado de muchas maneras a los demócratas hasta el punto de enviarles un contingente de sus propias tropas. Había dado asilo a Jerez y a Castellón cuando éstos huían de don Fruto Chamorro, y los pertrechó para que comenzaran su revolución, la que fue causa de la llegada de Walker a Nicaragua. Creía, por consiguiente, pedir ayuda como cuestión de derecho y no de gracia. Jerez, a la sazón Ministro de Relaciones Exteriores, opinaba de corazón que debía respaldarse a Cabañas, con quien tenía una profunda deuda de gratitud. Walker, quien no había ido a Nicaragua a diezmar sus fuerzas en provecho de caciques locales, se opuso a la petición. Adujo en defensa de su actitud que una invasión a Honduras sería vista por sus enemigos como prueba de querer llevar a cabo una guerra de conquista. Parece que esta excusa satisfizo a Rivas, quien no dio ninguna respuesta definitiva, y hasta que Cabañas se hubo ido a León mandó a decirle que no podría ayudársele. Al saberlo Jerez, el más destacado demócrata del país, renunció a su cargo en el gabinete. Poco después de esto Selva puso también su renuncia cuando Walker dio un puesto en el gobierno a un legitimista. Así, como antes con los legitimistas, comenzó el filibustero a indisponerse con los demócratas. Casi todo lo de importancia que hacía le acarrecaba nuevos enemigos. Cabañas, amargamente decepcionado, se regresó a El Salvador, el único estado afecto a Walker, y comenzó

allí una campaña de activa agitación contra los americanos invasores. Soliviantó a los liberales con un manifiesto hostil a Walker, y el gobierno envió a un portapliegos, el Coronel Justo Padilla, con cartas inquisidoras del por qué se elevaba el número de tropas americanas; pedía el gobierno salvadoreño que se pusiera fin a la inmigración. El comisionado llegó al tiempo que arribaban los doscientos cincuenta filibusteros enviados de Nueva Orleans por Vanderbilt y, como para hacer alarde de toda su gente, Walker los hizo desfilar cuando Padilla lo visitó en su cuartel. (1). Ya no quedaba más que un ministro en el gabinete de Rivas, y era él don Fermín Ferrer. Este incondicional de Walker fue nombrado entonces ministro general. Ferrer explicó a Padilla que el incremento de las tropas respondía a la hostilidad demostrada por las repúblicas vecinas, especialmente Costa Rica, contra el gobierno de Rivas. El Salvadoreño se estuvo un rato en la plaza mirando a los filibusteros hasta que entraron en su cuartel. Luego, moviendo negativamente la cabeza, exclamó: ¡"Muchos soldados", y pensativo se alejó paso a paso de allí. (2).

La república de Costa Rica era el baluarte del partido conservador en la América Central, y muchos de los más prominentes legitimistas fueron a refugiarse allá después de la caída de Granada. El **Boletín Oficial**, órgano del gobierno, atacó vigorosamente al nuevo régimen de Nicaragua, y el Presidente don Juan Rafael Mora no sólo pasó por alto la circular enviada por Rivas a las cuatro repúblicas centroamericanas, sino que el 20 de noviembre, menos de un mes después de haberse firmado en Nicaragua el convenio de paz entre legitimistas y demócratas, lanzó una ampulosa proclama declarando que la paz de la patria estaba en peligro: "Una gavilla de advenedizos", decía, "escoria de todos los pueblos, condenados por la justicia de la Unión Americana, no encontrando ya donde con qué saciar su voracidad, hoy están proyectando invadir a Costa Rica para buscar en nuestras

(1) **Herald**, de Nueva York, 13 de abril de 1856.

(2) Montúfar, Págs. 187 - 207; **La Guerra de Nicaragua**, Págs. 154 - 60, por Walker; **Herald**, de Nueva York, 4 y 13 de abril de 1856.

esposas e hijas, en nuestras casas y haciendas, goces a sus feroces pasiones, alimento a su desenfrenada codicia. Necesitaré pintaros los terribles males que de aguardar fríamente tan bárbara invasión puedan resultarnos?

“No; vosotros lo comprendéis; vosotros sabéis bien qué puede esperarse de esa horda de aventureros apóstatas de su patria; vosotros conocéis vuestro deber.

“¡Alerta pues costarricenses! No interrumpáis vuestras nobles faenas, ¡pero preparad vuestras armas!” (1).

Walker prontamente vio la necesidad de hacer algo por atraerse a esa república. En consecuencia, el 17 de enero de 1856 dirigió una carta personal al Presidente Mora en la que negaba tener ninguna intención hostil contra la América Central, y declaraba haber ido a Nicaragua con el fin de implantar el orden y un buen gobierno, expresando además “fervientes deseos de paz y concordia entre las hermanas repúblicas de Costa Rica y Nicaragua”. (2). En febrero Rivas dio un paso más adelante todavía nombrado a Louis Schlessinger, judío alemán, comisionado especial ante el gobierno de Costa Rica. Había llegado este hombre a Nicaragua muy bien recomendado y era de los pocos soldados de Walker que hablaban perfectamente el español. Schlessinger fue uno de aquellos pasajeros del **Northern Light** contra quienes el gobierno americano diera orden de captura el 24 de diciembre. Mientras la policía lo buscaba en el barco él cambiaba ropas con un marinero y se rasuraba la barba. Luego salió tranquilamente a cubierta con chaqueta impermeable y camiseta a rayas, libre de toda sospecha. (3). Junto con Schlessinger fueron también W. A. Sutter, Capitán filibustero, y don Manuel Argüello, destacado legitimista. Creyóse que la presencia de Argüello contribuiría a que los refugiados legiti-

(1) *La Compañía Nacional Contra los Filibusteros en 1856 y 1857*, Pág. 8, por Joaquín B. Calvo.

(2) *Montúfar*, Págs. 204 - 6.

(3) *Herold*, de Nueva York, 14 de enero de 1856.

mistas en Costa Rica cambiaran de actitud y regresaran a sus casas. Schlessinger llevaba el encargo especial de tratar de borrar la falsa impresión que se tenía del gobierno Rivas-Walker y protestar contra las maquinaciones de los emigrados legitimistas. El comisionado encontró sólo hostilidad. A él y a Sutter se les mandó salir inmediatamente del país; Argüello se quedó y más tarde se unió a las filas del ejército costarricense. (1). Como ya podía verse, los estados vecinos no eran amigos del régimen filibustero.

Sólo en Nicaragua podía Walker contar con algo así como simpatía momentánea de la ciudadanía. Desde un principio el clero nicaragüense estuvo de su parte. Siendo por naturaleza y profesión hombres de paz, no podían los curas ser partidarios de las guerras civiles, y se habían visto obligados a contemplar sus destrozos como espectadores silenciosos mientras los beligerantes hacían fortalezas de sus templos, y los cañoneaban. A raíz de haber entrado Walker a Granada el cura de la ciudad, Presbítero Agustín Vijil, lo ensalzó llamándolo "ángel tutelar, estrella del Norte". A poco de eso, el Vicario Capitular del Obispado Monseñor José Hilario Herdocia, le envió desde León felicitaciones por haber restaurado la paz en Nicaragua; Walker le contestó en esta forma: "Me es muy grato saber que la autoridad de la Iglesia apoya al actual gobierno. Sin el auxilio de los sentimientos y de los maestros religiosos no puede haber buen gobierno, pues el temor a Dios es la base de toda organización política y social. Deposito en Dios mi confianza para alcanzar el éxito en que estoy empeñado y lograr la estabilidad de los principios que invoco. Sin su ayuda todos los esfuerzos humanos son vanos, pero con su auxilio unos pocos pueden triunfar contra una legión". (1). La influencia del clero era principalmente palmaria entre el elemento conservador, por tal razón muchos de ese partido se amoldaron al nuevo orden de cosas. Fue el clero asimismo eslabón entre la indiana supersticiosa y la aparición de Walker. La aversión

(1) *La Guerra Nacional*, Pág. 160, por Walker.

(2) Montúfar, Págs. 167 - 8; *Memorias*, por Pérez, Pág. 168.

de los indios contra los extranjeros nació del prejuicio racial, y en el distrito de Matagalpa se alzaron contra el nuevo gobierno. Walker, en vez de mandar soldados a combatirlos, mandó a un sacerdote. El clérigo los apaciguó a punta de sermones. Don Jerónimo Pérez, abcegado partidista, opina que si Walker hubiera garantizado vida y propiedad a los legitimistas, éstos lo habrían apoyado. Pero el historiador olvida que en los precisos momentos en que Corral, el jefe militar del partido legitimista, juraba sobre los Evangelios apoyar a Walker, conspiraba para derrocarlo. Parece que los escritores centroamericanos no creían que las obligaciones de filibusteros y nicaragüenses debían ser recíprocas. Los demócratas vieron primero en Walker su arca de salvación, pero jamás estuvieron plenamente convencidos de que los propósitos de él fuesen idénticos a los suyos; y así creció gradualmente en ellos la desconfianza. No obstante eso, ambos bandos prefirieron a su debido tiempo ver en el poder a un extranjero antes que a un compatriota enemigo. Durante la guerra civil, según el propio Pérez, muchas familias corrieron a refugiarse en sus haciendas de Chontales, Matagalpa y Segovia, alejándose así del teatro de la guerra, y cuando se les decía que por ahí andaban merodeando soldados, deseaban sinceramente que fuesen filibusteros, puesto que odiaban a éstos menos que a sus paisanos del bando contrario. (1).

Aunque parezca extraño, las relaciones de Walker con el clero y la Iglesia han sido más desfiguradas que cualquier otro aspecto de su carrera. Sir William Gore Ousley, representante diplomático en 1859 de la Gran Bretaña en la América Central, escribió a Lord Malmesbury diciéndole que Walker profanó templos y vistió a sus hombres con las vestiduras sacerdotales para remedar la elevación de la hostia. (2). Sólo los extranjeros podían creer tales cuentos; la actitud del clero netamente nicaragüense basta para refutar semejante aserto. (3).

(1) Montúfar, Pág. 172.

(2) *British State Papers*, L., Pág. 216.

(3) El primero de los cincuenta y tres "Artículos del Reglamento Militar del Ejército de

Parker H. French, siendo Ministro de Hacienda, explotó esa amigabilidad del clero pidiéndole en préstamo al Vicario Herdocia los fondos de la parroquia de Granada, para ayudar con ello a la pacificación del país. El prelado accedió dándole a French 963 onzas de plata fina en barras. (1).

Fue en parte debido a esta manifiesta rapacidad de French que Walker resolvió sacarlo de Nicaragua. Antes del convenio del 23 de octubre Marcoleta era quien representaba al gobierno legitimista en Washington. Al firmarse aquel convenio, por acuerdo de ambos partidos, el gobierno representado por Marcoleta lógicamente dejaba de existir. Sin embargo, el Presidente legitimista don José María Estrada, quien logró escapar cuando la toma de Granada, lanzó un manifiesto declarando que al firmar Corral el convenio se había excedido en sus facultades y que tal documento, por tanto no tenía ninguna validez. Juzgó de ilegal al gobierno provisional, y de traidores a todos sus colaboradores. En Nueva Segovia instaló su gobierno que afirmaba era el único legalmente constituido en Nicaragua. Marcoleta, por consiguiente, seguía en su puesto de Washington alegando ser el representante del gobierno de Estrada. (2). Esto planteaba al gobierno de Pierce un problema de difícil solución. El Departamento de Estado no podía reconocer la legitimidad del gobierno de Estrada que no era sino nominal. Por otra parte, el romper relaciones con Marcoleta hubiera sido interpretado como estímulo a la invasión de Nicaragua, que era precisamente lo que el gobierno de Pierce quería evitar a todo trance, sobre todo porque ello habría equivalido a agitar un trapo rojo en la cara de Inglaterra. Así estaban las cosas y

la República de Nicaragua', redactado por Walker, dice:

"Artículo 1o. Instase encarecidamente a todos los soldados que asistan a los oficios divinos, y cua'quier oficial o soldado que no se comporte debidamente en la celebración de ellos será juzgado en consejo de guerra y castigado conforme a la magnitud de la ofensa cometida".

- (1) Dice Pérez en sus **Memorias**, II Parte, Pág. 6, que la plata fue tomada del Altar Mayor de la iglesia de la Merced, Granada, y también del reyo de la Virgen de la Iglesia del vicario.
- (2) Manuscritos del Departamento de Estado, Oficina de Índices y Archivos, Notas Legaciones de la América Central, II., Senate Ex. Doc. 68, 34 Cong., 1 Sess., 145 - 7.

Marcoleta siempre en sus trece; nadie sabía a quién enviaba él sus oficios ni de quién recibía instrucciones. El gobierno de Rivas había anulado el nombramiento de Marcoleta, pero el Departamento de Estado no podía aceptar oficialmente esa medida sin antes reconocer la legalidad de tal gobierno.

Esa era la situación cuando Walker resolvió deshacerse de French enviándolo a Estados Unidos como representante diplomático de Nicaragua. De lo que se ha dicho respecto de este individuo ha de deducirse que con dificultad pudo escogerse a uno peor para el cargo. Las razones que Walker da para haberlo seleccionado fueron escritas después que French demostró incapacidad. Es más que probable que cuando se hizo el nombramiento de French, Walker ignorara las peores cualidades del carácter de ese individuo, como también su pasado, pues es a duras penas creíble que se hubiera enviado como representante del Gobierno de Nicaragua a un hombre que, de haber sido justamente calificado, se le habría llamado perverso. Sin embargo, no hay razón para dudar que al hacer el nombramiento influyera mucho en Walker el deseo de salir de él pensando que tal vez en otro ambiente moderaría sus malas inclinaciones puestas de manifiesto en Nicaragua. Walker no sólo erró al enviar a un sujeto de la estofa y del pasado de French, sino también en que el hombre escogido fuese un ex-ciudadano de Estados Unidos. El sentido común decía que debía enviarse a un nicaragüense inteligente.

French llegó a Washington en diciembre de 1855, y el 19 escribió a Marcy pidiéndole una entrevista previa a su presentación de credenciales como Ministro de Nicaragua. Dos días después le contestó Marcy diciéndole que "los hombres que derrocaron al gobierno de Nicaragua no son ciudadanos de esa nación", y que tampoco los ciudadanos nicaragüenses, por cuanto se sabía, "estaban contentos con la situación política de Nicaragua". Cuando se viera que el nue-

vo gobierno tenía el apoyo de la ciudadanía, Estados Unidos reanudaría relaciones diplomáticas con él. (1).

Y Marcoleta en las mismas. El día de Año Nuevo estuvo en la Casa Blanca junto con los demás miembros del cuerpo diplomático en la recepción ofrecida por el Presidente, y se observó que muchos ministros se esmeraban en rodearlo. Manera pulcra esa de dar un bofetón al "destino manifiesto". (2). No es extraño, pues, que el ministro de un gobierno no reconocido pero que se codeaba de igual a igual con los diplomáticos acreditados, despertase interés tan grande. Era pública voz y fama que por sus servicios prestados a Nicaragua, Marcoleta jamás había recibido un solo real de sueldo. "La generosidad de este caballero que sirve a un gobierno que no tiene con qué pagarle, sólo se compara a su devoción para seguir sirviéndole a sabiendas de que ya murió", decía el **Herald**, de Nueva York; "y él sigue en la brecha con una constancia y abnegación sin paralelo en los anales de la diplomacia, representando al espíritu de un ente muerto y sepultado largo tiempo ha.". (3). Cesó al fin en sus funciones Marcoleta cuando se le notificó verbal y extraoficialmente que el gobierno al cual pretendía representar había dejado de existir, y que el único partido que afirmaba ejercer el dominio político de Nicaragua negaba tener ninguna relación con él.

No habiendo recibido él tampoco ningún aliento de Washington, French prosiguió viaje a Nueva York a donde llegó más cabizbajo, pero no más discreto; allí se enfrascó en la disputa que con McKeon tuvo acerca del reclutamiento, según se vio en el capítulo anterior. A muchos sorprendió que el gobierno no hubiese reconocido a French. La prensa estadounidense, que con pocas excepciones simpatizaba con la aventura filibustera, comenzó a criticar la actitud de Marcy. Hubo diarios que hasta atribuyeron la animosidad de Pierce contra Walker al hecho de haber éste apoyado el año ante-

(1) House Ex. Doc. 103, 34 Cong., 1 Sess., 57, 75.

(2) El **Sun**, de Nueva York, 3 de enero de 1856.

(3) **Herald**, de Nueva York, 12 de enero de 1856.

rir a Broderick, el candidato anti-gobiernista para senador de California. (1). Decían otros que la culpa era de Walker por la manera cómo había tratado a Kinney, dado que Sidney Webster, secretario privado de Pierce, y Caleb Cushing, el Fiscal General, tuvieron en un tiempo participación económica en la Compañía de la América Central, y que ahora ellos naturalmente, hundían el platillo de la balanza en contra de Walker por haber el filibustero negado validez a los reclamos de tierra hechos por la citada compañía. (2). French y Fabens —este último recién llegado a Nueva York en carácter de agente de colonización— fueron quienes dieron a entender tales cosas; había obtenido el primero tanta publicidad por la pugna con McKeon, que se le llenó de huma la cabeza. Los amigos del gobierno republicano replicaron revelando ciertos oscuros negocios de French en el pasado. Sacóse a luz especialmente un informe del Comité de Asuntos Militares del Senado, elaborado apenas un año antes, en el que aparecía tiznado el presunto diplomático. (3). Decía este documento que en 1850, cuando French encabezaba una caravana de emigrantes sobre su muy pregonada ruta a California, llegó a un puesto militar en San Antonio, Texas, donde pidió le vendieran provisiones. En aquellos días los puestos militares del camino tenían autorización del Departamento de Guerra para vender —si sus existencias lo permitían— provisiones a los emigrantes que iban rumbo al Oeste; con arreglo a eso, se le permitió a French comprar mercaderías del gobierno por valor de dos mil dólares. Hizo la transacción con una carta de crédito de la casa bancaria Howland & Aspinwall, de Nueva York. Se descubrió más tarde que la tal carta era falsificada; y estafó también a otros comerciantes de San Antonio. La divulgación de este informe produjo

- (1) Es interesante observar que la negativa de Pierce para recibir a French la atribuyeran los miembros del partido "know nothing" ("no sé nada") a complacencia del partido demócrata con los votantes católicos. Ver **Americans Contrasted with Foreignism, and Bogus Democracy**, Págs. 99 - 100, por William G. Brownlow (Nashville, 1856).
- (2) Libro de recortes de Wheeler, Vol. 5, Págs. 17 y 53; y **Herald**, de Nueva York, 23 de enero de 1856.
- (3) Véase Informe 455 del Senado, 33 Cong., 2 Sess.

un cambio repentino en la opinión pública, y fue ese tan rudo golpe a la causa de Walker como también eficaz represalia que de esa manera ejerció el muy criticado gobierno. (1).

Nunca un héroe populachero se vino más rápidamente al suelo. Cuando la prensa se dio cuenta de que el hombre que se pedía al gobierno reconocer como diplomático no era sino un ladrón, la simpatía de que gozaba se trocó en repugnancia. Y comenzaron a decir de French: "No es palomita sino gavilán", "es un chantajista de marca mayor", y cosas por estilo. (2). "Con honda desilusión", decía el *Mercury*, de Nueva York, "digamos como Sir Harcourt": "¿Hay por ahí quienquiera llevarse a este hombre?". (3). Si bien no manifestaban admiración por el ministro de Walker, varios periodistas seguían alegando que debía reconocérsele su carácter oficial. "No es el Coronel French, de dudosos antecedentes, quien pide ser oído por nuestro gobierno", sostenía uno, "sino el representante de una nación soberana". (4). "A hombres peores que el Coronel French se les ha recibido como ministros, y hombres notoriamente nocivos desempeñan elevados cargos en gobiernos con los cuales tenemos relaciones amistosas", decía otro. "No es tan inmaculada la moral internacional para que por remilgos no se acepte al Coronel French en los círculos diplomáticos". (5).

French persistió en sus esfuerzos por ser recibido, y el 5 de febrero fue recusado de nuevo. (6). Walker, al saber lo que pasaba con French, hizo que Rivas anulase el nombramiento de su ministro y cortara relaciones con Wheeler en Granada hasta que el gobierno americano cambiara de actitud. (7). En su número del 12 de enero **El Nicaragüense** co-

- (1) Para más datos de las fechorías de French consúltese *Journals of the Sufferings and Hardships of Captain Parker M. French's Overland Expedition*, por William Miles. (Chambersburg, 1851); y *Reminiscences of a Ranger*, Págs. 261-'5, por Bell.
- (2) Libro de recortes de Wheeler, Vol. 5, Pág. 46.
- (3) *Mercury*, de Nueva York, 27 de enero de 1856.
- (4) *Times*, de Nueva York, 26 de enero de 1856.
- (5) *Sun*, de Nueva York, 15 de enero de 1856.
- (6) House, Ex. Doc. 103, 34 Cong., 1 Sess., Pág. 76.
- (7) Senate, Ex. Doc. 68, 34 Cong., 1 Sess.

mentó la posición de Marcy en un muy notable editorial que el **Times** calificó de "bien escrito, de alta calidad, y de un razonamiento que denota talento y gran capacidad". En este artículo Walker recuerda a Marcy que Estados Unidos obtuvo su independencia con la ayuda de Lafayette, DeKalb, y Steuben, quienes, conforme al criterio del Secretario de Estado, tenían que estar catalogados como filibusteros. Luego pasando al punto de que French era ex-ciudadano de Estados Unidos, cita el hecho de que George III, de Inglaterra, aceptó a John Adams, ex-súbdito británico, como ministro de Estados Unidos tan pronto se hizo la paz entre ambas naciones. La lectura de este editorial nos trae a la memoria el juicio que el Magistrado Field emitió acerca de Walker como abogado de Marysville, cuando dijo que sus argumentos eran ingeniosos, pero no convincentes.

El resultado más importante de la recusación de French fue la reacción que produjo en los otros gobiernos centroamericanos, los que, después de haber visto el desenlace de la guerra méxico-americana, advertían ahora que el gobierno americano demostraba cierta flojera en impedir el reclutamiento de filibusteros para invadir Nicaragua. La nota en la cual Marcy manifestaba que el gobierno Rivas-Walker no era la auténtica expresión de un pueblo y que no tenía aún su pleno apoyo fue pregonada a pulmón lleno en todos los círculos centroamericanos y dio más fuerza al puño de los que planeaban la destrucción de Walker. (1).

Caído ya de la estima pública en Nueva York, French salió para Nueva Orleans, de donde partió a San Juan del Norte con un numeroso contingente de aventureros. Walker lo recibió con frialdad diciéndole que el gobierno de Nicaragua no necesitaba ya de sus servicios. Se fue de vuelta a Nueva Orleans haciéndose pasar por enviado en misión del gobierno nicaragüense. (2). El 28 de abril junto con Pierre

(1) Montúfar, Págs. 163 - 4.

(2) Montúfar, Pág. 163; **Herald**, de Nueva York, 4 y 25 de abril de 1856.

Soulé habló en un mitin celebrado en Nueva Orleans en apoyo de los americanos de Nicaragua. (1). Luego regresó a Nueva York donde trató de interesar a Vanderbilt en la creación de una nueva compañía naviera, e intentó también publicar un folleto sobre los recursos naturales de su patria adoptiva. Pronunció varias conferencias en diversas ciudades sobre Nicaragua proclamando siempre su lealtad a Walker, aunque sin desmentir lo que se decía de su rompimiento con él. Cuando a Nicaragua llegaron noticias de sus actividades, **El Nicaragüense** puso al ex-filibustero en su justo lugar diciendo: "No tiene ninguna relación con este gobierno; y para demostrarlo afirmamos que al presente se dedica a hacernos todo el mal de que es capaz su inteligencia . . . Afortunadamente, no puede causar ningún daño material. (2). Esto lo reprodujeron muchos periódicos americanos, y fue razón suficiente para que el candil de French se apagara de momento.

En la primavera de 1856, al aproximarse las fechas de las convenciones de los partidos políticos americanos, y cuando se acaloraban los debates sobre los programas de los candidatos presidenciales, saltaba a la vista que la actitud del gobierno respecto del filibusterismo sería un factor que señalaría la pauta de la convención democrática. En todas las principales ciudades empezaron a efectuarse mitines en los que descoltantes políticos se pronunciaban en favor de Walker. Comenzó a predecir que la hostilidad demostrada por el gobierno de Pierce contribuiría a derrotar sus intentos de re-postulación, puesto que probablemente la plataforma democrática aprobaría lo que estaban haciendo los Americanos en la América Central. Acusábase también a Pierce y a sus asesores de ser demasiado complacientes con Inglaterra, y como ejemplo de ello citábase la negativa de reconocer a Walker.

(1) **Advertiser and Gazette**, de Montgomery, 3 de mayo de 1856.

(2) **El Nicaragüense**, 26 de abril, reproducido por el **Herald** de Nueva York el 2 de junio de 1856.

Enterado Walker de que se ejercía presión política contra Pierce, creyó oportuna la ocasión para hacer un nuevo esfuerzo en pro de su reconocimiento. Escaldado por el desacierto cometido con el envío de French, escogió a un representante contra quien no podría alegarse nada. Este fue el Padre Agustín Vijil, cura de Granada, quien en más de una oportunidad había demostrado simpatía por los americanos, y partió a Estados Unidos como ministro del gobierno de Rivas. Un historiador nicaragüense contemporáneo de Vijil y no simpatizante suyo, describe al padre diciendo que poseía memoria e intelecto espléndidos, refinados modales, voz bien timbrada, y figura corpulenta. Profundamente versado en las Sagradas Escrituras, y renombrado como orador, solía llamársele el "Bossuet de Nicaragua". (1). Antes de tomar los hábitos había sido abogado en Granada; y, como a muchos de sus compatriotas, la política lo llevó al exilio. Consagrado después al sacerdocio volvió a su patria bajo el manto de la Iglesia. Dícese que aspiró a la silla episcopal de Granada, pero que don Fruto Chamorro se opuso a su nombramiento apoyando en cambio a Monseñor Piñol. Así se explica la adhesión del padre a la causa democrática. (2).

El 14 de mayo el Padre Vijil presentó credenciales en Washington y fue oficialmente reconocido como Ministro de Nicaragua. Al día siguiente Pierce envió mensaje al congreso dando las razones que tuvo para recibir al representante de Walker. Los intereses de Estados Unidos, decía, exigen que se reconozca a un gobierno, y puesto que el de Rivas-Walker es el único existente en Nicaragua no queda más que reconocerlo. (3). Las razones del presidente no convencieron a los adversarios del filibusterismo. Decían ellos que, de haberlo querido, el gobierno pudo hallar una razón mejor para recusar a Vijil que la aducida para no recibir a French. En el

(1) Montúfar, Pág. 427.

(2) *Memorias*, Parte 2, Pág. 69, por Pérez. Se dice que cuando el Padre Vijil tomó los hábitos no abandonó el foro, y que empleó igual diligencia en cuestiones de "fervor y honorarios, alegatos y camándulas, tribunales y confesionarios, contrainterrogatorios y la cruz". Libro de recortes de Wheeler, Vol. 4, Pág. 178.

(3) *Mensajes y Documentos del Presidente*, Vol. V., Págs. 368'-74.

caso de éste era principalmente cuestión de si el gobierno de Walker era o no era **de jure**, al paso que, cuando Vijiil fue recibido, todos los estados vecinos lo adversaban; Costa Rica hacía prácticamente la guerra a los filibusteros, y los nicaragüenses les eran día a día más hostiles. La cuestión ahora estriba, decían, en si el Padre Vijiil representa siquiera a un gobierno **de facto**. (1). Ellos, naturalmente, sostenían que el gobierno actuaba impulsado por razones políticas, creyendo que el reconocimiento del gobierno de Nicaragua sería un factor de peso para asegurar la repostulación de Pierce en la convención de Cincinnati. No cabe duda que la aceptación de Vijiil tuvo entonces ribetes políticos, aunque no de la importancia que le atribuían los enemigos de Pierce y del gobierno Rivas-Walker.

El 23 de mayo se efectuó en Nueva York un mitin para celebrar el reconocimiento del gobierno de Nicaragua. Lo más revelador del acto no fue tanto lo numeroso y entusiasta de la concurrencia cuanto el que destacados personajes del partido democrático americano aprovecharan la ocasión para identificarse con la empresa de Walker. Muchos que no pudieron asistir enviaron mensajes expresando su simpatía por la causa filibustera. De especial significación fue el de Lewis Cass, (+) de Michigan, considerado en esos días uno de los más fuertes candidatos del partido. "Confieso con agrado", decía, "que los heroicos esfuerzos de nuestros compatriotas en Nicaragua encienden mi admiración y simpatía. Y no habrán de disuadirme las burlas, ni los reproches, ni tampoco las palabras injuriosas. Quien no simpatice con esa empresa tiene poco en común conmigo. Las dificultades que el General Walker ha encontrado y ha tenido que vencer harán que su nombre figure entre las más altas personalidades de su tiempo . . . Nuestros compatriotas plantarán allá la semilla de nuestras instituciones, y Dios ha de querer que fructifiquen produciendo una copiosa cosecha de indus-

[1] **Cong. Globe**, 34 Cong., 1 Sess. Págs. 1227 - 8.

[+] Este mismo señor fue más tarde Secretario de Estado, como se verá en capítulos posteriores. (N. del T.).

trias, empresas, y prosperidad. Un nuevo día, quiero creer, amanece hoy en los estados de la América Central". Terminaba su mensaje Cass "rindiendo sus respetos" a esa su pesadilla que era la Gran Bretaña. También envió su adhesión el patriota irlandés Thomas Francis Meagher. Hablaron, entre otros, Rodman Price, Gobernador de Nueva Jersey; E. A. Pollard, periodista y viajero, así como Isaías Rynders, líder político de Tammany. Distribuyéronse banderolas con leyendas que decían: "Dilatemos los Linderos de la Libertad", y "Que no se Entrometa Inglaterra en el Continente Americano". (1).

El 2 de junio se reunió la convención democrática en Cincinnati. Pierce fue el candidato de los delegados del Sur, y sin duda que había ganado terreno entre ellos por haber cambiado de actitud respecto de Walker. El sector norteño, no obstante, apoyaba a James Buchanan, quien salió nombrado en la décima séptima votación. No fue ésta una derrota para los admiradores de Walker, ya que la plataforma de la campaña de Buchanan decía que "en vista de que es un tema de tanto interés, el pueblo de Estados Unidos no puede ver sino con simpatía los esfuerzos que está haciendo el pueblo de la América Central en pro de la regeneración de esa parte del continente en que está la ruta del tránsito de mar a mar". Esta era, desde luego, una forma tenuemente velada de expresar su simpatía por William Walker.

Entre tanto, el quehacer diplomático del Padre Vijil no era un lecho de rosas. La mayoría de los miembros de ese cuerpo se negó a reconocer su carácter oficial. Molina, encargado de negocios de Costa Rica, y también Irisarri, representante de Guatemala y de El Salvador, protestaron enérgicamente a Marcy por haberlo recibido. Irisarri se expresó con insólita ligereza al afirmar que habiéndosele reconocido en momentos en que Walker estaba a punto de caer, no podía interpretarse eso sino como una manera de asegurar el triun-

(1) Times, de Nueva York, 24 de mayo de 1856.

fo de los invasores americanos que amenazaban con señorear toda la América Central, y también "México, Cuba y el istmo de Panamá, dejando para más adelante la tarea de extender sus dominios hasta la Tierra del Fuego". (1). Hasta el popio Marcoleta, que no representaba ya a ningún gobierno, elevó su protesta. (2). Perú y Colombia hicieron luego lo mismo. Esta última república expresaba el temor de que por tener ella también una ruta de tránsito de mar a mar pronto pudiera sufrir la misma suerte de Nicaragua. (3). En la Cámara de Diputados de Chile uno de sus miembros propuso que el gobierno interviniera contra los filibusteros en Nicaragua. La antipatía de los diplomáticos hispanoamericanos culminó en una reunión efectuada en Washington en la cual redactaron el texto de un pacto de alianza que llenos de optimismo enviaron a la consideración de sus respectivos gobiernos. (4). No cabe duda de que las influencias española y británica estaban detrás de esas actividades. No sin razón España temía que con el triunfo de Walker en Nicaragua ella perdiera luego a Cuba.

En cuanto al Padre Vijil, fue desairado y también afrentado por sus cofrades religiosos de Estados Unidos. Al pasar por Baltimore en viaje a Washington visitó al arzobispo quien, según cuentan, le espetó: "¿Es usted el Padre Vijil? ¿Y cómo es posible que un sacerdote católico venga a este país a trabajar contra su religión y contra su patria?" El pobre padre se sintió tan corrido por el áspero recibimiento, que en su apresurada salida hasta olvidó el sombrero. (5). El padre desempeñó su cargo hasta el 23 de junio. (6). Dejando a

- [1] Irisarri a Marcy, 19 de mayo de 1856. Departamento de Estado Oficina de Índices y Archivos, Notas, Legaciones de la América Central, I.
 [2] Montúfar, Págs. 453 - 57.
 [3] **British State Papers**, XLVII, Págs. 790 - 92.
 [4] Montúfar, Págs. 465 - 68.
 [5] **Historia de Nicaragua**, Pág. 648, por J. D. Gómez (Managua, 1889); **Memorias**, Pág. 70, por Pérez.
 [6] Manuscritos del Departamento de Estado, Oficina de Índices y Archivos, Legaciones de la América Central, Notas, II.

John P. Heiss ⁽¹⁾ de encargado de negocios, se regresó a Nicaragua y presentó a Walker, ya para entonces presidente de la república, el informe de su misión. Es significativo que a poco de esto pidiera pasaporte para irse a Colombia, donde se hizo cargo del curato de una iglesia. ⁽²⁾. ⁽⁺⁾.

(1) John P. Heiss había sido uno de los propietarios del periódico **Delta**, de Nueva Orleans. Marcy lo envió después a Nicaragua como representante especial del gobierno con la misión de redactar un informe sobre la situación de ese país. De regreso en Estados Unidos se dedicó a elogiar la causa filibustera y fue una especie de "mediador" entre Walker y los políticos americanos.

(2) Montúfar, Págs. 661 - 2.

(+) El padre Vijil volvió después a Nicaragua. Entró por San Juan del Norte, y sin tocar en Granada pasó directamente al pueblo de Teustepe en cuya iglesia fue párroco hasta el día de su muerte acaecida en 1867. Sus restos yacen en esa iglesia. (N. del T.).

CAPITULO XIV

Costa Rica declara la guerra a Walker

Tal vez los democráticos nicaragüenses no tuvieran enemigo más acérrimo que el señor Luis Molina, encargado de negocios de Costa Rica en Washington. Ellos lo habían expulsado de Nicaragua, y el rencor que en su corazón habían impreso los maltratos sufridos le duraba todavía. Su hermano Felipe se había desempeñado muy bien y por largo tiempo como ministro de su gobierno en Estados Unidos, habiendo llegado a ser decano del cuerpo diplomático en Washington. Como hombre educado en Filadelfia conocía bien los entresijos de la política americana y mantenía a su gobierno muy al tanto de lo que urdían los simpatizantes del destino manifiesto. A la muerte de Felipe le sucedió su hermano y suplente, el también antidemocrático Luis. Los oficios de éste a su gobierno deben haber sido, si su tono armonizaba con el de sus notas diplomáticas a Marcy, sumamente pesimistas. Ya se ha aludido a sus protestas y se han citado algunas líneas de ellas. En nota del 6 de diciembre de 1855 a Marcy, por ejemplo, se refiere a la invasión de Walker a Nicaragua calificándola de "un gran crimen complejo, multiforme, fraguado y comenzado a ejecutarse dentro del territorio de Estados Unidos y continuado sin interrupción en el ajeno por ciudadanos norteamericanos, con recursos, ayuda y, hasta cierto punto, con la fuerza moral de la nación norteamericana, contra la vida de estados pacíficos y amigos". Si los aventureros "son negados hoy por el gobierno, ellos esperan, no sin fundamento, ser mañana recibidos con los brazos abiertos, vestidos de gala para la anexión, y

ser ensalzados, y legitimado su botín". Dos semanas más tarde en otra nota llama a los aventureros de Walker "desperdicios de Europa americanizados". (1). Despachos del mismo carácter que envió a su gobierno fueron reproducidos en extracto, aunque con ciertas variantes, en el **Boletín Oficial**.

El Presidente de Costa Rica, don Juan Rafael Mora, demostró también desde muy al comienzo resuelta hostilidad contra los filibusteros. Desde 1850 gobernaba al país en un ambiente de paz octaviana. (2). Era él un comerciante modesto, sencillo, de agradable trato y enorme popularidad; llegó a la presidencia de escasamente treinta y seis años. Acababa de ser reelegido cuando supo que Walker había tomado Granada. Existiendo como existían entre ambas repúblicas celos y animosidad, Mora pudo haber adoptado una política de abstención, pero tres razones había para que Costa Rica mirara alarmada el movimiento filibustero en Nicaragua. En primer lugar, en el país predominaba el partido conservador, y lógicamente se oponía a que fuerzas extranjeras llegasen en ayuda de la facción liberal, de una república vecina. Después del convenio del 23 de octubre, gran número de legitimistas irreconciliables huyeron a Costa Rica en donde fueron bien acogidos. Sus relatos de las fechorías cometidas por los filibusteros acentuaron el odio del pueblo contra los invasores. En segundo lugar, Costa Rica había disfrutado de mayor grado de tranquilidad política que sus vecinos, gracias a lo cual tenía un concepto más profundo del nacionalismo. Le alarmaba por consiguiente, la idea de que la invasión pudiera conducir a la americanización de una parte del istmo, puesto que bien podría ser ello el primer paso de la pérdida de su propia nacionalidad. Finalmente, sacando partido de la turbulencia reinante en Nicaragua, Costa Rica bía concebido el ambicioso plan de hacerse de la ruta del Tránsito apoderándose de más territorio a lo largo del Río San Juan. De modo pues que se llevó un amargo chasco cuando

(1) Manuscritos del Departamento de Estado, Oficina de Indices y Archivos.

(2) De Octavio, sobrino-nieto de Julio César y primer emperador de Roma. (N. del T.).

esa región cayó prácticamente en manos de los filibusteros. La incesante cruzada de agitación que Costa Rica emprendió contra Walker animó a seguir las huellas de los primeros legitimistas a muchos nicaragüenses descontentos que habían huído a refugiarse allá.

Walker, como queda dicho, hizo extraordinarios esfuerzos por atraerse a esa república. Pero el haber escogido a Schlessinger —siendo como era para él un desconocido todavía— para tan importante misión, no es cosa que hable bien de su sensatez; por otra parte, el resultado habría sido siempre el mismo mandara a quien mandara, pues los comisionados fueron repulsados apenas pusieron pie en Punta Arenas, puerto de Costa Rica en el Pacífico. Mora convocó al congreso a sesión extraordinaria, el cual lo autorizó el 27 de febrero a empuñar las armas **en defensa de la república de Nicaragua, a defender también a sus habitantes** contra los filibusteros y a expulsarlos del suelo centroamericano. Lo autorizó asimismo a actuar por sí solo o en unión de los estados del istmo. El presidente lanzó en el acto un llamamiento para elevar el ejército nacional a nueve mil hombres, y comenzó a imponer contribuciones por un total de 100.000 pesos a fin de hacer frente a los gastos de guerra. (1). Declaró además la guerra a los filibusteros cuidándose al mismo tiempo de explicar que no era contra Nicaragua. Treinta y tres alemanes domiciliados en Costa Rica firmaron un acta de adhesión y ofrecieron sus servicios al gobierno. Parece que la generalidad de los extranjeros justificaba la guerra.

Mora notificó al cónsul americano en San José que por estar ocupados los vapores de la Compañía del Tránsito en transportar "bandidos", había ordenado la cesación del tráfico en el Río San Juan y en el Lago de Nicaragua, y que todo

[1] No se llamó a ésta una contribución forzosa, pero en vista de que las cuotas asignadas a las diversas provincias debía recaudar el gobernador de cada una de ellas con la colaboración de cinco ciudadanos nombrados por él, y que los ciudadanos con haberes de sólo una casa y menos de mil pesos quedaban exentos, parece que la contribución no tenía nada de voluntaria. Véase Montáfar, Págs. 219 - 22.

aquel que quisiera cruzar el istmo tendría que hacerlo por cuenta y riesgo propios. Le advirtió además, que todo americano que fuese cogido con las armas en la mano sería fusilado. Pero sucedió que mientras Mora anduvo en campaña ningún vapor llegó con pasajeros, de modo que no pudo poner en ejecución esa parte de su amenaza. Tan pronto como llegó a Marcy la notificación del bloqueo del río y del lago, envió instrucciones al cónsul americano para que hiciera saber al gobierno costarricense que Estados Unidos no admitía tal medida, y que Costa Rica debía respetar las leyes internacionales de guerra vigentes entre naciones civilizadas y no cometer barbaridades con los hombres de Walker, aun cuando, por abandonar su patria, pudiesen ser culpables de un leve delito. (1). Mora se puso personalmente al frente del ejército expedicionario dejando el gobierno en manos del vice-presidente, y el 3 de marzo inició en San José la movilización de sus fuerzas. (2). A fin de facilitar el enganche decretó que todos aquellos que sentaran plaza, de sargentos para abajo, quedaban automáticamente exentos de demandas y ejecuciones judiciales —mientras durare la campaña y un mes después de haber vuelto a sus casas— por deudas o contratos en que estuvieren comprometidos antes de su marcha a la frontera. Rivas replicó el 11 de marzo declarando la guerra a Costa Rica. Walker, por su parte, lanzó una proclama diciendo que el partido democrático de Nicaragua lo había invitado a ir allá, y que él y sus hombres estaban empeñados en luchar por los principios de la revolución de 1854; que había refrenado las malsanas pasiones de sus amigos democráticos actuando de amigable componedor entre ellos y sus adversarios; que el gobierno provisional había tratado de establecer relaciones amistosas con otras repúblicas y que su gestión había sido rechazada con burlas; que los legitimistas intentaban destruir al gobierno provisional ayudando a los enemigos que éste tenía en el exterior; y que ahora, en vista de todo eso, a los americanos no les quedaba otro ca-

(1) Senate Ex. Doc. 68, 34 Cong. 1 Sess.

(2) Montúfar, Págs. 224 - 47.

mino que declarar hostilidad eterna a los gobiernos serviles (2) de la América Central. Terminaba ordenando a la tropa adoptar y llevar como enseña la cinta roja de los demócratas. (2). Se tomó esta última medida a causa del proceder de los legitimistas, pero era prácticamente una declaración de guerra civil en Nicaragua, y así los filibusteros dejaron de ser paladines de un gobierno unido para volver a serlo únicamente de un partido. Esto puso a toda la familia centroamericana en pie de lucha contra el hombre que había declarado guerra eterna al partido dominante en esas repúblicas.

El 4 de marzo salió de San José la vanguardia de las fuerzas costarricenses al mando del General Joaquín Mora, hermano del presidente. Aun cuando el Presidente Mora había vociferado contra el empleo de extranjeros en el ejército nicaragüense, no ponía ahora reparos en utilizarlos en el suyo propio, y le fueron eficientísimos aliados. Un francés de apellido Marié, que odiaba a los americanos y había puesto su pluma vitriólica al servicio del gobierno para atacar a los filibusteros en el **Boletín Oficial**, acompañó a Mora al frente de guerra con el cargo de sub-secretario de relaciones exteriores. Otro, el oficial de zuavos Teniente Coronel Barillier, prestó inestimables servicios en la campaña. Agentes españoles también cooperaron con los costarricenses, no tanto por apego a sus vínculos raciales cuanto por celos de la expansión americana y al implícito temor que tenía España de perder a Cuba. (3). Los costarricenses caminaron hasta Punta Arenas y cruzaron el Golfo de Nicoya en botes, algunos de éstos facilitados por el capitán de un buque mercante surto en la bahía. Mora envió también un destacamento al Río Sarapiquí, tributario meridional del San Juan, con el propósito de desalojar a un retén de filibusteros acantonados en La Trinidad (Punta

(1) El partido servil de los otros estados correspondía al legitimista de Nicaragua.

(2) Manuscritos del Departamento de Estado, Oficina de Índices y Archivos, Despachos, Nicaragua, II; **El Nicaragüense**, 15 de marzo de 1856; **La Guerra de Nicaragua**, Pág. 174, por Walker.

(3) Montúfar, Págs. 259 - 62.

Hipp de entonces), (+) paraje en donde se juntan los dos ríos. Estos filibusteros habían estado interceptando allí la correspondencia costarricense que del exterior llegaba por esa vía a San José, lo cual permitió a Walker enterarse de ciertas cosas interesantes relativas a las relaciones exteriores de Costa Rica. Era también objetivo de ese destacamento después de tomar La Trinidad, impedir que los vapores remontaran el río, para de esa manera hacer efectivo el bloqueo nominal decretado por Mora. El 10 de abril los costarricenses atacaron La Trinidad, y aunque fueron rechazados por los filibusteros que conservaron la posición, dijeron haber alcanzado una gran victoria que celebraron en todo el país. (1).

Al comienzo de las hostilidades Walker contaba con una fuerza de más o menos seiscientos filibusteros. Los últimos le habían llegado el 9 de marzo, dos días antes de la declaración de guerra, a bordo de uno de los vapores de la difunta Compañía del Tránsito y al mando de Domingo de Goicouría, patriota cubano que se alió a Walker cuando éste le prometió ayudar a la americanización de Cuba después que terminara la conquista de Nicaragua. Pasarían seis semanas antes de que le volvieresen a llegar refuerzos en los vapores de Morgan y Garrison. En estos días el cólera comenzó a ensañarse también en los filibusteros de Granada llevándose a algunos de sus mejores oficiales como fueron Gilman y Davidson, veteranos de la invasión a Baja California. Y con el fin de obtener el apoyo de los demócratas Walker adoptó no sólo la cinta roja sino que consintió en trasladar la capital a León. Relevantes demócratas volvieron entonces a unir sus lazos con él. Jerez, que había renunciado a su puesto en el gabinete cuando Walker se negó a prestarle ayuda a Cabañas, aceptó el ministerio de la guerra, y dos demócratas más fueron nombrados también miembros del gabinete. (2). Para evitar re-

(+) La Trinidad fue bautizada con ese nombre en honor del General José Trinidad Muñoz, quien llegó y fortificó ese lugar en 1848 cuando la ocupación inglesa de San Juan del Norte. (N. del T.).

(1) Montúfar, Págs. 309 - 12.

(2) Manuscritos del Departamento de Estado, Oficina de Indices y Archivos, Despachos, Nicaragua, II.

trasos en los negocios públicos ocasionados por el traslado de la sede del gobierno a León, se dejó en Granada a Fermín Ferrer con facultad para atender los asuntos de carácter gubernativo en los departamentos de Granada y Rivas, zona oriental y meridional esta última que era el centro de las hostilidades. Tal disposición creaba en la práctica dos gobiernos. Al llegar a León el presidente Rivas mandó publicar un bando haciendo saber que el traslado de la capital a esa ciudad tenía por objeto estar más cerca de los gobiernos de Honduras, El Salvador, y Guatemala, con los cuales deseaba cultivar relaciones amistosas. Esto contrasta extrañamente con la proclama de Walker jurando enemistad eterna a los gobiernos conservadores de la América Central. Walker astutamente sospechó que el plan de hacer a León capital de la república era en gran parte fruto del deseo de dividir geográficamente al país para de esa manera debilitar su dominio sobre el territorio. El 12 Walker mandó a Guanacaste, en Costa Rica, un batallón de cuatro compañías para enfrentarse a la invasión. Dio el mando de la tropa a Schlessinger, como bálsamo a su amor propio herido cuando fue desairado en su viaje de comisionado, y por esto Walker creyó que su resquemor le haría pelear con más denuedo. De las cuatro compañías una era de franceses solamente y la otra de alemanes. Formaba la mayoría de la tropa gente bisoña llegada tan solo tres días antes; apenas unos pocos sabían algo de milicia. Dice Walker que Schlessinger era el único de sus oficiales capaz de hablar a todos sus hombres en su propio idioma, y que ésta fue una de las razones que tuvo para darle la jefatura. Había además otra razón, la cual él no da, para enviar a esos novatos en tan largo viaje. Y era que sus otros hombres estaban debilitados por el clima, las fiebres, la disentería, el cólera, y los vicios, y él quería utilizar a los reclutas frescos antes que perdieran sus bríos a causa de aquéllo. Mas el resultado fue desastroso. Schlessinger no tenía dotes de jefe militar. En el camino no llevó nunca avanzada ni tomó precauciones. Su batallón estaba apenas mejor organizado que una simple turba. El 20 de marzo, estando treinta millas dentro de territorio costarricense, Schlessinger fue repentina-

mente atacado en la hacienda Santa Rosa por la vanguardia del ejército de Mora. El ataque lo tomó de sorpresa; los alemanes echaron a correr y en seguida los franceses, sin que de nada valieran los esfuerzos de los oficiales americanos para que sostuvieran el punto y repelieran la embestida. En cinco minutos toda la tropa, con su jefe a la cabeza, iban en desbandada corriendo por los montes al que más. Schlesinger fue después sometido a consejo de guerra por cobardía y sentenciado a morir fusilado, pero logró fugarse. Unos cien hombres perdió Walker en esa batalla. Mora, cuando el grueso de su ejército llegó a Santa Rosa, cumplió su amenaza sometiendo a consejo de guerra a todos los prisioneros; y fueron ejecutados, incluso los heridos. (1). Llevaba consigo una imprenta que utilizó para expedir un decreto diciendo que todo filibustero tomado con las armas en la mano sería fusilado, pero que quien no las hubiese empleado contra Costa Rica y las depusiera voluntariamente sería perdonado. (2). Este decreto se publicó en inglés, francés, alemán y español, y como apéndice y severa advertencia aparecía la lista de los prisioneros ejecutados en Santa Rosa. (3). Los sobrevivientes del desbarate fueron unos tras otro llegando a La Virgen; y pasaron varias semanas para que el último volviera, pues muchos se habían perdido. (4). Y lo que llegaron contando abatió en extremo el ánimo de los filibusteros. El propio Walker, cuando recibió la infausta noticia, sufría de calenturas y de una inflamación en la cara, y en carta que en esos días escribió al Senador Weller de California se nota que él

- (1) **La Guerra de Nicaragua**, Págs. 175 - 8, por Walker.
- (2) Departamento de Estado, Oficina de Índices y Archivos. Despachos de Nicaragua, Manuscritos. Vo. II., contienen ejemplares del **Boletín del Ejército de Costa Rica**, 27 de marzo de 1856.
- (3) Uno de los prisioneros probó ser correspondal del **Delta**, de Nueva Orleans, llamábase Phillip E. Toothy. Aunque estaba herido no había peleado, y habiendo convencido a los costarricenses de que no era soldado le perdonaron la vida. **Herald**, de Nueva York, 1o. de mayo de 1856.
- (4) Unos cuarenta de los hombres de Schlessinger llegaron a San Juan del Norte en la mayor desgracia. Bajo amenazas obligaron a los porteños a darles de comer; los sanjuaneños pidieron protección al Capitán Tarleton, del barco de guerra inglés **Eurydice**. Entre los marineros del barco colectaron para pagarles los pasajes y sacarlos del país; el propio Tarleton contribuyó. Manuscritos del Departamento de Marina, Archivos, Flota del Caribe, II., Pág. 199.

también estaba sumamente deprimido. (1). Entre los americanos radicados pacíficamente en Nicaragua hubo entonces casi una estampida buscando cómo volverse a Estados Unidos. También esto abatió el espíritu de la tropa. Walker resolvió irse de Granada a Rivas con toda su gente. Pensó que así podría proteger mejor la ruta del Tránsito que parecía el objetivo de Mora y, por otra parte, tal movimiento causaría impresión entre la ciudadanía nicaragüense que, al verle avanzar en busca del enemigo, pensaría que lo de Santa Rosa había sido un revés sin importancia. En Rivas reorganizó Walker como pudo las diezmadas compañías con los derrotados que poco a poco iban llegando, y desde ese momento dispuso no volver a formar compañías con gente de otras nacionalidades. En consecuencia, dio de baja a todos los alemanes y franceses. Contaba él con unos cuatrocientos americanos bien entrenados; el resto tenía sólo un incompleto equipo de campaña o nada. Muchos de los fugitivos de Santa Rosa habían botado sus armas, y algunos llegaron sin sombrero y sin zapatos. En suma, nada de confortante tenía el espectáculo de quinientos hombres, sin esperanzas inmediatas de recibir refuerzos de Estados Unidos debido a la tardanza de Morgan y Garrison en establecer su línea del Tránsito, preparándose a resistir una invasión de cuatro mil hombres a quienes los hijos del país probablemente recibirían bien y les ayudarían. El Presidente Rivas mandó decirle a Walker que en los otros estados centroamericanos existía un movimiento general para secundar a Costa Rica. El desaliento común empujó a muchos oficiales a la bebida y los holgorios menoscabando la disciplina con el mal ejemplo. Entre los disolutos se contaba Norvell, capitán y hermano de Walker, quien lo degradó a soldado raso. El castigo produjo buen efecto. El 30 de marzo, recién llegado a Rivas, Walker pasó revista a la tropa en la plaza y les habló de manera termi-

(1) "Hasta ahora", le escribió, "tenemos en contra los factores morales. El gobierno del que esperaríamos apoyo y aliento nos ha tratado con desdén; ni siquiera nos ha estimulado deseándonos "buen viaje". Sólo nuestro sentido de la justicia de la causa en que estamos empeñados, y de su importancia para nuestro país de origen, nos ha hecho luchar para llegar al punto en que nos encontramos". *Cong. Globe*, 34 Cong., 1 Sess., Págs. 1070 - 2.

nante y clara. Les hizo ver que el peligro en que estaban les exigía ponerse a la altura de las circunstancias; no contaban en el mundo con ningún gobierno amigo; habían sido traicionados por aquellos a quienes habían ayudado; se encontraban solos y sin nada en que apoyarse sino en la justicia de su causa. La alocución fue corta y carente de relumbres retóricos, pero reavivó el desfallecido ánimo de los filibusteros. (1).

Mora avanzaba hacia la frontera cuando supo la llegada de Walker a Rivas. Entonces paró a cierta distancia para observar la actitud de Walker, pero éste, sin haber podido obtener información fidedigna acerca del número de la fuerza costarricense, decidió volverse a Granada. Tomó esta resolución debido a que el presidente provisorio Rivas le avisó desde León que le tenían preocupado los diarios rumores de una invasión por el Norte. Los planes de una invasión por ese nuevo frente eran la respuesta a la irreflexiva declaración de guerra lanzada por Walker a todos los gobiernos conservadores de la América Central. Su salida de la ciudad de Rivas teniendo al enemigo en frente pareció también una locura, y al general De Goicouría que le pidió dejarlo allí con un destacamento para observar los movimientos del enemigo y hostigarlo, le dijo ásperamente que no se metiera en lo que no le competía. Así pues, los filibusteros abandonaron Rivas después de sólo seis días de ocupación. Embarcóse a los hombres en un vapor del lago para llevarlos a la boca del Río San Juan con el propósito de hacer creer que se iban del país o que se proponían atacar por otro frente a Costa Rica. El enemigo creyó lo primero, de manera que no estorbó su partida. Llegado que hubo Walker a la boca del río viró poniendo proa hacia Granada, mientras que los costarricenses, imaginándose ya dueños por completo de la zona, se apoderaron de la ruta del Tránsito y se acuartelaron en Rivas. Al llegar a la bahía de La Virgen rodearon el edificio de la Compañía del Tránsito, asesinaron a nueve empleados y bol-

(1) *La Guerra de Nicaragua*, Págs. 180 - 2, por Walker, *Herald*, de Nueva York, 9 de mayo de 1856.

searon sus cadáveres, saquearon la bodega, pegaron fuego al muelle de la compañía, y gritaron muerte a los americanos. (1).

Al llegar Walker a Granada supo del avance de Mora y encontró además cartas de León diciéndole que la amenaza de invasión por el Norte se había disipado. Acto continuo dispuso contramarchar sobre Rivas. En el camino se topó con la guarnición nicaragüense que había dejado en esa ciudad. Su jefe se había pasado a Mora, pero siguieron a un cubano que permaneció fiel a Walker. Sus fuerzas sumaban cerca de seiscientos hombres. A las ocho de la mañana del 11 de abril llegaron a los arrabales y comenzaron el asalto de la ciudad. Los costarricenses no esperaban ser atacados a esa hora, aunque sí sabían de la proximidad del enemigo; fue pues una sorpresa. Los filibusteros entraron por cuatro diferentes puntos, y en su rápido avance se apoderaron de la plaza y de las casas circunvecinas. Pero apenas llegados al centro de la ciudad se dieron cuenta de que los rodeaban fuerzas superiores protegidas tras de gruesas paredes de adobe. Aunque habían sorprendido al enemigo, los filibusteros estaban en la boca del lobo. Sin artillería jamás podrían desalojar a los costarricenses de las casas circundantes, de modo que no podían avanzar ni retroceder. De los techos de las casas tiraban los defensores granizadas de balas sobre los asaltantes que osaban sacar la cabeza. Estos, viéndose como dentro de una ratonera, se amilanaron y no se atrevían a irrumpir en las calles en dirección al cuartel general de Mora, como Walker quería que hicieran. Sus oficiales, en cambio, se exponían temerariamente al nutrido fuego siendo por esto grande la matanza de ellos. Pero los rifles americanos no se estuvieron ociosos tampoco; mataron a doscientos costarricenses e hirieron a cuatrocientos. Walker perdió ciento veinte entre muertos y heridos.

[1] Senate Ex. Doc. 68, 34 Cong., 1 Sess. Por este ataque de los costarricenses a la propiedad y personas americanas Estados Unidos pidió reparación.

A medio día el tiroteo amenguó. Los costarricenses incendiaron varias casas de los alrededores de la plaza ocupadas por los filibusteros, y mantenían además fuego graneado por todos lados para impedirles comunicarse entre sí. Al entrar la noche Walker reunió a los heridos en una iglesia de la plaza y junto al altar mayor dejó a los que por estar de muerte no podía llevarse. Trajéronse caballos para los levemente heridos, y entonces, al amparo de las tinieblas de media noche y gracias a que los costarricenses estaban desmayados de fatiga, pudieron los filibusteros salir de la ciudad. Al amanecer los hombres de Mora no se habían dado cuenta aún de la escapatoria de los invasores. Norvell, el hermano de Walker, se durmió en la torre de la iglesia abandonada tan calladamente por sus compañeros que no se despertó. Grande fue su sorpresa al verse solo, pero se las ingenió para escabullirse de la ciudad sin ser visto, pues que a esa hora los costarricenses todavía temerosos de los rifles americanos capeaban el bulto detrás de las paredes. A unas millas de Rivas el dormilón alcanzó a la retaguardia. (1). Cuando al fin los costarricenses se dieron cuenta de la retirada del enemigo, entraron en la iglesia y degollaron a los heridos que encontraron cerca del altar; también fusilaron a diecisiete prisioneros. (2).

La campaña había probado hasta aquí que Walker poseía valor personal pero no cualidades de general. El abandonar la ciudad de Rivas con el enemigo al frente permitió a éste apoderarse de la ruta del Tránsito y destruirle de

- (1) **La Guerra de Nicaragua**, Págs. 191 - 7, por Walker; Montúfar, Págs. 325 - 30.
 (2) Esto lo dice sin embages el crítico más hostil a Walker. Ver **Memorias**, por Pérez, Parte 2, Pág. 48. También Mora, en su parte de guerra, admite haber dado orden de bayonetear a los heridos. Ver Montúfar, Pág. 331. La batalla inmortalizó a un soldado raso costarricense llamado Juan Santamaría. En lo más enconado de la lucha el General Cañas pidió un voluntario para ir a pegarle fuego a una casa desde los filibusteros estaban causando mucho daño. Aunque la hazaña significaba una muerte casi segura, Santamaría se ofreció rogando a sus compañeros no olvidarse de su madre. Con una tea en la mano corrió, llegó, y le pegó fuego al alero. Una bala le dio en el brazo derecho; se pasó la tea al izquierdo y siguió pegándola a la casa hasta que otra bala lo dejó tendido. Sus compatriotas levantaron un monumento a su heroísmo. Véase **Las Fiestas del 15 de Septiembre de 1895 Celebradas con Motivo de la Inauguración del Monumento Nacional Erigido en San José a los Héroes del 56 y 57**, Pág. 28. (San José).

momento sus vías de comunicación, por no decir nada de la matanza de americanos inofensivos en La Virgen. Después de desamparar la ciudad que debió defender, y de permitir que el enemigo se hiciera fuerte en ella, hizo caminar a sus hombres cincuenta millas y los lanzó al asalto teniendo cinco veces menos gente que los costarricenses parapetados detrás de paredes de adobe. Los filibusteros atacaron con sólo rifles y revólveres. Si bien Walker infligió a los otros un número de bajas cinco veces mayor que las sufridas por él, cada uno de sus hombres que perdió valía mucho más para él que para Mora la falta de cinco de los suyos. Tuvo suerte de poder salir del brete en que se metió.

Pero si Walker no era un buen general, Mora no llegaba siquiera a soldado. No solamente se dejó sorprender, sino que después de contener y rechazar el ataque no supo perseguir al enemigo en retirada. (1). En vez de haber hecho eso se quedó en Rivas que en el mejor de los casos era sólo una ciudad malsana, y demostró no tener siquiera conocimientos primarios de la ciencia sanitaria para sepultar o quemar los cadáveres putrefactos que fueron arrojados precipitadamente en los pozos de las casas, contaminando de esa manera el aire y las aguas. El 15 envió a San José el parte de una gloriosa victoria, pero al mismo tiempo prohibía a sus soldados escribir a sus casas. "A cada momento", decía su parte de guerra, "llegan prisioneros sanos y heridos. Hasta el día se han fusilado diecisiete. En resumen, nuestras pérdidas, con los heridos que pueden morir, no pasará de ciento diez hombres contando los jefes. La del enemigo no baja de doscientos incluyendo los fusilados". Informaba además que Walker había atacado con mil doscientos o trescientos hombres, en tanto que sus fuerzas eran de igual número o quizá menos

(1) Dice Pérez: "El señor Mora abundaba en patriotismo y en noble ambición, pero no era militar". Tomado de sus *Memorias*, Pág. 49 de la Parte 2. Montúfar, en Pág. 331, agrega: "El señor Mora no era militar, su carrera había sido el comercio. Si se tienen presente las cualidades que deben tener los oficiales generales y superiores para el mando de los ejércitos, no los encontraremos en ninguno de los militares que servían a Centro América en ese período histórico". Dice también de Mora que no era soldado, pero sí un comerciante patriota y muy popular.

por las guarniciones que tenía en La Virgen, San Juan del Sur y otros acantonamientos. (1). Parece extraño que después de decir que sus bajas fueran tan pocas, pase a explicar que no salió en persecución de Walker porque sus hombres estaban agotados, y era necesario atender a los heridos. El mismo se contradice.

A pesar de los altisonantes partes de una victoria y de la prohibición a los soldados de escribir a sus casas, la noticia de las grandes pérdidas sufridas por Mora se coló y causó mayor zozobra entre el pueblo que si se hubiera dicho la verdad desde el principio. El Doctor Lorenzo Montúfar, historiador costarricense, que trabajaba en la redacción del **Boletín Oficial**, describe por propia experiencia la forma gradual en que esa publicación dio la noticia al pueblo. (2).

El cólera apareció pronto en Rivas raleando las filas costarricenses con mejor puntería que los más diestros rifleros de Walker. Las condiciones insalubres ya dichas contribuyeron a propagar la pestilencia; la mortandad fue espantosa. También llegaron noticias de que en Costa Rica estaba a punto de estallar una revuelta contra Mora. Y a medida que se iban divulgando poco a poco los datos del verdadero número de muertos y heridos del 11 de abril, el júbilo del triunfo se trocaba en duelo por los caídos. La guerra les era ya una carga muy pesada, y se gestaba una revolución. Mora corrió de vuelta a San José dejando a su cuñado el General José María Cañas al mando de las tropas. Pero siendo los rigores de la peste inaguantables, Cañas no vio otro camino que dictar las medidas pertinentes para abandonar la flagelada ciudad y volverse a toda prisa a su país con los sanos y fuertes que le quedaban. Y entonces ocurrió algo maravilloso: los que antes no daban cuartel se vieron obligados a pedirlo. Cañas envió una atenta carta a Walker rogándole asistir a los enfermos que se veía forzado a dejar en cama. Extraño era en verdad que aquellos mismos cos-

(1) Montúfar, Págs. 325 - 27.

(2) Montúfar, Págs. 342 - 5.

tarricenses que habían bayoneteado a los heridos y fusilado a sus prisioneros pidieran ahora favores al hombre que acusaban de bandido. "En honor a la verdad", dice Pérez, historiador parcial, "debemos decir que Walker trató con humanidad a los soldados que le fueron recomendados". (1). A ningún americano extrañará, desde luego, que Walker acabara en este caso dictados de pura y simple humanidad, pero sí sorprende que Cañas esperara que un "pirata" y "bucanero" pagara con una buena acción el mal que le habían hecho. En el camino de regreso a su patria Cañas dejó un reguero de muertos. Para reducir el contagio dividió su ejército en pequeños grupos, mas aún así se esparció la pestilencia a lo largo de toda la ruta que recorrieron. Más de quinientos cadáveres fueron sepultados en la playa de San Juan del Sur, en donde el oleaje y las mareas pusieron luego al descubiertos sus macabros restos; y muchos meses después todavía se veían en la arena blanquear los esqueletos bajo el sol. (2). Para mediados de mayo llegaron a sus casas los últimos sobrevivientes del ejército expedicionario que el 3 de marzo saliera con destino a Nicaragua. La epidemia seguía causando estragos. El vice-presidente de Costa Rica fue una de sus víctimas, y se calculó el total de muertes en diez o doce mil. (3). El obispo ordenó al clero costarricense rezar la oración **Pro tempore pestilientiae**, pero nada pudo hacer la devoción contra la peste.

El cólera apareció entonces con más virulencia en las filas filibusteras, aunque éstos parecían ser más resistentes a la peste que los nicaragüenses. La llegada de un vapor del Atlántico con pasajeros y doscientos filibusteros bajo la jefatura de Hornsby, quien por algún tiempo estuvo ausente en Estados Unidos, contrarrestó en cierto grado las pérdidas causadas por la guerra y por el morbo. Por desgracia, Morgan y Garrison no habían inaugurado todavía su servicio de vapores en el Pacífico, así que los pasajeros procedentes del

(1) *Memorias*, Parte 2, Pág. 51, por Pérez.

(2) *With Walker in Nicaragua*, Pág. 89, por Jamison.

(3) *A Travers l'Amerique Centrale*, Vol. I, Pág. 284, por Bely.

Este tuvieron que quedarse un mes en Nicaragua. Allí fueron testigos de los estragos ocasionados por la peste y por las fiebres, y hasta algunos de ellos dejaron sus huesos en aquella tierra extraña. Los otros, al llegar a California, dibujaron con tan sombríos tonos la situación de Walker, que muchos se abstuvieron de emigrar a Nicaragua dañando seriamente así la causa filibustera. Entre los últimos reclutas llegó James, el hermano más joven de los Walker; se le dio grado de capitán. Su carrera de soldado fue breve; una víctima más del cólera.

En los días de la invasión costarricense los legitimistas de Chontales y Segovia se alzaron contra el gobierno provisional, pero fueron fácilmente dominados. Goicouría con una compañía de batidores recorría las montañas y llanos chontaleños, mientras Valle, el indio aliado de Walker que era gobernador de Segovia, reprimía la oposición allí. Algunos legitimistas de Rivas se habían unido a los costarricenses; Walker ajustó cuentas con ellos también. El país, al parecer, estaba ya completamente pacificado. Walker sacó a sus tropas de Granada que era por entonces foco del cólera y de las fiebres para acuartelarlas en La Virgen. El cólera apareció allí también, pero el lugar era más saludable que Granada. De La Virgen destacáronse partidas de filibusteros a todos los rincones del departamento de Rivas para infundir confianza en las fuerzas del gobierno.

La guerra era ya cosa del pasado y la balanza parecía positivamente inclinada a favor de Walker. Había repuesto sus pérdidas con los refuerzos últimamente llegados; el enemigo se había retirado y no estaba en condiciones de volver a la carga. Los únicos adversarios dignos de temer por el momento era el cólera y las fiebres. Sin embargo, dos cosas afligían todavía grandemente a Walker. Randolph, a quien desde la revocación del contrato de la Compañía del Tránsito immobilizaba una grave enfermedad en El Realejo, pudo al fin salir de allí rumbo a Nueva York y al pasar por La Virgen dijo a Walker que algo malo se tramaba en León, sede ahora del gobierno.

Su otra causa de inquietud era menos inmediata, pero siempre motivo de gran preocupación. Recién declarada la guerra por Costa Rica, Walker interceptó en La Trinidad, al ser llevada por el Río San Juan, la correspondencia de Inglaterra a San José. De esa manera se adueñó de una carta de E. Wallerstein, Cónsul General de Costa Rica en Londres, en la que informaba a su gobierno que el Departamento de Guerra de la Gran Bretaña estaba dispuesto a venderle armas a Costa Rica, dejando a voluntad de este país la fecha de cancelación. Y en carta personal a Mora decía Wallerstein: "Mucho se alegró Lord Clarendon cuando le hice saber que Costa Rica tenía ya un ejército de ochocientos hombres en la frontera; me dijo que ese era un buen paso. Estoy seguro de que por habérselo dicho fue que nos dio los fusiles". (1).

Hoy sabemos de este asunto más de lo que Walker pudo saber jamás. El 5 de enero el cónsul de Costa Rica solicitó armas para Guatemala, y el 12 del mismo mes pidió dos mil fusiles para su propio país que "los necesita para armar a su pueblo contra cualquier agresión a la patria". Los fusiles serían pagados "en el más corto tiempo posible, tomando en consideración los esfuerzos que al presente hace Costa Rica". Ambas solicitudes fueron concedidas, y se dejó al criterio del cónsul escoger entre dos modelos de fusiles de cañón liso. En seguida escribió al superintendente de la fábrica de armas ligeras, en Enfield, pidiéndole consejo acerca del modelo más conveniente. Le contestó el 4 de marzo de 1856 diciéndole: "Puesto que las tropas de Mr. Walker, de las cuales ustedes tal vez tengan que defenderse, están probablemente armadas, todas o en parte, de rifles, cometería yo un error si le aconsejara comprar otra cosa que no fuera un arma igual, y creo que el Gobierno de Su Majestad no se opondría a que yo seleccionara el modelo y cantidad necesarios de los fusiles de cañón liso; y podría también hacerme cargo de que aquí estriaran sus cañones en espiral y se les pusiera una mira

(1) **La Guerra de Nicaragua**, Págs. 168 - 9, por Walker; Manuscritos del Departamento de Estado, Oficina de Indices y Archivos, Despachos, Nicaragua, II.

adecuada, cuyo trabajo costaría, incluyendo las reformas necesarias, 16 chelines por fusil". Este solícito oficial, Teniente Coronel M. H. Dixon, recomendó así mismo al cónsul comprar en los almacenes del gobierno inglés un millón de cartuchos con casquillos, bayonetas con vaina, y todo otro equipo que fuese necesario. El 18 de marzo el Departamento de Guerra aprobó la recomendación hecha por Dixon de que se estriasen los cañones de dos mil fusiles para el gobierno de Costa Rica. (1). Por supuesto que el gobierno británico tenía perfecto derecho a vender armas a cualquier otro gobierno, pero el caso es que la correspondencia capturada revela su franca hostilidad contra Walker. Por cierto que el 25 de abril un miembro de la Cámara de los Comunes preguntó a Lord Palmerston si era verdad, según se decía, que el gobierno tenía intención de enviar tropas a pelear contra Walker en Costa Rica. El interpelado respondió que no. (2).

Las negociaciones entre Inglaterra y Costa Rica no se limitaban en esos días a la venta de armas. El 22 de diciembre de 1855, Wallerstein dio cuenta a Clarendon de las invasiones de Walker y de Kinney a Nicaragua, señalándole la importancia que el istmo centroamericano tenía para Inglaterra; le decía además que Costa Rica estaba indefensa y que por simpatizar con Inglaterra había incurrido en la hostilidad de Estados Unidos. "¿Habrà de llegar la hora", terminaba preguntándose, "en que yo tenga que solicitar de la Gran Bretaña la adopción de medidas eficaces, fundadas en algún principio internacional, con arreglo al cual pueda extenderse el ala protectora de los poderosos aliados de Europa, y en especial de las grandes potencias marítimas, a jóvenes y relativamente débiles naciones y territorios, contra el sistema de agresión despiadada que tiene como fin retardar, si no arruinar, su porvenir de naciones civilizadas, y que ya se hace intolerable?" Una semana después Lord Palmerston recibía una insinuación similar de don Joaquín Bernardo Calvo, Ministro de Relaciones Exteriores de Costa Rica, quien

(1) *British State Papers*, XLVI., Págs. 784 - 5; 794, 796, y 803.

(2) *Hansard Debates*, 3a. serie, CXLI, Págs. 1536 - 9.

en términos concretos pedía que la alianza de Inglaterra y Francia no se limitara únicamente a la liberación de Turquía, sino que también abarcara hasta donde fuese necesario para defender al derecho contra la fuerza, o a la inocencia contra la injusticia. Pedía de igual manera el señor Calvo se mandara un barco de guerra inglés al Golfo de Nicoya con la misión de impedir la invasión de Costa Rica por el Océano Pacífico. El gobierno accedió a esto, pero haciendo astutamente saber que el barco visitaría la costa con el propósito de proteger las propiedades británicas. Wallerstein rindió las gracias por ello, añadiendo "la esperanza y los deseos de que esta protección incluya a las propiedades costarricenses". (1).

Difícil resulta rechazar la idea de que los celos británicos fueren en esa época, tanto en el Caribe como en Crimea, una rémora en la marcha de la civilización.

(1) *British State Papers*, XLVI., Págs. 786, 789, y 797.

CAPITULO XV

Walker Presidente

Por los mismos días en que la capital era trasladada de Granada a León, se adoptaron medidas encaminadas a poner fin a la forma de gobierno provisional y reparar el aparato administrativo de acuerdo con la constitución de 1838. Se decretó, en consecuencia, la celebración de elecciones el domingo 13 de abril para elegir presidente, senadores y diputados. (1). Los comicios se efectuaron ese y varios domingos siguientes pero sólo en lugares no alterados por la presencia de fuerzas costarricenses. Los votos para presidente se dividieron entre los señores Rivas, Jerez, y Salazar, mas habiendo sido el plebiscito muy incompleto, no se le dio validez. Los líderes democráticos, no obstante haber sancionado estas elecciones, se opusieron a la celebración de otras nuevas. Algunos opinaban que debía dejarse el resultado tal como estaba, y que a los otros departamentos, como Chontales y Segovia, donde el pueblo no había votado, se les permitiera ahora escoger candidatos. El por qué de esto es fácil de comprender: Si se hacía como ellos propopían, la elección de presidente recaería por fuerza en uno de los tres nombrados, pero si se efectuaban nuevas elecciones, el escogido sería probablemente Walker. La invasión costarricense y la amenaza de que otros estados acometieran por el Norte, tenía convencidos a muchos de que en semejante crisis Walker sería la persona indicada para encabezar el gobierno; mas la verdadera razón de la fuerza que Walker tenía como candidato era que los nicaragüenses del Sur del

(1) Manuscritos del Departamento de Estado, Oficina de Indices y Archivos, Despachos, Nicaragua, II.

país creían que si salía triunfante cualquiera de aquellos tres demócratas la capital quedaría por siempre en León. De ahí que los granadinos insistieran en una nueva elección para llevar como candidato a Walker. El 4 de junio entró Walker en León, cuyo pueblo lo recibió jubilosamente como a su libertador. Se dio una gran fiesta en su honor; mujeres de toda edad y condición social, apiñadas en el patio de la casa donde se hospedaba, le agradecían haberles protegido sus hogares. Llegaron músicos que en canciones improvisadas exaltaron el valor de los americanos. Súpose en seguida por el Padre Vijil había sido recibido oficialmente en Washington y que a Granada acababan de llegar ciento ochenta filibusteros más. (1).

El general en jefe instó a Rivas decretar la celebración de elecciones ahora que el país disfrutaba de la paz y antes que la inminente invasión por el Norte perturbara el orden público. Es difícil decir si el inmediato peligro de que Walker hablaba era falso o positivo. La noticia de la recepción del Padre Vijil y de la llegada de más filibusteros fortaleció de tal modo la posición de Walker que el 10 de junio Rivas accedió a la demanda de practicar nuevas elecciones expidiendo el decreto pertinente. Al otro día, escoltado por su escuadrón de caballería, Walker salió de regreso a Granada. El señor Rivas y varios funcionarios gubernamentales lo encaminaron hasia cierta distancia de la ciudad, y al separarse el presidente abrazó con gran demostración de afecto al jefe filibustero. Jerez, el Ministro de Guerra que ya antes había manifestado inconformidad, se mantuvo a la zaga. Inmediatamente se produjo un rompimiento entre él y el oficial alemán Bruno Von Natzmer, a quien Walker había dejado en León con su compañía de "Rifles". El alemán mandó a una pequeña guarnición de nicaragüenses desalojar las torres de la catedral reemplazándola con tropa filibustera. Jerez, al saberlo, contramandó la orden de Natzmer y le ordenó volver a su cuartel. El alemán se negó a obedecer sin antes con-

(1) *La Guerra de Nicaragua*, Págs. 211 - 16, por Walker.

sultar con el general en jefe. Esto alarmó a las autoridades nicaragüenses, y Natzmer agravó la situación mandando un piquete a ocupar El Principal, cuartel en donde se guardaban las armas y demás pertrechos de la ciudad. Regóse como pólvora el rumor de que Rivas y Jerez más otros destacados demócratas iban a ser arrestados; el presidente y su ministro huyeron tomando el camino de Chinandega. El único personaje demócrata que se quedó en León fue Fermín Ferrer, el siempre incondicional de Walker. Los leoneses se echaron a la calle gritando airadamente: "¡Mueran los americanos!". Natzmer mandó reconcentrarse a un destacamento que tenía en Chinandega, concentró a toda su gente en la plaza, y se dispuso a la defensa. También envió un expreso a mata caballo a Walker que lo alcanzó en el camino informándole del caso. Todo esto ocurrió el mismo día de la salida de Walker y sólo ocho días después de haber sido vitoreado por la población. El carácter tornadizo del hispanoamericano es algo incomprensible para el norteamericano. La causa de tan repentino cambio era la especie, diligentemente echada a rodar por Jerez y sus adictos al no poder impedir que se decretasen nuevas elecciones, de que Walker iba a llevarse de vuelta la capital a Granada. En el fondo, como se ve, se agitaban los funestos celos de granadinos y leoneses.

Dos días estuvieron Rivas y Jerez ocultos en una finca de las cercanías de León hasta que el 14 de junio salieron para Chinandega de donde escribieron a los gobiernos de Guatemala y El Salvador pidiéndoles ayuda para expulsar a los invasores. Los guatemaltecos venían ya en camino. Rivas anuló también su decreto del 10 referente a la celebración de nuevas elecciones. (1).

Todo lo acontecido lo supo Walker en su viaje a Granada. Ordenó inmediatamente a Natzmer acatar la orden de Jerez y salir de León, esperando con eso calmar al líder demócrata. Se demoró en el camino haciéndole tiempo a Natzmer quien lo alcanzó con su compañía de "Rifles"; luego

(1) Montúfar, Págs. 472 - 80; *El Nicaragüense*, 14 y 21 de junio de 1856.

siguieron hacia Granada. Tenía Walker todas sus tropas distribuidas en pequeños acantonamientos desde León hasta El Castillo, en el Río San Juan. Lo había dispuesto así para que los nicaragüenses palparan el poderío del gobierno provisional; pero ahora resolvió concentrar en Granada todas sus fuerzas en previsión de una contingencia.

Esta era ya una típica revolución hispanoamericana. Había pasado de su primera fase, la de un altercado entre banderías y la huida de los líderes de la facción más débil, y entraba en la segunda, la de los rimbombantes pronunciamientos y contrapronunciamientos. En esa situación las cosas, Walker tomó la iniciativa. El 20 mandó echar un bando, redactado con argucia jurídica, haciendo saber que las facultades conferidas a Rivas como presidente provisorio no eran más que una delegación de las que el gobierno le confirió a él, Walker, cuando, a poco de haber llegado a Nicaragua, le nombró "General Expedicionario". Quería decir con ello que Rivas debía su puesto a los dos generales firmantes del convenio del 23 de octubre; resultando de esto que el presidente provisorio era la creatura y Walker su creador. Y más todavía, decía también el bando que cuando Rivas salió para León en marzo delegó sus poderes en Walker y en Ferrer para que éstos mantuvieran el orden y la paz en el Sur; que Rivas, al partir al enemigo exterior que invadiera por el Norte de la república, cometía delito de traición, y que, por cuanto Walker había jurado solemnemente defender la seguridad y soberanía de la república, declaraba nulos y sin valor los decretos, acuerdos y órdenes del Presidente Rivas emitidos desde el 12 de junio en que había abandonado sus deberes de gobernante, por cuya razón en su lugar nombraba a don Fermín Ferrer Presidente Provisorio de la República hasta que se efectuaran nuevas elecciones con arreglo al decreto del 10 de junio. Y todo aquel, terminaba diciendo, que en cualquier forma obedezca o ayude a Rivas será igualmente declarado traidor a la república. (1). Inútil es buscar legalidad

(1) El *Nicaragüense*, 21 de junio de 1856.

en la pretensión de Walker al derecho de poner y deponer presidentes provisorios. Todos eran actos arbitrarios, y deben juzgarse por los resultados. Lo dicho por Walker sería cierto sólo hasta el momento en que pudiera demostrar que eran hechos consumados. El líder filibustero lanzó dos manifiestos más, uno al pueblo de Nicaragua y otro al ejército. A los nicaragüenses decía que los americanos habían soporado la peste en los cuarteles y derramado su sangre en los campos de batalla con el único fin de sostener al gobierno y resguardar el honor y la paz del estado. Que a cambio de eso el gobierno apenas si les había dado los medios indispensables para su subsistencia, y que los funcionarios oficiales habían soliviantado a los nicaragüenses contra él. Por tanto, en nombre del pueblo, declaraba depuesto al gobierno y nombraba un nuevo presidente provisorio hasta que el mismo pueblo volviera a ejercer su derecho a elegir su propio gobernante. Al ejército decía que el gobierno depuesto se había negado a pagar los sueldos de los soldados, lo cual le hacía indigno del respeto de ellos; y que el nuevo gobierno sería más celoso de sus obligaciones. (1).

Ferrer tomó inmediatamente posesión del cargo de presidente provisorio, y el 21 él también lanzó un manifiesto a sus conciudadanos declarando que las repúblicas vecinas, so pretexto de expulsar a los extranjeros, querían sojuzgar a Nicaragua. Llamó a los americanos hermanos leales que, "si bien no nacieron en este suelo, dejaron sus hogares y cruzaron los mares a fin de tomar parte en nuestras luchas y pelear por nuestra libertad". De los legitimistas dijo que eran "hijos desnaturalizados que no quieren recordar que hace apenas siete meses terminó una gran revolución de la que fueron víctimas muchos de sus padres, hermanos e hijos". (2).

Le tocaba ahora a Rivas descargar su andanada retórica. Y la soltó el 26. Declaró a Walker traidor destituyén-

(1) *El Nicaragüense*, 21 de junio de 1856.

(2) *Herald*, de Nueva York, 17 de julio de 1856.

dolo del cargo "con que le había honrado la república". Y traidores fueron también declarados todos los extranjeros y naturales del país que siguieran bajo sus órdenes; a los jefes y soldados que le servían les ordenó dejarlo y presentarse ante el gobierno de Rivas, quien les recibiría en sus filas, si así querían, o bien podrían seguir viviendo en el país como ciudadanos nicaragüenses. Mandó a todos los nicaragüenses, entre los quince y los sesenta años, tomar las armas, contra Walker y sus hombres. Revocó la representación diplomática del Padre Vijil y en su lugar nombró al señor Irisarri, ministro a la sazón de Guatemala y El Salvador, como ministro también de Nicaragua en Washington.

Tres eran ahora los que reclamaban la presidencia: el Licenciado don José María Estrada quien, como sucesor de don Fruto Chamorro, alegaba todavía desde Nueva Segovia ser el legítimo gobernante; el señor Rivas en Chinandega; y Ferrer en Granada. El decreto del 10 señalaba la celebración de elecciones para el domingo 29 de junio; aunque derogado por Rivas el 14 había sido confirmado el 20 por Walker, quien por otra parte declaró nulos y sin valor todos los decretos expedidos por Rivas desde el 12, día de su huida. Quedaban pues ocho días para informar a la gente del campo de la próxima celebración de elecciones. Habrá de saberse que el decreto establecía el sistema de votación directa, el que siendo una innovación en Nicaragua requería, como es natural, cierto tiempo para que el pueblo pudiera entenderlo y funcionara correctamente. Dado que el país no contaba entonces con telégrafo ni ferrocarril, sino sólo con los más primitivos medios de comunicación, no es de suponer que fueran muchos los que estuvieran al corriente de la pugna política, salvo en lugares como Granada, Rivas y San Juan del Sur. Y más aún, siendo como era el pueblo analfabeto en su mayoría e ignorante por tanto de la ciencia política, es improbable que en tan corto tiempo lograra llegar a comprender el mecanismo del nuevo método para elegir presidente. La región del Norte estaba asimismo en manos de los enemigos de Walker, y es inconcebible, por ejemplo, que hu-

bieran podido practicarse elecciones en una ciudad como León, donde Walker y todos sus partidarios habían sido declarados traidores. Se dan estos datos para demostrar que era de todo punto imposible que esa gente pudiera expresar el 29 de junio de 1856 una opinión honrada y cabal sobre la cuestión de la presidencia. A pesar de eso, hízose un simulacro de elecciones en las que Walker resultó triunfante. El cómputo "oficial" de la votación, según apareció en **El Nicaragüense**, fue este: Walker, 15.835; Ferrer, 4.447; Rivas, 867; Salazar, 2.087.

Aquí, naturalmente, surge la duda sobre la autenticidad de estas cifras. Suman, como puede verse, 23.236 los votos depositados, en tanto que el total de la población votante era de 35.000. **El Nicaragüense** dijo que todo el pueblo había demostrado interés en los comicios, y que de todas partes, salvo unos cuantos lugares sin importancia, llegaron datos electorales. Por extraño que esto parezca, es todavía más sorprendente saber que: "En León la elección fue muy reñida, y el fuerte conglomerado democrático partidario del General Walker esgrimió sus reclamos con gran entusiasmo, y nos llena de orgullo señalar que aun cuando León es el principal foco del descontento, debido a las intrigas y falsedades del ex-presidente y su gabinete, los candidatos democráticos recibieron un número de votos casi igual al de la oposición". El cómputo de la votación, distribuido por departamentos y cantones, apareció en un cuadro del periódico. La votación registrada en el departamento de León es especialmente interesante porque el señor Rivas se encontraba en esa ciudad y Walker había retirado de allí a sus tropas. Y más todavía, los hombres que mandaban en León habían anulado el decreto que ordenaba practicar elecciones. Sin embargo, conforme a los datos publicados, la votación en tres ciudades de este departamento arrojó el siguiente resultado:

	Walker	Ferrer	Rivas	Salazar	Total
León	789	900	946	1.042	3.677
Chinandega	96	147	18	125	368
El Realejo	63	68	9	55	195
	948	1.115	973	1.222	4.258

Había en su totalidad datos de diecinueve cantones de Nueva Segovia y diez de Chontales. “Después de cargante demora”, dice el editor del diario, “han llegado por fin los resultados de la votación, y después de una mayor demora todavía de nuestra parte en examinar una gran cantidad de documentos y comprobantes con peso de casi media tonelada, hemos logrado computar los votos depositados en las varias poblaciones de los distintos departamentos”. Y si pues tanto tardaron en llegar los datos finales de la votación —podría uno preguntarse— ¿no habría tomado acaso un tiempo igualmente largo el hacer saber al pueblo que iban a celebrarse elecciones? La historia de esos comicios lleva el fierro de la impostura. Y en efecto, el propio Walker desvirtúa parte de dicha historia diciendo: “La votación fue general en los departamentos de Granada y Rivas; pero como don Patricio Rivas anuló su propio decreto al llegar a Chinandega y ya los guatemaltecos habían cruzado la frontera Norte del estado, no se votó en el departamento de León”. (1). Tenemos pues que uno de los dos, el editor del periódico, o Walker, mentía. Claro es que el mentiroso fue el primero; su excesiva parcialidad le hizo fabricar el informe de unas reñidas elecciones en León, cuando la pura verdad es que allí no se depositó un solo voto. Y puesto que queda palpablemente

(1) *La Guerra de Nicaragua*, Pág. 222, por Walker.

comprobada la falsedad de una parte de lo publicado en **El Nicaragüense**, el resto cae con justicia bajo grave sospecha.

Quizá sea de interés lo que de tales comicios dicen los enemigos de Walker. Según don Jerónimo Pérez, la celebración de elecciones mediante el método de votación directa era inconstitucional, e igualmente cierta era la inconstitucionalidad de votar a favor de un extranjero y además militar en servicio activo. Dice el historiador nicaragüense que se colocaron urnas electorales en unos pocos pueblos de las inmediaciones de Granada y Rivas, y que allí los soldados y otros aventureros americanos, así como también unos cuantos naturales del país, votaron por Walker. En Granada se hicieron listas de votantes para todos los departamentos, y se calcularon los votos correspondientes a ellos conforme al supuesto número de sufragantes de cada ciudad o pueblo, atendiendo siempre, desde luego, a que Walker resultara con una considerable mayoría. No sólo se hicieron estas ficciones mencionando ciudades, villas y pueblos existentes, sino que también se hacían figurar valles, cañadas y caseríos muy recónditos, y por último hasta algunas rancherías que en las guerras pasadas habían sido arrasadas por las llamas o abandonadas por sus moradores. Las listas, contenidas en sobres lacrados como si realmente hubiesen llegado así de todas parte de Nicaragua, fueron computadas en el despacho del señor Ferrer donde se verificó el escrutinio. (1).

A su debido tiempo se declaró electo a Walker, y si bien la elección no fue legal, su reclamo al sillón presidencial era tan bueno como el de sus rivales Rivas y Estrada. Este último basaba su derecho en un decreto dictado por él mismo

(1) **Memorias**, Parte 2, Págs. 77 - 8, por Pérez; Montúfar, Pág. 489. Un filibustero que en septiembre de 1856 regresó a San Francisco dijo a un reportero del **Bulletin** que se permitió votar a todos los soldados, y que algunos lo hicieron hasta veinte veces, pero que de todos modos en el escrutinio hecho más tarde en Granada los interesados computaron a su antojo. Un corresponsal del **Tribune** informó que en algunos casos el número de votos depositados a favor de Walker resultaba ser de cuatro veces mayor que el total de la población del lugar. Libros de recortes de Wheeler, Vol. 4, Pág. 155; **Herald**, de Nueva York, 14 de octubre de 1856.

declarándose Jefe Ejecutivo; al primero se le reconoció solamente porque entonces contaba con el respaldo de las armas de Walker.

Ferrer señaló el día 12 de julio para juramentar a Walker. Levantóse en la plaza una plataforma con las banderas de Nicaragua, Estados Unidos, Francia, y la Estrella Solitaria de Cuba. Hízose cuanto se pudo por que las ceremonias resultasen aparatosas. La revista de las tropas comenzó a las once de la mañana. Por las calles confluentes entraron a la plaza las compañías de soldados, la banda de música, los funcionarios municipales, los cónsules extranjeros, los altos jefes militares y subalternos inmediatos, el Ministro Wheeler y su séquito; Ferrer y Walker cerraban el desfile. Ferrer tomó el juramento de ley a su sucesor, y Walker juró solemnemente —rodilla en tierra— gobernar la república libre de Nicaragua, mantener su independencia e integridad territorial, administrar justicia conforme la ley de Dios y la religión del Crucificado. Con un discurso encomiástico Ferrer puso en seguida el destino de Nicaragua en manos de Walker, quien en frases trilladas, como suelen ser tales discursos, se expresó empero en forma digna de cualquier otro presidente. Comenzó haciendo un llamamiento al patriotismo de todos los buenos ciudadanos para que le ayudaran a timonear con pericia la nave del estado y a mantener el orden como primer requisito de una nación bien gobernada. El 15 de septiembre de 1821, dijo, dio comienzo a un período de revoluciones en Nicaragua, y esperaba que ese 12 de julio de 1856 fuese el último día de aquella época. Refiriéndose a la hostilidad de los otros cuatro estados centroamericanos contra el nuevo gobierno de Nicaragua, manifestó que nadie podría detener la marcha de los acontecimientos. Más significativos todavía fueron sus conceptos referentes a las relaciones de Nicaragua con las grandes potencias. Dábase por sentado en Estados Unidos y en Europa que Walker, tan pronto se sintiera en posición de poder hacerlo, trataría de anexar Nicaragua a Estados Unidos. Sólo sus más íntimos amigos, muy contados por cierto, sabían que estaba muy lejos de

hacer semejante cosa. En su discurso dejó ver por primera vez cuál era su pensamiento con respecto a la anexión, pero lo expresó de manera tan velada que pocos, si es que hubo uno siquiera, captaron su verdadero sentido. "Espero que las grandes potencias, en nuestra relaciones mutuas, comprendan que si bien Nicaragua es una nación relativamente débil, guarda con celo su honor y está resuelta a defender la dignidad de su soberanía independiente. Su posición geográfica y estímulos comerciales pueden excitar la codicia de otros gobiernos, **vecinos o lejanos,** (1) pero confío en que habrán de saber que Nicaragua reclama su derecho a regir su propio destino, impidiendo que naciones extrañas concierten tratados que afecten a su territorio sin pedirle su parecer ni consentimiento".

Estocada fue ésta claramente dirigida a Inglaterra y Estados Unidos que por aquellos días discutían acerca de la interpretación del tratado Clayton-Bulwer arrogándose el derecho a señalar las fronteras de Nicaragua sin consultar con ella. Pero el presidente, al proclamar su resolución de defender la dignidad y soberanía de su patria adoptiva, apuntaba más allá, según veremos adelante. El soñaba con la creación de un nuevo gobierno federal que abarcara a toda la América Central y que incluyera a Cuba, en tanto que muchos de sus más leales partidarios creían que la lucha en que estaban empeñados era para dar asiento a Nicaragua al lado de los grandes estados del Norte.

Walker pronunció su discurso en inglés, aunque hablaba español medianamente bien y la concurrencia era en gran parte nicaragüense; su ayudante de campo el coronel cubano Lainé lo leyó en seguida en español con un énfasis declamatorio que no le hubiera podido dar su propio autor. Terminada la lectura se dispararon veintiún cañonazos en honor del presidente, y luego se dirigieron a la iglesia en donde se cantó un **Te Deum.** (1). Concluidas las ceremonias se dio un

(1) Las cursivas son del autor.

banquete. Siendo Walker abstemio sólo se sirvieron vinos ligeros, pero como eran cincuenta los comensales y se echaron cincuenta y tres brindis, no podía faltar allí la jovialidad. Walker brindó por el presidente de Estados Unidos; Hornsby alzó su copa brindando por el "fío Billy"; (+) Walker rió a carcajadas, caso tan raro en él que vale la pena consignar.

Dos días después el presidente dio a conocer los nombres de los miembros de su gabinete, integrado cuerdamente por sólo nicaragüenses. Don Fermín Ferrer, su "fiel Achaetes", (++) fue nombrado Ministro de Relaciones Exteriores; don Mateo Pineda, igualmente leal, Ministro de Guerra; y don Manuel Carrascosa, Ministro de Hacienda. Digno de observarse, no obstante es que los nombramientos de vice-Ministro de Relaciones Exteriores y de Hacienda recayeran en americanos. De vice-Ministro de Hacienda quedó William K. Rogers, cuyo trabajo era abastecer al ejército de víveres, ropa y demás. Dictáronse órdenes de acatar sus disposiciones como si emanaran del titular del ministerio, y en el cumplimiento de su deber —que pronto llegó a ser principalmente saquear los mercados y pagar con vales— Rogers fue conocido como la plaga del país. Tarea ingrata la suya que desempeñó a cabalidad.

Armado el andamiaje gubernativo, Walker se dedicó con empeño a recaudar dinero y fomentar la inmigración. El 16 de julio decretó la confiscación de propiedades de todo aquel que, desde el 23 de octubre, fecha de la firma del convenio, hubiese colaborado con los enemigos de la república. Nombróse una junta de comisionados para ejecutar las confiscaciones. Diez días después de confiscadas se publicaría una lista en **El Nicaragüense** emplazando a sus dueños a presentarse en el término de cuarenta días para alegar por qué no debían ser rematadas en beneficio del estado.

[1] Una detallada crónica del acto figura en un suplemento de **El Nicaragüense**, 19 de julio de 1856.

(+) Billy es el hipocorístico inglés de William. [N. del T.].

(++) Héroe troyano de **La Eneida**, de Virgilio. [N. del T.].

Una vez hecha la debida notificación la propiedad sería adjudicada al mejor postor, que la podía pagar con dinero efectivo o con vales militares. Una junta de tasadores fijaría el precio de las propiedades en venta, no se aceptarían ofertas por menos de dos tercios de su avalúo. (1). Mediante este arbitrio podrían redimirse los vales militares y se haría desaparecer toda prueba de adeudo de la república. Tenía esto también por objeto estimular la inversión de capital americano en el país ofreciendo en pública subasta buenas tierras a precios ínfimos. **El Nicaragüense** del 27 de septiembre contiene la lista de propiedades confiscadas que el 1o. de enero de 1857 iban a ser subastadas en la plaza mayor de Granada. Anunciábase la subasta de cuarenta o cincuenta haciendas del departamento de Rivas con valor de trescientos a un mil dólares cada una, y algo así como cien propiedades más que eran casas, fincas de ganado, de cacao, de añil, de azúcar, de café, y también plantíos de plátanos, con valor total de 753.000 dólares. (2). Semejante medida alarmó naturalmente a todos los propietarios del país, pues era, de por sí sola, bastante para provocar una revolución.

Dictáronse otros decretos altamente ventajosos para los futuros terratenientes americanos. El 14 de julio se emitió uno mediante el cual "todo documento que tenga atinencia con los asuntos públicos, esté escrito en inglés o español, tendrá la misma validez". En virtud de tal disposición los procedimientos judiciales y la inscripción de escrituras podían hacerse en inglés; por este medio los americanos, al entablar un juicio respecto de posesión de tierras, aventajaban a los nicaragüenses que hablaban sólo español. Otro decreto prescribía que todas las escrituras de posesión de tierras se registrasen en el término de seis meses. La pretendida razón de esto era que el estado del registro de títulos era caótico, y que carecía de legislación. Los nicaragüenses no conocían ese sistema, en el cual eran muy duchos los americanos, y la

(1) **El Nicaragüense**, 19 de julio de 1856.

(2) Ver **Dublin Review**, XLII, Pág. 375; **Putnam's Monthly**, IX, Pág. 431; y el **Herald** de Nueva York, 19 de octubre de 1856.

ventaja, naturalmente, era siempre de éstos. Walker explica: "La tendencia general de estos decretos era la misma. Se emitieron con la intención de poner gran parte de las tierras del país en manos de la raza blanca. La fuerza militar del estado podía asegurar por un tiempo a los americanos el gobierno de la república; pero a fin de que lo poseyesen de manera estable, necesitaban ser dueños de la tierra". (1).

El 31 de julio de 1856 Walker decretó una nueva tarifa aduanera, pues las viejas regulaciones no habían dado, desde el punto de vista comercial ni fiscal, los resultados apetecidos. Entre la lista de artículos que ahora podían introducirse al país, libres de derechos, figuraban harina, carne, grasas, lana, papas, herramientas de labranza, campanas, órganos para las iglesias, maletas y muebles de uso personal, semillas y plantas, y animales domésticos de buena raza para mejorar la criolla. A los licores y al tabaco se les aplicaron aranceles extraordinarios, y a los demás artículos de consumo se les asignó un impuesto del veinte por ciento **ad valorem**. Como había en Nicaragua industrias nacientes que proteger, el único propósito de la tarifa era aumentar los ingresos del fisco. Creáronse tres puertos libres: El Realejo, San Juan del Sur, y San Juan del Norte. Sin embargo, para evitar complicaciones internacionales, la aduana de este último se llevó a Granada y las mercaderías que entraban por allí eran inspeccionadas en El Castillo cuando remontaban el San Juan. (2).

Se contaba con otras fuentes de ingresos como eran la venta de licencias a los dueños de cantinas y a las fabricantes de aguardiente. Los egresos, por supuesto, superaban en mucho a los ingresos, y se cubrían con vales que reeditaban el siete por ciento; posteriormente se emitieron vales que no rendían ningún interés. Además de los vales circulaba profusamente en Nicaragua moneda fraccionaria de un real, medio real, y francos. Tal vez tres cuartas partes de las monedas fueran reales. En las operaciones comerciales se es-

(1) *La Guerra de Nicaragua*, Pág. 245, por Walker.

(2) *El Nicaragüense*, 9 de agosto de 1856.

tablecía siempre la diferencia entre **peso** y **peso fuerte**. El primero era la moneda del país, y equivalía a ocho reales (dimes) de dólar; el **peso fuerte** se cotizaba a la par del dólar, que eran diez reales.

El 20 de agosto de 1856 fue un día trascendental en los anales del gobierno de Walker, ya que llegó a Granada el Honorable (+) Pierre Soulé. A principios de junio el Presidente Provisorio Rivas había autorizado un empréstito con garantía de las tierras nacionales. El objeto de la visita de Soulé era obtener su modificación a fin de hacerlo aceptable. Y lo consiguió, pues el 28 de aquel mes se expidió un nuevo decreto lanzando un empréstito de \$ 500.000 dólares amortizable en veinte años con el seis por ciento de interés anual, garantizado por un millón de acres de tierras nacionales. Los señores M. Pilcher y S. F. Slatter, de Nueva Orleans, fueron comisionados para gestionar la obtención del empréstito, y se hicieron los debidos arreglos para pagar los intereses en el Bank of Louisiana. A los mismos señores se les comisionó para vender tierras baldías nicaragüenses. Estos agentes vendieron los únicos bonos de que dispuso el gobierno de Walker.

Pero no fue este el solo resultado de la visita de Soulé. Aunque nacido en el extranjero era más sureño que la mayoría de los propios americanos de ese sector del país, y como también era un gran visionario influyó de diversas maneras en el rumbo por el cual enfiló Walker su programa político. Esto se advierte en la serie de decretos dictados por el filibustero en septiembre de 1856. El 5 expidió uno contra la vagancia. Los hombres, mandaba, que sin tener medios de vida conocidos no busquen cómo trabajar en el término de quince días, serán declarados vagos y sentenciados a trabajar de uno a seis meses en obras públicas. Al día siguiente expidió otro, relativo a contratos laborales. Los contratos de servidumbre (servicio escriturado) por determinado tiempo de meses o de años fueron declarados de fuerza legal, y si el

(+) En Estados Unidos es título de simple cortesía para ciertos funcionarios. (N. del T.).

trabajador no cumpliría quedaba sujeto a trabajar forzosamente en obras públicas.

Estos decretos tenían como lógico fin garantizar las inversiones de los americanos en tierras nicaragüenses. Sin mano de obra esas tierras no tendrían ningún valor. Los americanos consideraban un absurdo el tener que labrar ellos sus propias tierras en un país del trópico. Si los naturales no trabajaban debía obligárseles a fuerza de decretos contra la vagancia y de leyes de contrato laborales. En su esencia ello equivalía a establecer el sistema de "peonaje". (1). Semejante medida abatiría al pobre trabajador pero regeneraría económicamente al país con la introducción de capital y de superior talento administrativo. No eran éstos, desde luego, los únicos medios disponibles para lograr la regeneración de Nicaragua, y era también dudoso que con sólo su aplicación se lograra cambiar considerablemente el orden social y económico del país. Sólo la reintroducción de la esclavitud africana podría garantizar un aporte más seguro de mano de obra. En consecuencia, el 22 de septiembre Walker avanzó un paso más dictando el siguiente decreto:

"Artículo 1o. — Todas las leyes y decretos de la Asamblea Federal Constituyente, lo mismo que del Congreso Federal, se declaran nulos y de ningún valor.

"Artículo 2o. — Ninguna de las disposiciones aquí contenidas podrá afectar los derechos poseídos hasta el día, en virtud de las leyes y decretos que por el presente quedan derogados". (1).

El propósito de este decreto hábilmente redactado era restablecer la esclavitud en Nicaragua. No la restablecía de hecho, pero sí le abría las puertas. Nicaragua había sido, de 1824 a 1838, miembro de la Federación de Estados de la

(+) Esto significa reducir a un individuo a la condición de siervo para que con su trabajo pague lo que debe. (N. del T.).

(1) Montúfar, Pág. 599.

América Central, y al disolverse esta unión todas las leyes y decretos federales no incompatibles con la constitución nicaragüense que se adoptó entonces fueron declarados en vigor aún. Por tanto, entre la leyes todavía en vigencia contábase la que abolía la esclavitud. El decreto del 22 de septiembre borraba de la pizarra todas las leyes promulgadas por el extinto gobierno federal, pero su principal propósito y finalidad era hacer que la esclavitud ya no fuera ilegal en Nicaragua.

Cuando Walker expidió este decreto afrontó la hostilidad conjunta de los estados centroamericanos, de modo que se vio en la necesidad de hacer que su causa fuese mirada con más interés por una buena parte del pueblo norteamericano. El restablecimiento de la esclavitud, en consecuencia, aseguraría, además de las ventajas económicas ya señaladas, los beneficios políticos derivados del aumento de simpatías y la cooperación de los estados americanos del Sur que tácitamente él pretendía obtener mediante el decreto. El Sur veía con agrado el rumbo que tomaban las cosas. El fin que con el decreto se perseguía, dice Walker, era ligar los estados del Sur de Nicaragua como si éste fuese uno de aquéllos. (1). La ligadura, sin embargo, no obligaría a Nicaragua a formar parte de la Unión Federal norteamericana, pues Walker, como se verá más adelante, no había pensado anejar Nicaragua a Estados Unidos. Su república esclavista del trópico tendría, en muchos aspectos, intereses idénticos a los estados esclavistas del Sur, de tal manera así que ambas regiones se sentirían estrechamente unidas en una especie de pacto de amistad. En caso de que la Unión Federal norteamericana se disolviera —cuestión de la cual se hablaba entonces sin tapujos— el pacto podría ser reemplazado por una alianza en toda forma con los estados secesionistas.

Walker no sólo quería restablecer la esclavitud, sino también reanudar el tráfico de esclavos africanos. A decir verdad, el segundo paso era, por la misma fuerza de las co-

(1) *La Guerra de Nicaragua*, Págs. 250 - 7.

sas, esencial para coronamiento del primero. Los esclavos no serían llevados de los estados del Sur de Estados Unidos a la América Central porque la demanda de negros en aquellos estados era mayor que la oferta. Por tanto, habría que importar más negros del Africa. Cuatro años después, cuando Walker publicó su libro sobre la guerra de Nicaragua, manifestó que esperaba poca oposición de parte de Inglaterra o Francia a su proyecto de reimplantar el tráfico negrero. "El frenesí del pueblo británico contra el comercio de esclavos", dice, "está agotado y las gentes empiezan a notar que fueron inducidos a error por el entusiasmo caritativo de clérigos que sabían más de griego y hebreo que de fisiología y economía política, y por solteronas enamoradas de la humanidad en general, al pesar de que desdeñan poner sus afectos en cosas menos remotas que el Africa". (1). Sabía él asimismo que el emperador de Francia soñaba en agrandar la importancia marítima de su imperio mediante la negociación de un tratado que le permitiera aumentar el tonelaje de la flota francesa para llevar negros bozales del Africa a puertos de Nicaragua, "suministrando así mano de obra a esta república con aumento del tráfico de los buques franceses". (2). Estos sueños tienen el inconfundible sello de la mentalidad de Soulé. Debe tenerse presente, sin embargo, que Walker nunca importó esclavos. Su decreto del 22 de septiembre tenía como mira únicamente preparar el camino y hacer saber a los estados del Sur que simpatizaba con ellos, puesto que él y ellos luchaban en pro de la misma causa. Pero una cosa sí: antes que los plantadores y sus esclavos llegaran al país debía pacificarlo; a los otros estados centroamericanos hostiles tenía que conquistarlos, o apaciguarlos; y el nuevo gobierno de Nicaragua debía ser reconocido como gobierno **de facto** y **de jure**. Por consiguiente, las cuestiones de diplomacia y guerra tuvieron prelación ante la esclavitud y otros problemas de carácter económico. (3).

(1) *La Guerra de Nicaragua*, Pág. 260, por Walker.

(2) *La Guerra de Nicaragua*, Pág. 259, por Walker.

(3) Montúfar, en cuya obra se refleja la opinión que de Walker tenían los centroamericanos ilustrados, atribuye a prejuicio racial del filibustero su plan de confiscación,

Para Walker era de primordial importancia que las potencias extranjeras, y Estados Unidos sobre todo, reconocieran su gobierno. En lo tocante a este país sus deseos fueron satisfechos antes tal vez de lo que esperaba. Poco después de haber sido recibido el Padre Vijil en Washington, Marcy ordenó a Wheeler restablecer relaciones diplomáticas con el gobierno nicaragüense. (1). Pero yendo esta comunicación en camino el gobierno cambió de manos, de suerte que cuando llegó a poder de Wheeler el estado de cosas era completamente diferente de cuando Marcy la despachó. Cualquier diplomático con algo siquiera de sínderesis hubiera, en tales circunstancias, esperado a que su gobierno se enterara de la nueva situación; pero Wheeler era demasiado buen amigo de Walker para no aprovechar la oportunidad. Ambos habían sido vecinos en Granada y, aun cuando Estados Unidos y Nicaragua suspendieron por un tiempo sus relaciones diplomáticas, se visitaron mutuamente a diario. (2). En este respecto el ministro americano demostró debilidad permitiendo que Walker se sirviera de él como de un tilche para dignificar su hazaña. Con manga ancha interpretó Wheeler las instrucciones de Marcy para reconocer a Walker como presidente, de tal modo que el 17 de julio, tan sólo cinco días después de la toma de posesión de éste, Wheeler le hizo saber que Marcy había extendido el reconocimiento de "el actual gobierno de Nicaragua". Designóse el 19 para la recepción de Wheeler por el nuevo presidente, y no se escatimó nada para darle toda pompa al acto. Ferrer, Ministro de Relaciones Exteriores, a la cabeza de una banda de música y de una compañía de soldados, llegó a la casa de Wheeler para escoltarlo por las calles hasta la mansión del ejecutivo. Una vez allí, Wheeler pronunció un discurso pletórico de trivialidades, pero en cierto pasaje se saltó la barrera de la diplomacia declarando que "el gobierno de Estados Unidos se une cordial-

contratos laborales, y la esclavitud; los americanos, acostumbrados al dominio de la raza blanca, resolvieron extenderla a Nicaragua. **Walker en Centro América**, Págs. 597 -'600.

- (1) Manuscritos del Departamento de Estado, Oficina de Indices y Archivos. Estados Americanos, Instrucciones a Ministros, XV., Págs. 264 - 5.
 (2) Libro de recortes de Wheeler, Vol. 4, Pág. 224.

mente a usted en el firme propósito de impedir que ninguna potencia extranjera intente en forma alguna frenar el progreso de Nicaragua. Eso dice la gran voz de la nación. Y no se tengan sus palabras en poco". (1).

Walker debía nombrar a un nuevo ministro que fuese a ocupar en Washington el cargo dejado por el Padre Vijil. Designó a Appleton Oaksmith, un americano que sólo tenía tres semanas de residir en el país. Había llegado a Nicaragua en el mismo vapor en que regresaba el sacerdote, y se volvió en el siguiente habiendo permanecido poco menos de dos semanas en la propia ciudad de Granada. Existía una razón para que Walker lo honrara tan significativamente en tan corto tiempo. El hombre había cooperado con De Goicourría en la consecución de ayuda a fines de 1855 y principios de 1856, y entre otras cosas fue el alma de aquel mitin pro-Walker celebrado el 23 de mayo en la ciudad de Nueva York. Tenía además fama de influyente y ricachón, y se creyó que podría conseguir un empréstito para el nuevo gobierno; esto ocurría antes del convenio concertado entre Walker y Soulé. Oaksmith era originario de Portland, Maine, había estado en Nicaragua en 1850 —antes de la apertura de la ruta del Tránsito— y conocía extensamente la América Central, Africa, y el Oriente. El 15 de agosto, al llegar a Washington, Oaksmith comunicó a Marcy que traía cartas credenciales de ministro extendidas por el Presidente Walker. (2). Cuatro semanas después Marcy le notificó que debido a la confusa situación política de Nicaragua el Presidente no podría recibirlo. El 18 de septiembre Oaksmith pidió se le dijera concretamente por qué se le rechazaba; se le contestó que si el Presidente consideraba que debía dar explicaciones

(1) *El Nicaragüense*, 26 de julio de 1856; Libro de recortes de Wheeler, Vol. 4, Pág. 131.

(2) La Carta de Walker a Pierce, acreditando a Oaksmith, abunda en piadosa fraseología: "Que Dios conceda la continuación de una armonía feliz entre dos hermanos repúblicas unidas en la misma causa continental. Dios le guarde muchos años para felicidad de sus conciudadanos". *Manuscritos del Departamento de Estado, Oficina de Indices y Archivos, Notas, Logaciones Centroamericanas, II.*

las daría únicamente al gobierno que pedía se le recibiese. (1). Y como no podía dar explicaciones a un gobierno que Washington se negaba a reconocer, se dio por terminado el caso.

Se recordará que Rivas, después de anunciar que Walker quedaba destituido del mando, anuló el nombramiento del Padre Vijil como Ministro en Estados Unidos designando en su lugar a don Antonio José de Irisarri, quien ya era Ministro de Guatemala y de El Salvador, pero Pierce rehusó recibirlo en su capacidad de Ministro de Nicaragua también. Que no se sabía a ciencia cierta, le comunicó Marcy el 28 de octubre, qué partido representaba actualmente a la autoridad civil en Nicaragua, ni a cuál de ellos debía reconocerse como gobierno **de facto**. Para decidirse por el reconocimiento de uno u otro había que estudiar los méritos de la controversia entre Rivas y Walker, y eso el presidente no se sentía en capacidad de hacerlo. (2). En vista de que el gobierno de Rivas no podía protestar oficialmente ante el gobierno americano, publicó en León un escrito censurando a Wheeler por haber reconocido a Walker como presidente, y pedía fuese retirado de su cargo. (3).

El hecho de que Wheeler interpretara la orden de reconocer al gobierno de entonces como autorización para establecer relaciones diplomáticas con Walker molestó mucho a Marcy, y tanto así que el 18 de septiembre lo mandó llamar diciendo que no había para qué tener ministro en un país mientras estuviesen suspendidas las relaciones con él. Wheeler llegó en noviembre a Washington donde sostuvo una larga conversación con el Secretario de Estado, quien con marcado énfasis le reprochó su conducta de los últimos doce meses. Y le enumeró los siguientes hechos: su visita a Corral en octubre de 1855 como emisario de Walker; el haber reconocido al gobierno Rivas-Walker en ese mismo mes sin tener

(1) Manuscritos del Departamento de Estado, Oficina de Indices y Archivos, Correspondencia Diplomática, Nicaragua, I., Págs. 116 - 117.

(2) Manuscritos del Departamento de Estado, Oficina de Indices y Archivos, Correspondencia Diplomática, Centro América, I., Pág. 119.

(3) **Herald**, de Nueva York, 1 de diciembre de 1856.

instrucciones del Departamento de Estado; y su posterior reconocimiento de Walker como Presidente que vino a rebasar la copa de indiscreciones diplomáticas. Y, para mayor abundamiento, al tiempo que camino de Granada iba la comunicación mediante la cual se llamaba al Ministro, llegó a Washington un despacho de Wheeler dando cuenta del decreto de Walker respecto de la esclavitud, decreto que con entusiasmo elogiaba. Eso era ya el colmo, razón por la cual Marcy puso desabridamente fin a la entrevista en su despacho pidiéndole su renuncia. Esta petición se la hizo varias veces, pero el Ministro no renunció sino hasta el 2 de marzo de 1857, (1) cuando faltaban sólo días para que Marcy se retirara junto con todos los miembros del gobierno de Pierce.

En el mismo vapor que llevaba a Wheeler de regreso a Estados Unidos viajaba el fiel Fermín Ferrer, nombrado nuevo Ministro de Walker cerca del gobierno americano en lugar de Oaksmith. La obstinada resistencia de Marcy a establecer relaciones con el nuevo régimen se hizo tan evidente que los amigos de Walker le aconsejaron no arriesgarse a ser desairado otra vez, pues que ello fortalecería la oposición a su causa en la América Central, de modo que Ferrer nunca presentó credenciales. La partida de Wheeler y de Ferrer a Estados Unidos y la del Padre Vijil a Colombia, en el mismo mes los tres, fue una grave pérdida para Walker.

Walker hizo otra tentativa de carácter diplomático nombrando el 12 de agosto a Domingo de Goicouría Ministro en Londres. Pero no había salido aún de Nueva York el cubano cuando riñó con su jefe y rompió relaciones con el gobierno nicaragüense. Los acontecimientos que llevaron a ese punto las cosas, y sus consecuencias, constituyen una curiosa y significativa parte de la historia de Walker. De Goicouría era hijo de un adinerado comerciante cubano que de joven había vivido en Inglaterra a cargo de los negocios de su padre. Allí

(1) Manuscritos del Departamento de Estado, Oficina de Indices y Archivos, Legación de Nicaragua, II., Estados Americanos, Instrucciones a los Ministros, XV., 264 - 5, 279 - 82.

se impregnó de ideas liberales, causa más tarde de su deportación de Cuba a España ordenada por el Capitán General de la isla. A poco de eso apareció en Estados Unidos residiendo por un tiempo en Misisipí, en donde planeó con López la liberación de su patria. López invadió Cuba contra el parecer de De Goicouría; el desastroso resultado de la invasión reveló la sensatez de éste. En 1853 se asoció al General John A. Quitman en el plan de una nueva y más grande expedición, la que nunca llegó a realizarse. En los días de la invasión de Walker a Nicaragua De Goicouría vivía rumbosamente en Nueva York, en donde su carácter amistoso y mucho sentido común le habían granjeado numerosas amistades. Contaba entonces cincuenta y seis años y lucía una undosa barba gris que según decires había jurado no afeitarse hasta ver a su patria libre del yugo español. No quería que Cuba siguiera el ejemplo de los estados de la América Central; creía más bien que a la isla convenía la anexión a Estados Unidos.

La empresa de Walker contra Nicaragua interesaba mucho al cubano porque éste se figuraba que allí tendría mejores oportunidades que en Estados Unidos para organizar y emprender la invasión de Cuba. Si pudiera llevarse a Nicaragua, pensaba él, a los exiliados cubanos haciéndolos pasar por simple pasajeros en los vapores de la Compañía del Tránsito, partirían de allí a invadir la isla sin la interferencia del fantasma que para todo filibustero era la ley de neutralidad americana.

En consecuencia, en diciembre de 1855 De Goicouría envió como representante suyo ante Walker al Capitán Francisco Alejandro Lainé, quien tenía reputación de "libertador" cubano. El jefe filibustero escuchó con agrado la propuesta de Lainé, y el 11 de enero de 1856 suscribió con él un convenio conforme al cual Walker y De Goicouría aunarían sus esfuerzos. Prescribían sus estipulaciones que los revolucionarios cubanos debían juntar sus medios materiales con los

de Walker y ayudarle "a consolidar la paz y el gobierno de Nicaragua". Una vez realizado esto, Walker "ayudaría y cooperaría personalmente aportando sus diversos recursos, tales como hombres y demás, en pro de la causa y la libertad de Cuba". (1). De Goicouría aprobó el convenio y se dispuso a partir con destino a Nicaragua. Enroló a doscientos cincuenta filibusteros, cubanos en su mayor parte, para servir en las filas de Walker; el financiero Cornelius Vanderbilt, recién nombrado Presidente de la Compañía Accesoría del Tránsito, contribuyó con el costo de todos los pasajes. (2).

Fue una de esas extrañas ironías del destino que Vanderbilt autorizara a De Goicouría cargar a cuenta suya el costo del transporte de esos hombres en el preciso momento en que Walker resolvía expulsar de Centro América a la empresa que Vanderbilt tenía allí. El vapor que conducía a los filibusteros y el que llevaba la noticia de la revocatoria de la concesión de la Compañía del Tránsito se cruzaron en el camino. De Goicouría y sus hombres llegaron a Granada el 9 de marzo de 1856; el cubano supo en seguida con espanto que el jefe filibustero le había jugado las barbas a Vanderbilt, hombre de terrible carácter vengativo y con millones de dólares a su disposición para satisfacer sus pasiones revancheras. No sólo creyó De Goicouría que Walker había matado la gallina de los huevos de oro, sino que había hecho algo peor todavía al echarse de enemigo a tan poderoso gigante de las finanzas. Permaneció, sin embargo, fiel a su palabra, y en las siguientes semanas prestó útiles servicios en la guerra con Costa Rica, habiéndosele nombrado Intendente General de Hacienda con grado de Brigadier. Unos cincuenta cubanos más engrosaron las fuerzas filibusteras pasando a formar la guardia de honor de Walker. Lainé, con grado de Teniente Coronel, fue uno de los ayudantes de campo del jefe filibustero. (3).

(1) Montúfar, Págs. 208 - 9.

(2) **La Guerra de Nicaragua**, Págs. 151 y 173, por Walker.

(3) **La Guerra de Nicaragua**, Pág. 184, por Walker.

El 21 de junio salió De Goicouría de Granada con rumbo a Estados Unidos para seguir de allí a Inglaterra; antes sí, trataría de conseguir un empréstito en Estados Unidos. Desembarcó en Nueva Orleans el 13 de julio, mas no viendo allí perspectivas de vender bonos, delegó la gestión en dos agentes locales y siguió viaje a Nueva York con la esperanza de encontrar en esa ciudad mejor mercado para los valores nicaragüenses. Durante todo ese tiempo De Goicouría no recibió de Walker una sola letra referente a su plataforma política, por lo cual antes de salir de Nueva Orleans escribió a su jefe pidiéndole información concerniente a la forma de gobierno que tenía en mira establecer en Nicaragua, para poder, como Ministro de Walker, hablar con conocimiento de causa ante los gobiernos europeos. Con esto no infringía el cubano el protocolo oficial, pero cometió el error craso de propasarse dando al líder filibustero consejos que éste no le había pedido en cuanto a la forma de gobierno que debía instituir. E hizo más aún: criticó el contrato suscrito con Morgan y Garrison respecto del tránsito con el argumento de que no debió habérseles concedido el monopolio del tránsito sobre el Río San Juan y el Lago de Nicaragua por ser ello una violación del principio de libre comercio. Decía De Goicouría que a los concesionarios sólo debió otorgárseles el privilegio de manejar el tránsito ístmico, por el cual habrían de pagar conforme al tonelaje de carga y número de pasajeros transportados, y que los ingresos provenientes de esa fuente los ofreciera el gobierno en garantía del empréstito gestionado.

Al llegar a Nueva York y consultar con los capitalistas locales, De Goicouría vio con diáfana claridad que mientras Walker tuviera que habérselas con Vanderbilt como enemigo, jamás conseguiría el empréstito. Los financieros afirmaban que toda inversión en empresas combatidas por él era sumamente arriesgada. Todavía no se habían hecho los arreglos finales para que Morgan y Garrison pudieran inaugurar su nuevo servicio de transporte entre los puertos del

Atlántico y del Pacífico vía Nicaragua, y Randolph estaba aún en Nueva York consultando con ellos acerca de los pormenores del contrato, cuando llegó De Goicouría. Era del dominio público que Randolph percibiría una jugosa suma como partícipe en la negociación, y sorprendió y molestó mucho al idealista cubano enterarse de que alguien aprovechara su amistad con Walker para hacerse de dinero. Advirtió a Walker que jamás podrían los nuevos concesionarios, debido a sus limitados recursos, cumplir su compromiso que debía beneficiar a la causa, y llegó hasta preguntar a Vanderbilt si estaba dispuesto, en caso de que le fuesen restituidos sus viejos privilegios, a restablecer su servicio de vapores en Nicaragua.

Vanderbilt se mostró anuente y ofreció adelantar cien mil dólares el día que zarpara a Nicaragua su primer vapor, y pagar además ciento cincuenta mil en el curso del año. De Goicouría se entusiasmó. Esa era la oportunidad de obtener los fondos que tanto necesitaba el régimen filibustero, así como de contar con un adecuado servicio de transporte, y convertir a un temible enemigo en amigo y patrocinador. Pero no obstante todos los sinsabores y trabajos que la gestión le costó, el cubano no recibió de su jefe ni las gracias siquiera. La réplica de Walker fue tajante: "Haga usted el favor de no molestarme más ocupándose de la Compañía del Tránsito. En cuanto a todo lo que dice de Mister Randolph, son cuestiones de mi sola y única incumbencia. ...Y puesto que el gobierno no ha conferido a usted poderes, no puede por ningún punto prometer nada en su nombre". (1).

Así fue como el líder filibustero malogró la última oportunidad que le quedaba de amistarase con Vanderbilt y reparar el más grande error de su carrera. De Goicouría, por su edad, podía ser padre de Walker, y era hombre de mucha experiencia en materia de filibusterismo y de negocios. No debió nunca Walker echar en saco roto sus consejos, y el

(1) **Herald**, de Nueva York, 29 de noviembre de 1856.

desaire hecho al cubano agrió más todavía a Vanderbilt, el hombre que de lo contrario pudo haber apadrinado su causa. Lo único loable de este episodio es la lealtad de Walker para con su amigo Randolph.

La represión resintió profundamente a De Goicouría, quien puso en tela de juicio la prudencia de su jefe. Eran esos los días en que el nuevo Ministro de Walker en Estados Unidos, Appleton Oaksmith, se había presentado con sus credenciales ante el Secretario de Estado Marcy, quien, como queda dicho, se negó a recibirlo en vista de que la estabilidad del gobierno de Walker parecía dudosa en aquel momento. (1). De Goicouría juzgó entonces inútil esperar el reconocimiento de un gobierno hostil como era el británico cuando uno amistoso como el americano se negaba a recibir al Ministro de Nicaragua. Así pues, notificó a Walker que había resuelto posponer su viaje a Inglaterra hasta que Nicaragua obtuviera algún triunfo digno de nota contra la coalición de los estados centroamericanos que acababan de declarar la guerra al gobierno filibustero. Walker, con desplantes de mayoral, exigía siempre ciego acatamiento a sus mandatos, y rara vez prestaba oídos a consejos de nadie. La actitud de De Goicouría la consideró poco menos que delito de lesa majestad; acto seguido le notificó que si él no quería ir mandaría a otro. (2).

En el cuartel general filibustero habían circulado rumores respecto de que el cubano era agente de Vanderbilt. Al principio Walker no dio crédito a los cuentos, pero al hacer patente De Goicouría su apoyo a los planes del financiero tomó por ciertas las sospechas y de manera muy brusca se lo hizo saber así a su Ministro. La acusación provocó una airada protesta de parte del cubano. Su único objeto al tratar de restablecer relaciones con la compañía de Vanderbilt, de-

[1] Manuscritos del Departamento de Estado, Oficina de Indices y Archivos, Nicaragua, Correspondencia Diplomática, I., Págs. 116 - 7; Legaciones Centroamericanas, Notas al Departamento., Vol. II.

[2] *Herald*, de Nueva York, 29 de noviembre de 1856.

ecía, era "allegar abundantes recursos económicos a fin de que usted pueda acudir a sus necesidades inmediatas y mantener la inmigración americana, así como también poner fin a una poderosa oposición que ya le ha causado a usted muchas dificultades y hasta pérdida de reputación". Manifestábase asimismo que todo lo hecho por él había sido motivo de reparos y recriminaciones, además de que le hablaba en forma descortés y tono autoritario, siendo como era él persona de calidad, e independiente. Por otra parte, la noticia recién sabida del decreto de esclavitud dictado por Walker, le afianzaba más en su determinación de no ir a Londres; pues que jamás vería Gran Bretaña con simpatía ese paso retrógado. "Usted ha cerrado sus ojos a la verdad", añadía el irritado cubano, "ya sea porque se cree divinamente infalible y está resuelto a seguir su camino contra viento y marea, o bien porque un tercero le ha inculcado falsas nociones . . . Como quiera que esto sea, no puedo de ninguna manera seguir teniendo relaciones con usted".

Por supuesto que esta discordia entre el jefe filibustero y su ex-aliado no trascendió al público. **El Nicaragüense**, periódico de Walker, informaba sólo que el General de Brigada don Domingo de Goicouría había sido dado de baja de las filas del ejército nicaragüense. En Estados Unidos, en donde interesaba todo lo referente a Nicaragua, la noticia motivó en los periódicos muchos comentarios y especulaciones acerca de la causa del rompimiento entre Walker y su más vigoroso cooperador. De Goicouría satisfizo la curiosidad del público dando a publicidad parte de su correspondencia con Walker, cuya esencia está en los párrafos anteriores. Amigos de Walker salieron en su defensa acusando a De Goicouría de ser agente asalariado de Vanderbilt y que fraguaba la destrucción de Walker. (1). Randolph publicó un cartel de desafío diciendo: "En el asunto del Tránsito don Domingo de Goicouría es un intruso, malintencionado y ale-

(1) Los filibusteros y los revolucionarios cubanos desahogaron sus agravios y lavaron su ropa sucia en los periódicos neoyorquinos en la segunda mitad de noviembre de 1856. El **Herald** fue el diario que le concedió mayor espacio a la controversia.

voz, y conociendo yo el significado de las palabras que empleo, esperaré en el Hotel Washington, No. 1 de Broadway, hasta mañana a la 1 P.M., y más tarde también si así le place a don Domingo de Goicouría". (1). Una enfermedad contraída en Nicaragua retenía en cama a Randolph, así que "no llegó la sangre al río".

El cubano, sin embargo, se había astutamente guardado de soltar las más importantes cartas cruzadas con Walker para cuando los defensores del filibustero hubiesen agotado sus argumentos en réplica al primer ataque. Y fue hasta entonces que dio a luz las otras cartas con el bien calculado propósito de reducir al silencio a muchos amigos de Walker en Estados Unidos. El 12 de agosto de 1856 había dado Walker instrucciones a su enviado sobre la línea política que debía seguir como ministro en la Gran Bretaña: "Con su versatilidad y, si se me permite el vocablo, su adaptabilidad, espero que se haga mucho en Inglaterra. Usted puede hacer más que ningún americano, porque puede hacer creer al gabinete británico que nosotros no tenemos en mente ningún plan de anexión. Puede también hacerles ver que la única manera de detener a la creciente y expansiva democracia del Norte es mediante la instauración de una poderosa y compacta federación sureña, asentada en principios militares". (2). Este fue un rudo golpe a los devotos del "destino manifiesto" que esperaban poder algún día estrechar la mano de William Walker como senador de Nicaragua ante el Congreso Federal. Pero esta carta de Walker contenía otro fuerte sacudión para los fanáticos expansionistas: "Dígale a que debe enviarme noticias y decirme ahora que **Cuba ha de ser libre y lo será, pero no para los yanquis.** ¡Oh, no! ese hermoso país no merece el destino de caer en manos de esos bárbaros. ¿Qué tiene que hacer allí ese orfeón de cantores de salmos?". (3).

(1) *Herald*, de Nueva York, 22 de noviembre de 1856.

(2) *Herald*, de Nueva York, 24 de noviembre de 1856; *Sun*, de Nueva York, 24 de noviembre de 1856.

(3) En los mismos diarios; las cursivas son del autor.

Fácil es imaginarse el impacto que todo esto causaría en el ánimo de De Goicouría. En los últimos seis meses creyó él estar empleando su tiempo, recursos y energías en un esfuerzo que a la postre resultaría en la incorporación de Cuba al ámbito de la Unión norteamericana, y ahora se le decía que su amada isla no sería de los yanquis. Porque Walker, muy al contrario, luchaba por formar "una poderosa y compacta federación asentada en principios militares". Ninguna cosa buena auguraban esas palabras para la verdadera liberación de Cuba, de modo que nada de sorprendente fue que De Goicouría, muy malhumorado, rompiera relaciones con Walker. (1).

Los americanos, y en especial los nortños, leyeron asombrados la carta de Walker referente a Cuba; vieron ahí el primer indicio de sus verdaderas intenciones. En vez de querer establecer en la isla las instituciones y los principios americanos, lo que en realidad planeaba era implantar un despotismo militar en abierta pugna con la democracia de Estados Unidos, y erigir una barrera contra el expansionismo americano hacia el Sur. Hasta ese momento los amigos nortños de Walker suponían que Nicaragua habría de convertirse en un estado floreciente, como nuevo mercado abierto a sus productos, y también en campo propicio a sus inversiones de capital; habían mirado los acontecimientos que se desarrollaban en aquel país como el comienzo de un movimiento que con el tiempo abriría el istmo al comercio y a las empresas industriales americanas, y que quizá acabaría por llevar esa región al seno de la Unión Federal. El decreto del 22 de septiembre de 1856, derogatorio de la ley antiesclavista, no había hecho perder a Walker todos sus partidarios nortños, pues era algo que ya se veía venir. Pocos eran en aquel tiempo en Estados Unidos los que consideraban la

(1) En su último artículo sobre este tema, De Goicouría repudió rotundamente a Walker con estas palabras: "Acuso por consiguiente a Mr. Walker de ser hombre carente de las más elementales nociones en materia de tacto, especialmente de buena fe. Lo acuso de carecer por completo de sagacidad y perspicacia. Lo acuso de ser desleal tanto a Cuba como a Estados Unidos".

zona tropical tierra favorable para la mano de obra libre, y muchos líderes antiesclavistas se opusieron a la empresa de Walker porque juzgaban que su éxito acarrearía inevitablemente la expansión de la esclavitud. Muchos nortños creían que detrás de la invasión americana de Nicaragua penetraría la esclavitud con la misma naturalidad que el idioma inglés. Pero el plan de Walker consistente en crear un gran estado que fuese rival de su propio país, con instituciones y fines diametralmente opuestos a los suyos, dio en qué pensar a sus amigos nortños y pronto acabó con las simpatías de que entre ellos gozaba la empresa filibustera.

La publicación de las cartas dirigidas por Walker a De Goicouría, seguida de cerca por el decreto que abría las puertas a la esclavitud, reveló los fines ocultos del filibustero, y no le hizo perder partidarios en el Sur. Esta región entraba entonces en la etapa final de su larga lucha por conservar "el equilibrio de la Unión", e iba pronto a ver que su batalla era un caso perdido. Los líderes sureños comenzaron a percatarse de lo muy probable que era que los entonces llamados Territorios pasaran a ser estados libres, con lo cual pronto quedaría destruido el balance de poderes entre el Sur y el Norte, sección esta última en perenne crecimiento. Los hombres de clara visión vislumbraban el "conflicto irrefrenable" presintiendo al mismo tiempo que tarde o temprano los estados del Sur se verían obligados a separarse de la Unión, y que posiblemente se aliarían a los países hispanoamericanos del vecino Sur para contrarrestar una posible agresión de la república del Norte. Poco importaba por tanto a los sureños que Walker desdeñara la idea de incorporarse a la Unión norteamericana a la cual ellos daban poca vida; pero sí les interesaba vivamente su plan de crear una nueva república esclavista. En caso de secesión, una potente federación militar en la América Central, teniendo como piedra básica la esclavitud, sería una aliada muy valiosa. No había en el Sur quien tuviese a este respecto ideas más extremadamente esclavistas que Pierre Soulé, y su visita de agosto a Ni-

caragua parece haber surtido el efecto de hacer que la política de Walker en lo referente a Cuba, la anexión y la esclavitud, tomase forma clara y concreta. (1).

Lo poco que de sus verdaderos propósitos revelaba Walker a otros puede verse claramente por la forma en que sus oficiales se expresaron en una fiesta de cumpleaños dada el 15 de agosto de 1856 al Coronel Frank Anderson, uno de "aquellos cincuenta y seis inmortales" y también uno de sus oficiales de mayor confianza. Los brindis pronunciados en esa ocasión reflejan la idea que los oficiales tenían de los propósitos acariciados por el líder: "Por el General Walker. Que pueda vivir hasta ver a Nicaragua anexada a Estados Unidos". "Al águila americana. Que sus alas batan los cielos de Nicaragua". Esto ocurría solamente tres días después que el jefe filibustero escribiera a De Goicouría repudiando la anexión. Salta asimismo a la vista que a nadie pidió su parecer sobre el envío de De Goicouría en aquella misión a Inglaterra. **El Post** de Londres, al hacerse públicas las cartas en Inglaterra, mostrábase sorprendido de que Walker juzgase erróneamente a los ingleses suponiéndolos capaces de asociarse a él en su política de extender la esclavitud después de haber gastado ellos tantos millones en suprimirla. (2).

Como se vio en un capítulo anterior, a poco de haber llegado Walker a Nicaragua la prensa americana pregonó que había ido allá en concierto con la Compañía Accesoria del Tránsito. Más tarde, cuando derogó la ley antiesclavista, algunas publicaciones estadounidenses afirmaron de igual modo que ese acto era el verdadero propósito y fin de su empresa. Sin embargo, Walker no llegó a Nicaragua como agente de los capitalistas ni como instrumento de los apóstoles de la esclavitud. Ha sido tal vez su libro **La Guerra de Nicaragua**, escrito en 1860 cuando preparaba la que sería

(1) Montúfar, Pág. 562.

(2) Libro de recortes de Wheeler, Vol. 4, Pág. 180.

su última expedición filibustera, el que ha llevado a muchos historiadores a considerar la implantación de la esclavitud como el propósito primordial de su empresa, más bien que un medio para alcanzar otra finalidad. (1). En esa obra, que salió a luz en vísperas de la Guerra Civil americana, Walker se presenta como quien pudiera salvar al Sur. Si había de coronar con el éxito el esfuerzo que iba a realizar para reconquistar su puesto en la América Central, tenía que ser con el apoyo del Sur únicamente. La filosofía pro-esclavista que a la luz del sol expone en un capítulo de su libro le hace aparecer casi como un fanático apóstol de la propaganda esclavista, positiva antítesis de John Brown. (+) A decir verdad, Walker no tenía un criterio bien definido sobre la cuestión de la esclavitud. Los argumentos que en la citada obra aduce no revelan verdadera convicción de parte de su autor. Son sólo una apremiante solicitud de ayuda al Sur. Al terminar el capítulo el lector se siente inclinado a pensar que el escritor "machaca demasiado". Walker no descendía de propietarios de esclavos; su actitud como periodista en Nueva Orleans lo coloca en posición moderada respecto de la esclavitud; en California apoyó a Broderick, adversario de esa institución, contra Gwin, paladín de las ideas sureñas. Y hasta admite en su obra que al dictar su famoso decreto ignoraba cuán fuerte era el sentimiento que contra la esclavitud había ido lentamente tomando forma en el Norte. El había salido de los estados de la costa atlántica seis años antes, lapso durante el cual en las escuelas norteamericanas se inculcaron ideas antiesclavistas y en los púlpitos se predicó contra ese tema, cosas éstas que él desconocía. Pero aun cuando lo hubiese sabido, dice, su proceder habría sido el mismo, ya que consideraba su decreto como fruto de un de-

[1] El Profesor L. M. Keasby, en su obra *Nicaragua Canal and the Monroe Doctrine*, Pág. 246 (Nueva York, 1896), dice, después de descubrir el derrumbe de la empresa de Walker: "La cuestión de la esclavitud estaba en el fondo de todo". Es un error de interpretación de los medios para conseguir el fin.

(+) Líder abolicionista americano (1800 - 59) que en 1859 encabezó un asalto al arsenal del gobierno en Harper's Ferry con el propósito de establecer allí un refugio para los esclavos fugitivos. Fue preso, acusado de traición y ahorcado. (N. del T.).

bèr sagrado. Es significativo el hecho de que en 1860 confiese su ignorancia del creciente sentimiento antiesclavista, pues indica la poca atención que prestaba, por lo menos en los años posteriores a 1850, a la cuestión de la esclavitud en Estados Unidos, lo cual tiende a confirmar lo dicho atrás respecto de que Walker no era un convencido apóstol de la extensión de aquella "singular institución".

Cabe observar aquí, en relación con esto, que muchos de sus oficiales de mayor confianza y gran parte de los filibusteros que le seguían eran originarios de estados libres. Byron Cole, por ejemplo, el inspirador de la empresa, vio la luz en Nueva Inglaterra. Y de allí también procedían Joseph W. Fabens y Appleton Oaksmith, colonizador y representante diplomático respectivamente. El Coronel Frank Anderson y los Capitanes O'Keefe, McArdle, DeWitt, Clinton, y Williamson eran neoyorquinos. James C. Jamison, otro de los capitanes de Walker, dejó dicho en su libro que conversó a pecho abierto sobre la situación de Nicaragua y los planes y ambiciones de los líderes con hombres tales como los Generales Fry, Sanders, Henningsen, Hornsby y otros, y que jamás oyó decir a ninguno de ellos que la esclavitud fuese la causa motriz que llevara Walker a Nicaragua. (1).

¿Cuáles fueron entonces los verdaderos motivos de Walker? En concreto, proyectaba hacer de las cinco repúblicas centroamericanas un fuerte estado federado, organizado y regido conforme a principios militares; y una vez realizado ésto emprendería la conquista de Cuba. Para ayudarse en la empresa y en la subsiguiente "regeneración" del istmo y de la isla, proponíase llevar pobladores americanos a los que daría posesión de la tierra. El próximo paso sería proporcionar a los nuevos propietarios el privilegio de cultivar su tierra con esclavos, si así quisieren. Dudaba él, ciertamente, que hubiese otra forma de trabajo adaptable al

[1] *With Walker in Nicaragua*, págs. 96 - 102, por James Carson Jamison, E. W. Stephens Publishing Company, Columbia, Misuri, 1.909.

clima tropical, y desde luego no ignoraba que en los estados del Sur su política esclavista acarrearía simpatías a la causa. Por último, como corolario de su sistema, planeaba hacer realidad el sueño de abrir una ruta interoceánica, para luego, con los fuertes lazos del comercio, ligar su nuevo gobierno a las potencias marítimas del mundo. Débese agregar que Walker aspiraba a erigirse en dictador de esa federación tropical. Lo que hasta aquí le hemos visto hacer lo consideraba solamente medidas preliminares para en seguida emprender su obra verdaderamente constructiva.

CAPITULO XVI

Marina y ejército filibusteros

La pérdida que para Walker significó la falta de De Goicouría, Ferrer, Vijil, y Wheeler, la compensó algún tanto en octubre la llegada de Charles Frederick Henningsen con armas y municiones. El arribo a Nicaragua de este famoso soldado de fortuna infundió nueva vida a la empresa filibustera. Fue nombrado General de Brigada en lugar de De Goicouría asignándosele la tarea de organizar la artillería y adiestrar a los hombres en el manejo del rifle Minié. Henningsen era soldado de mundial renombre. Nacido en Inglaterra de padres suecos, a los diecisiete años se enganchó en las fuerzas de Don Carlos de Navarra para pelear en las provincias vascongadas al mando del General Zumalacárregui, líder guerrillero de la guerra carlista de España. Antes de cumplir veinte años había alcanzado el grado de coronel, y pronto, al publicar su obra **History of the War in Spain**, (+) llamó la atención como escritor de asuntos militares. Habiendo sido herido y capturado se le puso en libertad bajo condición de no volver a tomar armas en el curso de la guerra; luego sentó plaza en el ejército ruso y sirvió en Circasia. El gobierno ruso publicó lo que acerca de los países caucásicos había escrito el aventurero. Luego apareció en Hungría donde, perdida ya la causa de la independencia de esa nación, siguió a Kossuth (+) en su destierro a Estados Unidos. Aquí tuvo a su cargo la fabricación de los primeros

(+) Traducida al español por Ramón Oyarzún bajo el título de **Zumalacárregui** (Espasa-Calpe Argentina, S. A., 1947). (N. del T.).

rifles Minié. La literatura ocupó también su atención durante ese tiempo, y publicó varios volúmenes de recuerdos personales y de su vida en Rusia; y hasta probó su pluma como novelista. Todas sus obras serias tienen considerable valor todavía.

Joven aún vino a Estados Unidos y cayó bajo el hechizo de una viuda de Georgia a quien conoció en Washington. Siendo ella mujer de medios económicos, su nuevo esposo pudo haber fundido el acero de su espada para convertirlo en arado y pasar una vida sosegada en cualquier plantación del Sur. Pero las noticias llegadas de Nicaragua despertaron su interés. Su fogueado corcel de guerra olió de lejos el humo de la pólvora y comenzó a tirar piafante del cabestro marital. Los amigos de Walker le pidieron irse allá, y no tuvieron que rogarle mucho. Henningsen y su esposa residían entonces en Nueva York en donde eran muy amigos del magnate naviero George Law, quien había comprado al ejército americano varios miles de fusiles que se dijo los había ofrecido antes a Kossuth. Bajo la dirección de Henningsen convirtió Law gran número de ellos en rifles Minié, y cuando aquél resolvió irse a Nicaragua, Law le pertrechó de gran cantidad de rifles, obuses y municiones, y además de eso la señora de Henningsen contribuyó con cierta cantidad de dinero. Lo que en total llevó allá sumaba treinta mil dólares. (1).

La aportación de Law como un nuevo capitalista promotor del filibusterismo volvió a poner en el tapete el intrincado problema del control de la Compañía del Tránsito. A Law interesaba sobremanera todo lo concerniente a vapores. Fue el primero en establecer una línea naviera entre Nueva York y Chagres, (Colón ahora, en Panamá) y por algún tiempo fue también gerente de otra, que enlazaba a San Francisco y Panamá, haciéndole fuerte competencia a la Pacific Mail Company. A la postre compró la compañía a su com-

(+) Louis Kossuth, patriota y estadista húngaro (1802 - 1894). (N. del T.).

(1) *Harper's Weekly*, I., Págs. 332 - 3; *Herald*, de Nueva York, 2 de junio de 1856.

petidor en el Atlántico y le vendió la suya del Pacífico. Tomó parte activa en la construcción del ferrocarril transístmico de Panamá e inauguró además una línea de vapores entre Nueva York y la Habana. Estos hechos explicarán el interés de Law en los acontecimientos que entonces agitaban a la América Central. Había observado con atención la lucha entre Vanderbilt y Morgan en Nueva York, y acechaba la hora en que ambos se debilitaran para tomar el control de la línea del Tránsito. Esperaba entre tanto ganarse el favor de Walker enviándole considerable cantidades de pertrechos y dinero, y cuando la oposición de Vanderbilt contuvo los esfuerzos que Morgan hacía en pro de Walker, Law solicitó la concesión del Tránsito; contaba, para conseguirla, con que Henningsen hablaría por él. Dícese que al regresar a Nueva York De Goicouría pidió a Law armas para el ejército nicaragüense, y que cuando ya Law estaba a punto de ceder descubrió que el cubano se entendía con Vanderbilt; y entonces no quiso saber más de él. (1). La prensa americana llamó chistosamente a esta rivalidad triangular por el Tránsito "la guerra de los comodores", y fue mucha suerte para Walker que en la disputa entrara un tercero, ya que de ahí en adelante sus fuerzas pudieron contar con artillería, arma de la que hasta entonces carecía casi por completo.

Henningsen, a poco de haber llegado a Granada, organizó dos compañías de artillería y una de zapadores y mineros. Algunos de los oficiales artilleros tomaron su trabajo muy a pecho llegando a ser consumados profesionales en materia de obuses y morteros. El aventurero formuló además detalladas instrucciones para el manejo de los nuevos rifles Minié que había llevado de Nueva York, pero el indiferentismo y la desidia de muchos oficiales que estaban celosos de él por su rápido ascenso fueron rémora en su labor de organización. (1). Pese a todo, su legítima valía se hizo tan palmaria que la mayoría de ellos acabó por reconocerle sus méritos; sólo unos pocos siguieron teniéndole inquina.

(1) *Herald*, de Nueva York, 26 y 29 de noviembre de 1856.

Aunque es verdad que como jefe adolecía Walker de algunos defectos graves, el hecho de que pudiera conservar la lealtad de sus hombres sin darles otra paga que los más mínimos medios de subsistencia y de que durante los meses de ociosidad forzosa no se registraran serios casos de indisciplina, es una prueba de que tenía cierto grado de talento militar. Casi de nadie dependía más que de sí mismo, y rara vez pedía consejo a otros; sus horas de trabajo eran desde las seis de la mañana hasta las diez de la noche. Su único recreo en Granada consistía en un paseo a caballo por las tardes con un ordenanza que siempre le seguía. Sus hombres le obedecían "al pensamiento", y si es verdad que a veces se quejaron de su total insensibilidad ante el sufrimiento humano, sabían que ningún otro podía ocupar su lugar y acataban sus órdenes con absoluta sumisión. En marzo de 1856, cuando los costarricenses avanzaban sobre la frontera Sur, Walker, como se recordará, llevaba días de guardar cama. Eso, más que cualquier otra cosa, descorazonó a sus hombres, pues sabían que de la vida de su jefe dependía la salvación de la causa. Grande fue el regocijo de ellos cuando recuperó, y entonces fue más apreciado que nunca.

A través de las muchas vicisitudes de su carrera Walker permaneció siempre impávido y callado. Ningún triunfo lo trastornó, ni ningún desastre lo abatió. Se le vio siempre tan sereno en la línea de fuego como en la redacción de un diario o en su despacho de abogado. La excesiva sencillez fue característica invariable de su ser. Vestía por lo común de levita azul, pantalón oscuro, y sombrero gacho; y al entrar en batalla solía cambiar la levita por una camisa de franela. Su exigua humanidad era causa de sorpresa para los visitantes que sabían de sus hazañas pero que nunca lo habían visto, y cuéntase de divertidos casos en que los forasteros que llegaban a verlo esperando encontrarse con un hombre totalmente distinto hablaban al general en tono

[1] *La Guerra de Nicaragua*, Pág. 289, por Walker.

de superioridad creyéndolo un empleado subalterno. Mas a pesar de su falta de afectación era Walker un gran rigorista en lo tocante a su investidura; nadie debía darle consejos si él no los pedía. (1). Al Capitán Doubleday, por ejemplo, uno de sus oficiales que por haber residido en Nicaragua desde antes que llegaran los filibusteros conocía el carácter de la gente del país, le replicó de manera áspera en cierta ocasión que, sin haber sido consultado, se atrevió a exponerle su opinión. Esto impelió al capitán a pedir su baja y regresarse a Estados Unidos, Pero no vaya a juzgarse por este caso que Walker fuese un perfecto empecinado. La mayoría de sus oficiales eran jóvenes —el promedio no pasaba tal vez de los veinticinco años— y el solo hecho de que hubiesen llegado a Nicaragua basta para suponerlos impetuosos e irreflexivos. El frisaba entonces en los treinta y tres, y era con eso uno de los oficiales de mayor edad en el ejército.

Mucho se ha dicho de lo duro que era con sus hombres, pero, salvo unas pocas excepciones, han sido habladurías de desertores y de extranjeros. La anécdota más difundida a este respecto fue la "Declaración de los Siete Prisioneros", aparecida con fecha 21 de mayo de 1856 y firmada por siete soldados suyos capturados por los costarricenses en Santa Rosa. Tres de los firmantes eran alemanes, uno inglés, y los demás americanos. Uno de éstos, un jovencito que tocaba el tambor, posteriormente negó haber tenido que ver con dicha declaración, la que, según él, se la presentó un desertor para que la firmara, lo cual rehusó hacer, y en su oportunidad declaró que habían falsificado su firma después de habérselas negado. A las claras se ve que fue redactada por alguien con pleno dominio del inglés, que era asimismo diestro en la elaboración de frases vindicativas, y que ade-

[1] "En vez de tratarnos como camaradas y aventureros en peligro", escribió un desertor bajo el pseudónimo de Samuel Absalon, "... fue con nosotros igual que un tirano oriental, esquivo y arrogante; apenas si saludaba cuando nos encontrábamos con él. Jamás se mezcló con nosotros; vivió siempre recluido en su cuartel o alojamiento. Decíase que por temor de que alguno de sus hombres lo tirara, cosa de lo que en verdad corría peligro ese hombre". *Atlantic Monthly*, V. Pág. 665.

más estaba familiarizado con los pormenores de la carrera de Walker en Nicaragua, así como con la situación política de esa república y de Estados Unidos. Porque ningún tambor ni extranjero alguno, ni siquiera un muy inteligente ciudadano americano que acabara de llegar al país, podría haber acumulado tan copiosa acusación contra la empresa filibustera. Las presunciones en contra de su autenticidad son abrumadoras. (1). De un cargo sí es culpable Walker. A muchos que habían ido a Nicaragua por cuenta propia les obligó a sentar plaza de soldados y servir a su gobierno, quisieranlo o no. (2). A otros cuyo contrato de servicio militar había expirado se les negaba pasaporte de regreso a Estados Unidos, forzándoseles de esa manera a seguir en el ejército o morir de hambre. (3). Y otros más, encandilados por las brillantes descripciones que del país publicaban los periódicos americanos, iban allá con la intención de comprar tierras y establecerse como colonos pacíficos. Algunos de éstos hasta llevaron a sus familiares. Al llegar a Nicaragua se les decía que antes debían sentar plaza por un año en el ejército. (4).

La desconsideración que caracterizó a Walker en su trato con los naturales de Nicaragua le caracterizó por parejo con sus propios hombres. Jamás éstos cuestionaron su au-

-
- (1) En su declaración se hace decir a los prisioneros que como cautivos costarricenses tenían más libertad que la que nunca tuvieron como soldados de Walker; que en Nicaragua regía una estricta censura y que sólo dejaban salir informes elogiosos. Afirmaban que Walker no era general, ni estadista, ni juez de sentimientos humanos, sino un pobre imitador de Don Quijote. Y en apoyo de su aserto enumeran siete errores colosales: (1) Walker llegó a Nicaragua sin llevar mapas, guías, ni medios de subsistencia, y con sólo cincuenta y seis hombres; (2) su intento de fusionar a las dos fracciones; (3) la ejecución de Corral; (4) el envío de Franch como Ministro a Estados Unidos; (5) el haberse apoderado de las propiedades de la Compañía del Tránsito; (6) el haber nombrado a Schlesinger jefe de las fuerzas que invadieron Costa Rica; (7) el intento de tomarse Rivas el 11 de abril sin tener sus hombres suficientes municiones. La declaración es en parte muy injuriosa. Libro de recortes de Wheeler, Vol. 4, Pág. 149. Ver también el *Herald*, de Nueva York, 17 de agosto, así como otros diarios de esa fecha.
- (2) Eso le ocurrió al General John T. McGrath, de Baton Rouge, Luisiana, según se lo refirió al autor. Ver también el *Daily Advertiser*, 30 de abril de 1857; y libro de recortes de Wheeler, Vol. 4, Pág. 224.
- (3) Libro de recortes de Wheeler, Vol. 4, Pág. 222.
- (4) Libro de recortes de Wheeler, Vol. 4, Pág. 224.

toridad, y nunca tampoco se les cruzó por la mente la idea de rebelarse contra el hombre que era su única esperanza. Pero tampoco les inspiró la devota abnegación con que sirve el soldado a un caudillo genuinamente grande. Hubo algunos, es verdad, que lo acompañaron a lo largo de casi toda su carrera, pero esos eran hombres que amaban una vida llena de peligros y penalidades. Debe tenerse en cuenta, cuando se hable de su despotismo y de su rudeza, que él tampoco estuvo nunca en un lecho de rosas, sino empeñado en una lucha de vida o muerte contra un enemigo temible, y que con lo único que contaba era con esa mezcla de aventureros, tipos desesperados muchos de ellos. Tratar de dominar a hombres de esa ralea mediante la bondad y la sanción moral hubiera sido más que tontería; y debe reconocérsele a ese taciturno hombrecito el haber utilizado el único régimen disciplinario posible en tales circunstancias: el puño de hierro. No se ganó el cariño de nadie, pero el respeto sí.

Tal vez si esos hombres hubiesen tenido más éxito hubieran sido menos dóciles a la férrea disciplina impuesta por él. El enervante clima tropical les robaba mucha energía, y la restante la gastaban en buscar que comer, en evadir los peligros, y en emborracharse. Despreciaban y temían a los hijos del país, a los que jamás lograron realmente sojuzgar, y eso les hacía mantenerse estrechamente unidos. Si se hubieran granjeado su simpatía y aprendido su idioma; si hubiesen contado con abundancia de víveres y plazas bien fortificadas, le habría sido a Walker muy difícil ejercer sobre ellos plena autoridad.

El clima, las enfermedades y el libertinaje fueron los peores enemigos de los americanos. La energía de los soldados variaba casi de manera inversa al lapso que llevaran de residir en el país. Los reclutas recién desembarcados se mostraban ansiosos de oler pólvora quemada, pero se los impedía su falta de entrenamiento. Los que llegaron después de la guerra con Costa Rica fueron apenas suficientes

para reemplazar las bajas causadas por el cólera y las fiebres, y eso que llegaban en todos los vapores.

En la última mitad de 1856 el reclutamiento de hombres para Walker en Estados Unidos se hizo más públicamente que antes, y con muy poca de aquella pertinaz interferencia gubernamental que al comienzo del año fuera tan patente como ineficaz. Aunque don Fermín Ferrer no hizo ningún esfuerzo por ser reconocido en Washington como ministro de Walker, firmó el 15 de agosto de 1856 un contrato de colonización con William L. Cazneau, de Texas, para llevar a Nicaragua en el término de doce meses mil colonos físicamente capaces y de buenas costumbres. El gobierno de Nicaragua, por su parte, los asentaría en colonias de no menos de cincuenta familias, y a cada jefe de familia se le adjudicarían ochenta acres de tierra que pasarían a ser suyas después de un año de residencia en el país. Cuando el Fiscal McKeon, de Nueva York, vio el contrato dijo que no podía reconocerle legalidad porque el gobierno americano no había dado a Ferrer el exequator como Ministro de Nicaragua. (1). Los rumores propalados de una inminente guerra con todas las repúblicas centroamericanas impidieron conceder mucho interés a ese proyecto, y los que se sumaban a la empresa emigrando a Nicaragua lo hacían primordialmente porque iban allí al encuentro de aventuras.

El propio Walker envió a Estados Unidos a varios de sus oficiales en busca de voluntarios. S. A. Lockridge tuvo a su cargo el enganche de hombres en Texas y el Medio Oeste; Norvell, hermano de Walker, abrió una oficina de reclutamiento en Nashville, y E. J. C. Kewen hizo de Augusta, Georgia, su centro de operaciones; desde allí dirigía los reclutamientos en Alabama, Misipí, y Georgia. Decíase que Walker había manifestado no querer más gente de las cercanías de las ciudades americanas, señalando su preferencia por hombres más capaces de valerse por sí mismos como eran

(1) **Herald**, de Nueva York, 25 de diciembre de 1856.

los de estirpe de pioneros. De éstos podía conseguir en California, Misuri, y el Sudoeste. Charles Morgan convino en transportar tejanos en sus barcos sin costo alguno de Galveston a Nueva Orleans, y gratis también de allí para Granada. Lockridge dio amplia publicidad a esto en periódicos de Texas. En Kansas y Misuri se anunció asimismo lo del pasaje gratis a Granada, y el Coronel H. T. Titus, el notorio "matón de la frontera", formó una compañía con cien de sus bergantes cuyos servicios no tenían ya demanda en Kansas, y con ellos salió en diciembre para Nueva Orleans bajando por el Misisipí. Kewen, por su parte, levantó una fuerza de más de ochocientos hombres en el territorio que se le asignó, pero ni los unos ni los otros lograron salir de Estados Unidos porque antes supieron de la caída del régimen filibustero. (1).

El **Picayune**, de Nueva Orleans, que con fecha 26 de noviembre dio cuenta de la salida de Lockridge con 283 hombres, publicó la lista de las compañías en que iban formados y dio además los nombres de sus oficiales. Esto demuestra que antes de partir de Estados Unidos se habían organizado militarmente. Fueron los últimos reclutas enviados a Walker por el Atlántico.

En diciembre, en vista de que la situación de Walker en Nicaragua se hacía desesperada por razones que adelante se verá, sus amigos de Nueva York comenzaron a buscar la manera de salvarlo. El 20 de diciembre se efectuó en el Tabernacle, de Broadway, un muy concurrido mitin en pro de Walker. Lo presidió el General Ward B. Burnett, del Cuerpo de Voluntarios de Nueva York. Allí hablaron el General Duff Green, Appleton Oaksmith, Isaiah Rynders, y otros simpatizadores. Se colectaron más de mil trescientos dólares. El Saint Nicholas Hotel contribuyó con cien barriles de pan y el Metropolitan Hotel con cinco mil libras de tocino. (2). "El mitin", dijo el Herald, "fue no sólo digno de consideración

(1) **Herald**, de Nueva York, 21 de Oct., 5, 7 y 9 de Dic. de 1856, y 31 de enero de 1857.

(2) **Harper's Weekly**, I., Pág. 7.

por el número de concurrentes, sino también por la calidad y posición social de muchos de ellos. "Notificado el gobierno de estas actividades ordenó a McKeon impedir el envío de provisiones a Walker. "No sabemos con qué derecho Pierce, Marcy, o McKeon impiden el envío de pan, tocino y zapatos a cualquier lugar", decía el citado diario. "En cuanto al tocino, Vattel (+) habla con claridad meridiana, y su autoridad al respecto es tan buena como la del pobre Pierce".

El vapor **Tennessee** debía salir el 24. Llegaron al muelle cajas de provisiones. Una llevaba este rótulo:

PAN

A la fina atención del General William Walker.
Para nuestros viejos camaradas de Texas, ahora
en Nicaragua; con la calurosa simpatía, personal
y política, de sus ex-jefes.

Thomas J. Green
William L. Cazneau

Y otra caja decía:

Para mis viejos camaradas de las guerras de Florida
y México.

Ward B. Burnett (1)

Y el 24 zarpo el vapor con trescientos filibusteros y dos mil dólares en bastimentos. Esos filibusteros se congregaron en la esquina de las calles de Broadway y Leonard desde donde se dirigieron al muelle de la calle Ocho en el Río Este. Habíase anunciado que el vapor saldría del pie de la calle Beach, y el gentío que allí se congregó, porque esperaba presenciar algún acto de interferencia gubernativa, se retiró muy desilusionado. McKeon tenía dos guardacostas listos para cualquier emergencia, pero nada ocurrió. Poco antes de la hora de zarpar el vapor Morgan visitó al fiscal garantizándole que nadie subiría a bordo sin su boleto. Le pro-

(+) Célèbre cocinero francés del Gran Condé. La irónica frase implica, pues, un elogio a esa carne. [N. del T.].

(1) **Herald**, de Nueva York, 23 de diciembre de 1856.

metió asimismo no llevar a ningún pasajero que hubiese firmado contrato de colonización con Cazneau. Esto parece haber satisfecho al fiscal que entonces dejó partir al barco. Días después declaró Cazneau que la oposición de McKeon a su plan de colonización impidió la salida de cien pasajeros más a bordo del **Tennessee**. (1). Apenas entrado en mar abierta el vapor topó con un huracán que se le llevó parte del timón. Se las arregló, no obstante, para aportar en Norfolk donde se desbandaron los reclutas; muchos de ellos se volvieron a Nueva York. Morgan despachó en el acto el vapor **James Alger** a Norfolk para llevarse carga y pasajeros del **Tennessee** a Nicaragua. Transportaba aquel barco cuarenta filibusteros más de Nueva York, pero llegó cuando ya los del otro se habían dispersado; sin embargo, siguió con sus cuarenta hombres a San Juan del Norte. Iban entre ellos el Coronel Frank Anderson, quien regresaba de su casa res-tablecido ya de una herida, y el General R. C. Wheat, amigo de infancia de los hermanos Walker en Nashville. Había sido él gobernador militar de Veracruz, y obtuvo su grado de General de Brigada en la guerra méxico-americana. Renunció a la gubernaduría para juntarse a Walker en Nicaragua. Morgan ya no volvió a despachar más barcos de Nueva York.

Mientras esto ocurría en Nueva York, escenas similares se desarrollaron en Nueva Orleans. El 28 de diciembre se embarcaron allí en el **Texas** doscientos cincuenta filibusteros. Por un tiempo estuvo el vapor en el puerto esperando la llegada de Titus y sus "matones" con procedencia de Kansas, que venían bajando el Misisipí. Una espesa niebla los detuvo y el **Texas** partió sin ellos. Suerte fue para la historia que en este vapor embarcara el destacado viajero y periodista Laurence Oliphant, cuya pluma dejó una gráfica descripción de los hombres que iban a Nicaragua. Al entrar a mar abierta se organizaron los reclutas en cinco compañías.

(1) **Herald**, de Nueva York, 25 y 28 de diciembre de 1856. Cazneau confesó que si sus colonos, al llegar a Nicaragua, hubieran encontrado a Walker en situación crítica, habrían tratado de salvarlo.

Procedían de diversos estados, y a los oficiales se les daba grado de acuerdo con el número de hombres que hubiesen alistado. Los soldados devengaban sueldo mensual de veinticinco dólares en vales nicaragüenses; al terminar su contrato de servicio militar se les daría tierras. Nada indicaba, dejó escrito el cronista, que a esos hombres guiasen motivos protervos. Algunos eran ricos; otros iban huyendo de problemas que tenían en el país; y otros más eran simplemente soldados de fortuna. El móvil predominante parecía ser el amor a las aventuras y a los sobresaltos de lo imprevisto. Representaban a casi todas las nacionalidades, e iba una compañía compuesta totalmente de alemanes. "Unos eran húngaros sobrevivientes de Segedin; otros italianos que habían peleado en Novara; y prusianos de las campañas de Schleswin-Holstein; franceses veteranos de Argelia; ingleses del cuerpo de artillería en la guerra de Crimea; americanos también que habían tomado parte en las dos expediciones a Cuba; y otros más venían de Kansas". Algunos de los oficiales habían batido el cobre en Nicaragua y volvían allá terminada su licencia. Unos cuantos eran ex-oficiales del ejército americano que "tenían la ilustración, los modales de gente bien nacida, y la caballerosidad de esos militares". A Oliphant impresionó en particular el comportamiento ejemplar de los hombres; no se tomó licor durante el viaje, ni siquiera en la noche de Año Nuevo. Los filibusteros montaron diariamente guardia y parecían hacerlo por instinto. El oficial de día llevaba por toda arma una espada, pero de uniforme ni una sola prenda; unos vestían camisa de franela roja y botas fuertes, la indumentaria de otros variaba desde meros andrajos hasta ropas como de empleados de banco. De físico no eran feos, y tan bien impresionaron al inglés que un buen día dejó abierta la puerta de su camarote sólo para que de él desaparecieran algunos de sus efectos personales. (1).

La estricta disciplina que Oliphant notó a bordo del **Texas** era la característica del ejército filibustero. Walker lo regía

(1) **Patriots and Filibusters**, Pág. 17 y otras, por Laurence Oliphant.

con varilla de hierro, y tuvo más dificultades con los oficiales que con los soldados rasos. Muchos de los primeros, dice, consideraban su rango más como una coyuntura para pasarla bien que como un incentivo para cumplir sus arduos deberes. No tenían uniforme determinado, pero cuando en el último trimestre de 1856 los ejércitos aliados emprendieron la ofensiva, se les proveyó confortablemente de ropas y comida. El General John T. McGrath, quien sirvió bajo las órdenes de Walker, y durante toda la guerra civil americana, informó al autor de esta obra que a los filibusteros se les proveyó mejor que a los confederados. El atuendo más semejante a un uniforme consistía en camisa azul de franela, pantalones azules de algodón, botas fuertes, y sombrero de fieltro negro y alas anchas. Cuando las tropas estaban mejor equipadas llevaban la camisa marcada con el número del destacamento y la letra de la compañía. Muchos de los oficiales vestían el uniforme correspondiente a su grado en el ejército de Estados Unidos, y unos cuantos de los más pagados de sí mismo hacían el ridículo arrojando el tórrido calor del trópico con todas las galas de su regimiento encima. Uno de esos oficiales, el Coronel Wattson, por ejemplo, llegó de Nueva York con seis grandes cofres repletos de esos atavíos. (1).

El hecho de que los filibusteros tomaran grandes cantidades de pésimo licor les hacía más susceptibles al cólera que si no lo tomaran. La mayoría de esos hombres eran ya borrachines en su patria, y la afición naturalmente aumentaba en suelo extraño y clima malsano en donde olvidaban los convencionalismos sociales y tenían presente sólo el peligro. No era rara la ocasión en que cuando un destacamento filibustero se encontraba en situación comprometida, sus oficiales se dieran a beber; difícil es decir si lo hacían por darle fuerza a su valor o por pura desmoralización.

Consecuencia de este exceso eran las continuas trompederas que por desenlace solían tener el duelo. El propio

(1) *With Walker in Nicaragua*, Pág. 119, por J. C. Jamison, [Columbia, Mo., 1909].

Walker, habrá de recordarse, había recurrido al código de honor en California; pero fue tal la frecuencia de los desafíos en Nicaragua y las causas que los provocaban, que llegó a preocuparse mucho. Hubo un tiempo, relata Jamison en su libro, que el día que no ocurría un duelo era motivo de comentarios. (1). Un apóstol de la temperancia, el Reverendo Israel S. Diehl, de California, se apareció en Granada en los últimos meses de 1856 y organizó la hermandad de los "Hijos de la Temperancia". Unos cincuenta hombres, entre oficiales y soldados, se afiliaron a ella, pero una vez ido el fundador no volvieron a reunirse, y muchos de sus miembros tornaron a las andadas. (2). Uno de los lugartenientes de Walker, *tiró borracho a un soldado raso y a un oficial*. Fue sometido a consejo de guerra y sentenciado a la horca; antes de morir confesó haber tirado a otros cinco en Estados Unidos, atribuyendo los casos a "desequilibrio mental causado por el whiskey". Walker le conmutó la pena a morir fusilado. (3).

Antes de que Henningsen llegara con los Minié regalados por George Law, sólo dos compañías tenían de ese modelo de rifle. Eran éstos los "Rangers" (o caballería) quienes también portaban revólver y sable, y los "Rifles". Las otras compañías de infantería tenían el fusil anticuado de cañón liso abolido por el ejército americano, y viejos revólveres Colt. La oficialidad confiaba bastante en la esgrima, arte en el cual muchos se hicieron diestros; pero la espada era arma que no empleaban, ya que el choque al arma blanca con los nicaragüenses era lo que menos ocurría. Para fines de 1856 Walker contaba con nueve divisiones: los Rifles; la Infantería; la Artillería; la Maestranza; la Proveduría Montada; la Intendencia del Ejército; la Proveduría Local; la Caballería; y el ramo civil de la Administración Pública.

(1) *With Walker in Nicaragua*, Pág. 108, por Jamison.

(2) *Herald*, de Nueva York, 19 de octubre, y 17 de noviembre de 1856.

(3) *Herald*, de Nueva York, 19 de octubre de 1856.

Componían la Proveduría Montada hombres seleccionados por su jefe W. K. Rogers, Subsecretario de Hacienda. Los nicaragüenses llamaban a este Rogers "confiscador general". El y su gente eran de los más firmes adictos de Walker; no se entrenaban militarmente, pero sí tenían como deber la desagradable tarea de batir los campos en busca de maíz, ganado y demás provisiones para el ejército, lo cual pagaban con vales de ningún valor. La remonta de estos hombres la componían por lo general mulas y machos de mala muerte. (1).

Una partida de estos tipos salió cierto día a las haciendas de Chontales bajo el mando de Byron Cole en busca de ganado. Cole, de quien se ha dicho que era "el summum de la concordia" en Nicaragua, (2) jamás permitió a sus hombres entrar en casas de familias ricas por temor a que no pudieran resistir la tentación de apoderarse de objetos de valor. Una monja huida de Granada tenía una escuelita en el caserío de Malacatoya, camino de Chontales, y cuando los filibusteros llegaron allí los atendió dos días en su casa; pero Cole no les permitió entrar, haciéndoles dormir en el corredor. Dos meses después llegó otra partida de los mismos, pero éstos saquearon la casa llevándose todo lo valioso que encontraron. (3). Fueron las depredaciones y excesos de esas columnas volantes lo que suscitó el resentimiento de los hijos del país contra los filibusteros. Por otra parte, debe hacerse constar que los nicaragüenses pronto supieron distinguir entre los americanos léperos y los decentes. Su animosidad era especialmente marcada contra los californianos y tejanos, gentilicios que para ellos eran sinónimos de ladrón. (4). Para calificar de tales a los tejanos no dejaban de tener razón, pues en julio de 1856 una partida de unos treinta filibusteros, haciéndose llamar "batidores tejanos", llegaron a Granada y se les dieron bestias. Muy pronto abusaron de la

(1) *Times*, de Nueva York, 9 y 30 de marzo de 1857.

(2) *Times*, de Nueva York, 30 de mayo de 1857.

(3) *Harper's Weekly*, I., Págs. 188 - 9.

(4) De una conversación con el General John T. McGrath.

confianza depositada en ellos desertando del ejército. Resultaron ser prácticamente una gavilla de salteadores. Fue suerte que los hombres de Walker no pudieran darles alcance, pues que si hubieran caído en sus garras los habrían ahorcado. (1).

Vamos a contar una anécdota referente a la mascota de los filibusteros. Cuando aquellos "cincuenta y seis" desembarcaron en Brito y comenzaron a caminar sobre Rivas, se les pegó un perrito huertero que nunca los dejó hasta que murió. Le pusieron "Filibustero". Los acompañó en la toma de Granada, y jamás salió de la ciudad un piquete de reconocimiento o de batidores que no lo llevara. Cuando De Goicouría invadió Chontales con el encargo de pacificar la zona, "Filibustero" se fue con la tropa y en el combate de Juigalpa dio su vida por la causa de sus camaradas. Al saberse en Granada la noticia, un bardo aventurero compuso en su memoria esta elegía que publicó **El Nicaragüense**:

Erased un perrito de sólo huesos y pelambre
en cuyos tristes ojos se retrataba el hambre.
No era falderillo muñeco de salones
ni mastín que guardara los zaguanes
sino paria receptor de patadas y trompones.
Pero con lealtad canina nos seguía y nos seguía
por caminos o en combates, ya de noche, ya de día.
Y nunca las injurias y maltratos a montón
amargaron su apacible corazón.

Su lealtad en los buenos tiempos y en los malos
le ganó el cariño de toditos los soldados.
Y fue allá en Juigalpa, un pueblo chontaleño,
donde dio su sangre plebeya a borbollones
aquel paria que sólo recibiera patadas y trompones;
allí durmió "Filibustero" su postrer eterno sueño.

Reemplazó a ese perrito otro del mismo pelaje al que
nombraron "Príncipe". Este también se aficionó a la vida
cuartelera.

(1) Libro de recortes de Wheeler, Vol. 4, Pág. 155.

En septiembre de 1856 Walker cambió la bandera de la república. En sustitución de la antigua que tenía cinco volcanes en la franja blanca del centro, diseñó otra haciendo la franja blanca el doble del ancho de las dos franjas azules laterales, y en lugar de los volcanes puso una estrella roja de cinco picos. (+) Cuando los Rifles entraron con esta bandera a pelear en las calles de Masaya inscribieron en ella este tema: "Five or None" (Cinco o Ninguna), significando con ello el propósito de Walker de conquistar y federar las cinco repúblicas de la América Central.

Pocos días después de su rompimiento con Rivas, Walker apresó la goleta costarricense **San José** que había entrado en San Juan del Sur enarbolando la bandera de Estados Unidos. Basóse la captura en que la nave no llevaba sus papeles de registro en regla y navegaba, por tanto, sin bandera ni patente de navegación legales. Un tribunal de presas creado en San Juan del Sur condenó la goleta a favor del gobierno de Nicaragua. Fue armada con dos cañoncitos de a seis libras, y rebautizada con el nombre de **Granada**; se dio su mando al Teniente de Navío Callender Irvine Fayssoux. De las diversas compañías seleccionáronse hombres para su dotación. Así fue como Nicaragua tuvo su primera marina de guerra. Su propietario era el opulento comerciante leonés don Mariano Salazar, quien antes fuera uno de los demócratas más afectos a Walker. Salazar había hecho a un americano, Gilbert Morton, condueño de la goleta pensando que con esa triquiñuela podría adquirir el derecho de enarbolar la bandera de Estados Unidos, y a su sombra realizar jugosas utilidades mercadeando entre los puertos del litoral mientras durasen las hostilidades en Nicaragua. Cuando Walker descubrió la treta Salazar se convirtió en su más acérrimo enemigo. (1).

Listo ya Fayssoux para hacerse a la vela, recibió órdenes de cruzar las aguas del Golfo de Fonseca que se sospe-

(1) **La Guerra de Nicaragua**, Pág. 222, por Walker; y también Libro de recortes de Wheeler, Vol. 4, Págs. 145, 155, y 173.

(+) Tal como aparece en la carátula de este volumen. (Nota del Editor).

chaba utilizaban los partidarios de Rivas para comunicarse con Guatemala y El Salvador por medio de botes que saliendo de El Tempisque, en el Estero Real de Chinandega, llegaban a La Unión, puerto salvadoreño. De esa manera esperaba Walker interceptar la correspondencia que se cruzaran Rivas y sus aliados e impedir el envío de refuerzos por el golfo. El 21 de julio zarpó el **Granada** en su primer crucero con dotación de cuatro oficiales, quince marineros, y un carpintero de ribera. Su capitán tenía una vida interesante y había de agregarle un episodio más interesante todavía. Fayssoux, originario de Misurí, había sido guardiamarina en la marina de guerra cuando la república de Texas. Al disolver Texas su marina para convertirse en estado participó él en 1849 en una expedición a Cuba, a bordo del **Fanny**, la cual expedición frustró la marina de guerra americana. Al año siguiente se unió a la expedición de López a bordo del **Creole**, y se distinguió en la bahía de Cárdenas nadando hasta la playa con una cuerda entre los dientes, gracias a lo cual pudieron desembarcar sus compañeros. En 1851 siguió de nuevo a López en su malhadada invasión a Cuba, y en abril de 1856 salió de Nueva Orleans a probar fortuna en Nicaragua. Walker encontró al momento oportunidad para utilizar sus servicios. El marinero era, lo mismo que su jefe, pequeño y reticente, y también muy puntilloso en cuestiones atinentes a la dignidad de su cargo. (1).

Un incidente acaecido en febrero de 1857 revela el carácter de los dos ellos. El barco de guerra británico **Esk**, al mando de Sir Robert McClure, se encontraba en la bahía de San Juan del Sur. Sir Robert envió un subalterno al **Granada** a inquirir con qué derecho enarbolaba una bandera desconocida de todas las naciones, y le ordenaba a su comandante venir a bordo del **Esk** a enseñar su patente de navegación. Fayssoux respondió que la patente la guardaba en su camarote, pero que si se le obligaba a enseñarla lo haría bajo protesta, y que por nada del mundo la llevaría a bordo

(1) Libro de recortes de Wheeler, Vol. 4, Pág. 219; **Herald** de Nueva York, 16 de diciembre de 1856.

del **Esk**. Inútiles fueron amenazas y persuaciones. En vista de ello el oficial inglés le invitó, en son de amigo, a venir con él en su bote y subir al **Esk**. La respuesta fue que iría en su propio botecito; minutos más tarde estaba allá. Días después Sir Robert McClure visitó a Walker para hablar sobre la evacuación de algunos súbditos británicos. El general no se levantó ni le ofreció asiento al visitante; se limitó a decirle, después del saludo protocolario: "Espero que haya venido usted a excusarse por lo de la goleta". Sir Robert, de tan sorprendido, no halló qué responder, y Walker añadió: "Su conducta para con el Capitán Fayssoux desdice de un inglés y de un oficial británico. Protestaré ante su gobierno para que investigue y dé excusas". El marino dio en seguida explicaciones. (1).

La creación de la marina de guerra nicaragüense fue considerada de tanta importancia en el cuartel general que el periódico de Walker publicó parte de la bitácora del barco.

"Lunes, 21 de julio de 1856. A las tres P.M. la goleta **Granada**, al mando del Teniente de Navío Fayssoux, zarpó de San Juan del Sur. Es la primera nave que, como barco del gobierno, se hace a la mar; el génesis de la marina de guerra nicaragüense.

"Martes, 22 de julio de 1856. Bordeando la costa hacia el Golfo de Fonseca".

"Miércoles, 23 de julio de 1856. Abriéronse las cajas de municiones empacadas; resultaron inservibles. Hiciéronse veinte balas para los cañones. A las 3 P.M. rumboamos hacia la Isla del Tigre, unas doce millas distante.

"Jueves, 24 de julio de 1856. Cruzando el golfo. A las dos P.M. avistamos un gran número de bongos con rumbo al Este; los perseguimos. A las tres P.M. aparece un bergan-

[1] *Harper's Weekly*, 1., Pág. 199.

tín cuatro millas a barlovento, con bandera chilena. A las cuatro y treinta capturamos la chalupa **Mana** (patente de navegación francesa), sin carga ni pasajeros, A las seis sopla del Sur un recio chubasco; recogimos dos rizos de las velas y nos alejamos de la costa". (1).

El 27 de julio Fayssoux capturó un bongo con numerosos pasajeros entre quienes se encontraba nada menos que Salazar, ex-propietario del **Granada**. Cogiéronse también muchas cartas, dirigida una de ellas por Thomas Manning, Vicecónsul de la Gran Bretaña en El Realejo, a un comerciante de San Salvador, en la que manifestaba gran pesar por lo poco que hacían los otros estados para expulsar a los americanos; sugería que doblasen, por lo menos, el número de sus tropas. Walker anuló inmediatamente el exequator de Manning por "inmiscuirse en los asuntos internos de la república. (2). Salazar sufrió el mismo destino de todos aquellos a quienes Walker consideraba traidores: fue fusilado en la plaza de Granada. Su filiación democrática era motivo para que los granadinos lo odiaran, así que se alegraron de su muerte tanto como los leoneses se habían alegrado de la del legitimista Corral. Al saberse en León la captura de Salazar, sus correligionarios arrestaron al Doctor Joseph W. Livingston, americano residente allí, y enviaron un expreso a Granada haciendo saber a Walker que tenían al doctor en rehén por la vida de Salazar. El expreso llegó a Granada días después de la ejecución del demócrata, y Livingston se salvo gracias a la pronto intervención del Ministro Wheeler.

(1) *El Nicaragüense*, 9 de agosto de 1856.

(2) Libro de recortes de Wheeler, Vol. 4, Págs. 145 y 155; y también *La Guerra de Nicaragua*, Págs. 229 y otras, por Walker.

CAPITULO XVII

"Aquí fue Granada"

El 12 de julio, el propio día de la toma de posesión de Walker, entraba a León el primer contingente de tropas salvadoreñas. Seis días después se les agregaron los guatemaltecos, haciendo un total de 1,300 soldados aliados. El gobierno de Rivas sumó a ellos unos quinientos solamente. Estos datos son prueba evidente de que Walker nunca tuvo bajo su dominio al departamento de León. Pero a pesar del mayor número de tropas que los aliados tenían en el Norte, era hasta ese momento muy poco lo que Walker podía temer de ellos. A Rivas correspondía designar al jefe supremo del ejército, y como tal nombró al General salvadoreño Ramón Belloso. Esto naturalmente disgustó mucho a los guatemaltecos, quienes reclamaban el honor para su jefe el General Paredes; y el descontento fue tan grande que en las calles se armaban continuas reyertas entre los hombres de las tres nacionalidades, hasta el punto de hacerse necesario alojarlos en cuarteles diferentes. Agraviados los guatemaltecos por la desestima que de su jefe hacían, encajaron a don Patricio Rivas el apodo de "Patás Arriba". (1).

El gobierno del señor Rivas había enviado también un delegado a Honduras con la misión de establecer relaciones amistosas con esa república, pero Guardiola, en aquel entonces Presidente del Estado, no movió un solo dedo. No tenía ningún disgusto con el hombre que había negado apoyo a Cabañas, su viejo enemigo democrático. Pero, cuando vio al Presidente Carrera, de Guatemala, su amigo y aliado, arro-

(1) Montúfar, Págs. 550 - 8.

jarse a la lucha contra Walker, no pudo ya seguir en su actitud neutral. Así pues, el 7 de julio lanzó una proclama diciendo que Nicaragua había implorado la ayuda de Honduras y que se batiría por la república hermana, no sólo en virtud de la natural simpatía que enlazaba a los dos estados, sino también porque si se imponía a Nicaragua el yugo extranjero Honduras correría un gran peligro. El 20 de julio seiscientos hondureños emprendieron marcha a la frontera. (1).

El 18 de julio los gobiernos de Honduras, Guatemala y El Salvador firmaron un pacto de alianza para la defensa de su soberanía e independencia; reconocieron a Rivas como Presidente Provisorio de Nicaragua; prometieron enviarle tropas en proporción que determinarían más tarde, y se propusieron hacer desaparecer las disensiones internas. Luego invitaron a Costa Rica a sumarse al pacto. (2). Porque si bien es verdad que debido a los estragos del cólera este país había estado inactivo, no por eso había renegado de su juramento de combatir a Walker. Su Ministro de Relaciones Exteriores, don Joaquín Bernardo Calvo, se dirigió al Gobierno de El Salvador manifestando su confianza en que las otras repúblicas centroamericanas habrían de continuar la compañía que Costa Rica tan felizmente comenzara. (3). A Costa Rica llegó en aquellos días un delegado del gobierno español con el encargo de excitar a esa pequeña pero valerosa nación contra los filibusteros. El hecho de que con Walker estuviesen tantos revolucionarios cubanos preocupó mucho a Madrid. Cuando al fin el cólera declinó, Mora volvió otra vez su atención a los asuntos de Nicaragua, y en agosto convocó al congreso para trazar planes encaminados a proseguir la lucha.

Y no era únicamente España la potencia europea interesada en el caso. La corbeta francesa **Embuscade**, en pre-

(1) Montúfar, Pág. 518 y siguientes.

(2) Montúfar, Págs. 547 - 8.

(3) "Mi gobierno confía en que las fuerzas de Guatemala, y El Salvador y Honduras, concluirán la obra que él inició tan felizmente". Montúfar, Pág. 638.

visión de un posible ataque del **Granada** contra las tropas salvadoreñas que en bongos cruzaban el Golfo de Fonseca, protegió su transporte. (1). A principios de agosto una escuadra británica de trece barcos de guerra, con total de 268 cañones y dotación de 2.500 hombres, ancló en la bahía de San Juan del Norte. (2).

El 4 de agosto Walker, alarmado ante la coalición que se le venía encima, dictó un decreto imponiendo el bloqueo a todos los puertos centroamericanos, con excepción de los utilizados en el tránsito de mar a mar, y ordenó a su "marina de guerra" poner en efecto el decreto. (3). Las enfermedades y las deserciones día a día raleaban sus filas. Granada había sido siempre lugar malsano para los filibusteros, y el cólera y la fiebre amarilla hacían allí estragos. El temor a la peste y el saber que los ejércitos aliados venían en camino eran causas primordiales de las deserciones; pero había otras también. Los víveres escaseaban cada vez más. Los hijos del país abandonaban en gran número las inmediaciones de Rivas y Granada, y los americanos habían consumido ya la mayor parte de las provisiones disponibles. En ese verano (de Estados Unidos) pocos eran los que querían emigrar a Nicaragua. Los numerosos grupos que en diciembre y enero salieron de Nueva York lo hicieron en parte por huir de los rigores del invierno. Es probable que la natural efervescencia de la campaña política que en esos días agitaba a Estados Unidos distrajera la atención que los americanos tenían puesta en Nicaragua. El grueso de las fuerzas filibusteras ocupaba Granada; unos cuatrocientos resguardaban Masaya, plaza bien fortificada, y la caballería de Waters defendía Managua que era la posición más cercana al enemigo. A veces aparecían en las inmediaciones de León piquetes montados cuya misión era sólo amagar a las tropas aliadas acuarteladas allí.

(1) Montúfar, Pág. 549.

(2) Manuscritos del Departamento de Estado, Oficina de Índices y Archivos, Legación de Nicaragua, II.

(3) Manuscritos del Departamento de Estado. Oficina de Índices y Archivos, Legaciones Centroamericanas, II; **El Nicaragüense**, 9 de agosto de 1856.

La situación de los aliados no era mejor que la de los filibusteros. El cólera y la fiebre amarilla eran tan virulentos en León como en Granada. La ociosidad, las enfermedades, el alto porcentaje de defunciones, y sobre eso las continuas pendencias en los meses de julio, agosto y parte de septiembre casi apagaron el ánimo de los aliados; y Walker seguía a la expectativa mientras el morbo y la discordia inclinaban el platillo de la balanza a su favor. No sólo cundía la disensión entre las distintas nacionalidades, sino que entre los mismos nicaragüenses existían graves desavenencias también. Los viejos celos entre legitimistas y demócratas bullían siempre en el fondo. Jerez, ex-colaborador de Walker y el más prominente demócrata, era el mejor calificado para ser su líder, pero los legitimistas no podían tolerar semejante idea; ni tampoco había podido Jerez hacer que los que antes le seguían apoyaran de corazón una campaña que parecía ser obra casi exclusivamente legitimista. (1). En realidad los aliados no tenían un líder que lo fuera de verdad, y sus generales sin tamaño no se querían entre sí.

Por fin el 18 de septiembre los aliados emprendieron su avance hacia el Sur. Al aproximarse ellos a Managua, la caballería de Waters se replegó a Masaya, y los otros entraron en la ciudad el 24 sin encontrar resistencia. Permanecieron en Managua una semana, considerando, al parecer, el próximo paso que debían dar. En Masaya, 12 millas al Norte de Granada, cuatrocientos filibusteros los esperaban bien atrincherados; allí publicaban el periódico **Masaya Herald**. El 1º de octubre decía éste en sus columnas: "Masaya es hoy el Sebastopol (+) de Nicaragua, y queremos decir al enemigo, cualquiera sea su número: Venid estamos preparados para recibirlos como lo merecéis". (2). En esa coyuntura Walker cometió un desacierto muy similar al del principio de la guerra con Costa Rica, que fue ordenar la eva-

(1) Montúfar, Pág. 612 y siguiente

(+) Ciudad y puerto de Crimea, en Rusia, que soportó un memorable sitio de once meses puesto por una combinación de tropas francesas, turcas e inglesas. Los rusos la evacuaron en septiembre de 1855. (N. del T.).

(2) Montúfar, Pág. 614.

cuación de Masaya para concentrar todas sus fuerzas en Granada. (1). Los aliados avanzaron, se adueñaron de la ciudad y se atrincheraron en la posición abandonada, y para colmo Walker les permitió quedarse allí diez días recuperándose y recibiendo refuerzos. Desde Masaya los aliados impedían que la caballería de Walker saliera a buscar víveres, causando con esto a los filibusteros muchas privaciones. Se repetía la historia de aquello de la ciudad de Rivas, cuando después de permitir al enemigo apoderarse de la ciudad y parapetarse detrás de paredes de adobe, resolvió atacarlo para recobrar su posición perdida. Y con ese mismo fin salió de Granada el 11 de octubre a la cabeza de ochocientos hombres.

Mientras tanto, las rencillas personales que ya en León habían seriamente estropeado las relaciones interaliadas volvieron a surgir, dando por resultado que Zavala, jefe de los guatemaltecos, y Estrada, el ex-Presidente legitimista de Nicaragua, (+) se retiraran con sus tropas al vecino pueblo de Diriomo. Su alejamiento no significó ninguna pérdida, ya que de esa manera se restableció la armonía entre los que quedaron. Walker atacó a Masaya en igual forma que a la ciudad de Rivas seis meses antes. Pulgada a pulgada los filibusteros empujaron a los defensores ganándoles calles que conducían a la plaza, y ya estaban a punto de entrar en ella cuando un inesperado movimiento de Zavala les obligó a suspender el ataque y volverse a marcha redoblada a Granada. Y esto fue porque los generales Estrada y Zavala, en vez de acudir en socorro de Beloso que estaba siendo atacado, se lanzaron al asalto de Granada creyéndola indefensa. Si tal movimiento hubiera sido obra de generales de talento podría creerse que se debiera a pericia militar, pero en este caso los mismos centroamericanos dicen que fue ins-

(1) **La Guerra de Nicaragua**, Pág. 284 y otras, por Walker.

(+) El autor confunde aquí a dos personajes nicaragüenses, al Licenciado don José María Estrada, quien reclamaba la presidencia de la república con el entonces Coronel José Dolores Estrada, el héroe de San Jacinto. El Lic. Estrada había sido asesinado en agosto de 1856 en Somoto, es decir tres meses antes de los sucesos a que se está refiriendo el Profesor Scroggs. (N. del T.).

pirado por el deseo de no compartir las glorias con ningún otro, a lo que se puede agregar el aliciente del pillaje. Contrariados por haberse encontrado allí con una pequeña guarnición compuesta principalmente de empleados civiles y de enfermos hospitalizados que les opusieron obstinada resistencia, esos valentones desahogaron su saña en gente indefensa, cometiendo atrocidades que hasta don Jerónimo Pérez, crítico acerbo de Walker, las admite y enumera. Dos misioneros americanos, D. H. Wheeler y William J. Ferguson por ejemplo, fueron asesinados y sus cadáveres desnudos arrojados en la plaza del mercado. (1). Un niño inglés de seis años fue tirado mientras comía en la mesa de su casa, y un comerciante originario de Irlanda pero nacionalizado americano que había vivido en Granada por años y era apreciado por moros y cristianos, fue sacado de su casa, acribillado a tiros y mutilado a machetazos. La bandera americana, izada en la residencia del Ministro Wheeler, fue blanco de disparos, y al propio Ministro que yacía en cama gravemente enfermo le gritaron epítetos infamantes. Gracias a que el Coronel Fry envió unos cuantos rifleros a protegerlo, su suerte no fue peor. Guarecidos en los edificios públicos, los filibusteros se sostuvieron veinticuatro horas hasta que llegó Walker de Masaya a rescatarlos. El Padre Rossiter, capellán de la tropa, y John Tabor, Director de **El Nicaragüense**, fueron de los civiles que ayudaron a defender la ciudad. El periodista resultó con un fémur roto. El Padre Vijil, no tan belicoso como su hermano de sotana, corrió a esconderse en un arroyo apenas comenzado el zafarrancho. En cuanto los aliados fueron rechazados pidió a Walker pasaporte para irse del país.

Walker arrojó a Estrada y a Zavala de Granada el 13 de octubre, aniversario de la toma de la ciudad por los filibusteros; el saqueo de los guatemaltecos redujo mucho sus provisiones. Poco fue lo que perdió en su ataque a Masaya, pero mucho contra Zavala. Su ayudante de campo, el cu-

(1) Manuscritos del Departamento de Estado, Oficina de Índices y Archivos, Despachos, Legación de Nicaragua, II.

bano Lainé, cayó prisionero al extraviarse yendo en camino de Masaya a Granada. Su captura causó gran revuelo entre los aliados, y Zavala ordenó fusilarlo. (1). Tan pronto como esta noticia se supo en Granada Walker tomó represalia mandando fusilar a dos prisioneros guatemaltecos de rango que tenía en su poder, el Teniente Coronel Valderrama y el Capitán Allende; con eso quiso demostrar al enemigo que si le hacía guerra en esa forma él le devolvería dos golpes por uno. La ejecución de los dos guatemaltecos, sin embargo, fue reprobada por muchos oficiales filibusteros. Los prisioneros eran hombres de cultura; habían tomado filosóficamente su cautiverio, y tan amigos se hicieron de los oficiales filibusteros que éstos se encariñaron con ellos. Con gran pesar los hombres de Walker acataron la orden de ejecución.

En Masaya los rifleros de Walker habían causado tan gran estrago a las fuerzas de Beloso, que éste no salió a perseguir al líder filibustero en su retirada a Granada. Había Beloso despachado órdenes a Zavala en Diriomo llamándolo en su ayuda al comienzo del ataque, y de tal manera se enfureció cuando el guatemalteco en vez de obedecerle se lanzó sobre Granada, que se negó a hacer nada contra Walker dejando a su aliado tomarse la medicina solo. En el campo aliado reinaba un cisma grave, pero dos semanas después, cuando Costa Rica volvió a la lucha, se les despejó de nuevo el horizonte. El 1º de noviembre el Presidente Mora, percatándose del valor que el Tránsito tenía como "camino real del filibusterismo", expidió un decreto declarando haber reanudado la guerra contra los "inmigrantes usurpadores", e imponiendo el bloqueo del puerto de San Juan del Sur y del Río San Juan hasta tanto durasen las hostilidades contra los invasores. (1). Y al día siguiente el General Cañas salió con la vanguardia de las tropas a ocupar la ruta terrestre del Tránsito. El 7 entró en San Juan del Sur, desguarne-

(1) Según Montúfar, las últimas palabras de Lainé fueron: "Los hombres mueren, las ideas quedan".

cido entonces. La verdad es que Walker sólo contaba en todo el Departamento de Rivas con la "marina" de Fayssoux.

Con su reentrada los costarricenses amenazaban destruir la línea de comunicación de Walker, quien vio la necesidad de hacerse fuerte en un punto desde donde pudiera defender la ruta del Tránsito. La superioridad numérica del enemigo no le permitía dividir sus fuerzas. Para mediados de mes los aliados tenían ya más de tres mil hombres sobre las armas. Amparar contra éstos una ciudad grande y retener al mismo tiempo el Tránsito contra los costarricenses que estaban llegando, era algo que Walker no podía hacer con su reducido número de filibusteros. Viéndose en tal aprieto resolvió evacuar también Granada y encastillarse en Rivas, ciudad en la que el pasado abril se había fortificado el propio Mora. Pero, ante el temor de que los aliados de Masaya pudieran ir a unirse en Rivas con los costarricenses y adelantársele en su propósito de apoderarse del Tránsito, Walker resolvió atacar ambos puntos en rápida sucesión, como para ocultar su verdadero plan. El 11 de noviembre desembarcó con Henningsen y doscientos cincuenta hombres en La Virgen y al día siguiente marchó sobre San Juan del Sur, combatiendo y dispersando a tropas de Cañas que le salieron al paso, y dejando además a los costarricenses tan desmoralizados que ya no tenía por qué temerles hasta que fuesen reforzados. A la mañana siguiente contramarchó a La Virgen y por la noche estaba de vuelta en Granada planeando otro ataque a los aliados en Masaya. Para allá partió dos días después al frente de quinientos sesenta filibusteros. Cuando iba por medio camino supo que Jerez marchaba sobre Rivas con setecientos u ochocientos hombres. Esto le obligó a enviar doscientos cincuenta de los suyos de vuelta a Granada con órdenes de tomar el vapor y salir para La Virgen a retener el Tránsito.

[1] Manuscritos del Departamento de Estado, Oficina de Indices y Archivos, Notas América Central, II.

Con sólo trescientos hombres que le quedaban se dispuso Walker atacar en Masaya a una fuerza ocho veces superior a la suya y parapetada detrás de anchas paredes de adobe. Pero con Henningsen a cargo de la artillería abrigaba ciertas esperanzas. Comenzó el ataque el 15 y lo sostuvo hasta el 17. La artillería no rindió los resultados esperados, porque las espoletas eran demasiado cortas y la mayor parte de las granadas estallaban en el aire. Los zapadores comenzaron a trabajar horadando las paredes a fin de avanzar pasando de una casa a otra, y mientras los filibusteros adelantaban paso a paso iban pegando fuego a las casas que dejaban atrás para evitar que les picaran la retaguardia. La faena fue lenta, pero para la noche del 17 se habían acercado a veinticinco o treinta varas de los retenes aliados de la plaza. La toma de la ciudad hubiera costado a los filibusteros varios días más de sangrienta lucha, y aunque los aliados habían sido malamente zarandeados, Walker se vio obligado a suspender el ataque. Sus hombres ya no podían más, y una tercera parte yacían muertos o heridos. Tan grande era su agotamiento que ni siquiera podían montar guardia. El 17 por la noche levantaron el campo y desandaron ordenadamente el camino hacia Granada; los heridos iban en una hilera de mulas y caballos. Hasta que rompió el alba los aliados se dieron cuenta de que los filibusteros se habían retirado, y esto lo celebraron como una gran victoria. Si hubiesen los aliados perseguido y alcanzado al enemigo exhausto, Granada habría fácilmente caído en sus manos y el fin de la guerra hubiera sido de días no más. Sobrada razón tienen los historiadores centroamericanos de achacar incompetencia a sus generales. (1). Walker entró con su gente en Granada en las primeras horas de la mañana del 18, y al siguiente día comenzaron los preparativos para evacuar la ciudad.

Granada se asienta sobre una rampa que cae al lago. Y a pesar de ser uno de los lugares más insalubres de Nica-

(1) Montúfar comenta al respecto: "Con razón se hacen hasta hoy serios cargos a los jefes aliados".

ragua, ha sido siempre la ciudad favorita de los americanos. Su posición señoreante del lago le da cierta importancia estratégica; pero teniendo los filibusteros en su poder los vapores, podían fácilmente seguir valiéndose de ellos sin tener que sostenerse en Granada. Parece que el principal objeto de Walker en permanecer allí era gozar del prestigio que le daba ante los nicaragüenses la ocupación de la capital legitimista. En las pocas semanas anteriores a la evacuación de Granada la mortandad entre los filibusteros había sido aterradora. El repentino cambio de clima, el inmoderado consumo de exquisitas frutas, la excesiva crápula, la comida mal guisada, el perenne cambio de horario cuartelero, las copiosas lluvias, los cuarteles plagados de chinches, pulgas y piojos, y la negligencia general de la higiene, en breve hicieron víctima a los filibusteros de enfermedades tales como el tifo, la fiebre amarilla, la disentería y el cólera. Había médicos y medicinas para las curas, pero esos doctores no eran el orgullo de la profesión, y en aquellos tiempos hubiera sido imposible encontrar allá un doctor americano que tuviese siquiera los más primarios conocimientos de las enfermedades tropicales. Data apenas de los últimos años el descubrimiento curativo de la temida fiebre amarilla y de cómo controlar los estragos de la tifoidea, de manera que sería injusto juzgar al cuerpo médico de Walker conforme al tipo medio del siglo XX. Mas no obstante todas las excusas que pudieran aducirse, el servicio hospitalario aparece en la picota culpable de una ineficacia casi criminal. Los dos edificios destinados a servir de hospitales fueron en justicia llamados cámaras de los horrores. La cuarta parte, si no más, de los hombres yacían en montón sudando su fiebre, el más temido enemigo de los filibusteros. No había sábanas limpias para los enfermos que tenían que echarse vestidos con sus mismas mugrosas ropas de lana, las que por meses y meses le habían servido de uniforme en el día y de pijama en la noche. Jamás se limpiaban ni se fumigaban los camastros, y al herido se le asignaba uno en el que tal vez apenas unas horas antes algún pobre diablo había sucumbido al cólera o a la fiebre amarilla. Enjambres

de moscas se posaban en las heridas enconadas transmitiendo la infección de un enfermo a otro. Bichos y sabandijas de toda especie inundaban los cuerpos y se multiplicaban en el pelo de los pacientes. Muchos gritaban pidiendo en vano un vaso de agua; otros aullaban delirantes y a veces caían de sus catres sobre un suelo inmundo donde permanecían por horas hasta que asistentes ineptos llegaban a levantarlos. El hedor era casi insoportable hasta para los más sanos y fuertes. Y lo peor de todo era que cotidianamente salían de esos lugares ristas macabras de cadáveres cianóticos. Nada de extraordinario tenían pues que ante tales escenas los filibusteros recurrieran en exceso a la bebida, y que a las epidemias de las fiebres y del cólera se agregara una tercera: la desertión. En los peores días la mortalidad diaria alcanzó al dos y hasta el tres por ciento del total de la población americana de Granada, y en los momentos en que la ciudad era evacuada la proporción de defunciones era tan alta que, en opinión de los médicos, de no ocurrir un pronto alivio, no quedaría en seis semanas un solo americano con vida en Nicaragua. (1).

Cuando Walker decidió evacuar Granada ordenó el traslado de todos los enfermos y heridos a la isla de Ometepe, en el Lago de Nicaragua. Metiéronse a unos doscientos en un vapor del lago que con ellos partió a La Virgen, en donde se le echó más carga todavía. Ometepe es una isla volcánica utilizada entonces como reducción de indios a la cual no debía llegar gente de raza blanca sin su consentimiento. (2). Walker hizo caso omiso de esa prerrogativa y escogió el pueblito de Moyogalpa, en la costa occidental de la isla y a trece millas de tierra firme, para establecer su hospital allí. Sólo dieciséis millas separan a ese lugar de Rivas, ciudad que eligió para su nuevo cuartel general; esperaba mantener comunicación entre ambas poblaciones a través del puertecito de San Jorge situado en la ribera del lago y a unas tres millas

(1) *Harper's Wheelily*, I., Págs. 163-4, y 313.

(2) *A Ride Across a Continent*, Vol. II., Págs. 69-70, por Frederick Boyle, (Londres, 1868).

de Rivas. Cuando la tétrica carga de enfermos y heridos fue embarcada el 19 de noviembre con destino a la isla, la fetidez era tal que los encargados de asistirlos tuvieron que subirse a la cubierta superior del barco. Al fin del viaje algunos enfermos habían muerto, y muchos llegaron dando ya las últimas boqueadas.

Para desembarcar a los heridos hubo que bajarlos desde la cubierta inferior del vapor a un lanchón de hierro, con lo que sufrieron intensamente. No se habían dictado disposiciones para su llegada. El poblado queda una milla tierra adentro, y los pacientes tuvieron que esperar tendidos al raso en la playa hasta que uno a uno se les condujo en peso a Moyogalpa. Habiendo los isleños huido a la llegada de los extranjeros, los enfermos y heridos fueron dejados en los ranchos desocupados. A media noche hizo el lanchón su último viaje a tierra con los muertos, las medicinas y el instrumental médico.

El traslado fue dirigido por Rogers, el "confiscador general", a quien al menos debe acreditársele ese acto humanitario. Salió furtivamente de regreso a Granada dejando en la isla a un oficial muy capaz, el Capitán John M. Baldwin, quien llegó allí en la creencia de que sería llevado de regreso a Granada para reincorporarse a las filas de Walker. Baldwin naturalmente se indignó al saber que Rogers lo había abandonado, pero en el acto se hizo cargo de la situación disponiendo lo conveniente para el confort de los enfermos. Los seis camilleros ocupados en llevar los enfermos al poblado cayeron al fin exhaustos hallándose aún veinticuatro pacientes tendidos en la costa del lago. Un contratista de leña para los vapores, establecido en la isla, consiguió que dos indias que se habían quedado en el pueblito prepararan a las dos de la mañana un caldo para los que yacían en la playa. Y entonces, como otra desdicha más caída sobre esos infelices, se desató un torrencial aguacero que, no obstante estar los enfermos cubiertos de la mejor manera posible con colchas e impermeables, los empapó tan brutalmente que

varios amanecieron muertos. Y cinco más murieron en los ranchos de Moyogalpa. Treinta y seis pasaron a mejor vida en cinco días, y otros, muertos de hambre o perturbada la razón por las fiebres, cogieron el monte para nunca más saberse de ellos. La vista de esos escuálidos espectros, pidiendo de comer, o delirantes, llenaba de terror a los isleños. Allí no había una pala adecuada para cavar una fosa, y no pudiendo mucho menos hacerlas individuales con la única pala de madera y otras herramientas improvisadas que tenían, se cavó una zanja comunal para los muertos. En ella se fue sepultando la cuota diaria de cadáveres, sin dobles de campanas, sin ataúd, sin una oración siquiera. (1). Y la tierra que soñaron un día hacerla suya fue la única mortaja de sus cuerpos purulentos.

Tres días después hizo el vapor otro viaje a la isla llevando al Coronel Fry con sesenta hombres, más algunos oficiales y doctores. Con ellos llegaron también cincuenta o sesenta americanas, con sus niños, las familias de algunos comerciantes alemanes, y unas nicaragüenses cuyos maridos seguían militando en las filas de Walker. Las mujeres hacían de enfermeras, pero hubo entonces que sacar de los ranchos a los enfermos y heridos menos graves para alojarlas en ellos. Entre los recién llegados había algunos en tal estado de inanición que empeoraron la situación general. Y, como si toda esa miseria fuera poco, el 1° de diciembre una turba de indios asaltó el poblado, pegaron fuego a los ranchos e hicieron huir aterrorizados en las tinieblas a los que pudieron correr. Los indios, sin embargo, lo único que querían era saquear los cofres de las mujeres, y realizado su deseo de botín se retiraron al amanecer. Muchos de los hombres capaces de pelear, y hasta varios oficiales, abandonaron cobardemente a los enfermos y a las mujeres y a los niños, huyendo a la primera voz de alarma. Algunos fugitivos se embarcaron en botes rumbo a tierra firme. En la mañana Walker, que andaba en vapor por allí, recogió un

(1) Harper's Weekly, I., Pág. 200 y siguientes.

bongo lleno de ellos, a los que inmediatamente llevó a la isla. Al acercarse encontró a la deriva el lanchón que se utilizaba para desembarcar a los pasajeros en la isla hasta los bordes de hombres, mujeres y niños en la más lastimosa situación. Fueron subidos a bordo, y de labios de algunas mujeres deslenguadas oyó Walker execraciones que ni el hombre más curtido hubiera osado vociferar en su presencia. Finalmente los enfermos, los heridos, y los niños fueron llevados a tierra firme y alojados en San Jorge. El traslado a un lugar más saludable reanimó bastante a los americanos, y el arribo de ochenta filibusteros de California y doscientos treinta y cinco de Nueva Orleans al mando de Lockridge alentó aún más sus esperanzas. (1).

Entre tanto, Henningsen libraba en Granada una lucha titánica. Al abandonar la ciudad, Walker pensó que dejarla intacta sería regalar a los aliados una poderosa fortaleza y perder todo el prestigio que había ganado al apoderarse de la capital legitimista. En consecuencia, resolvió arrasarla; y confió esa misión a Henningsen. Después de enviar a los enfermos y heridos a la isla de Ometepe y dejar unos trescientos hombres al mando de Henningsen para realizar la obra de devastación, Walker se fue con el resto de sus fuerzas, que eran sólo dos compañías de infantería, a La Virgen, en donde esperaba que Henningsen se le uniera pronto con los pertrechos y todo lo demás.

Los cuarteles de La Virgen eran peor todavía que los de Granada. Y la alimentación igualmente mala. Masaya, a la que nombraban "el granero de Nicaragua", estaba en poder del enemigo, y los alrededores del Tránsito producían muy poco. Las fiebres reinaban rampantes; cerníase el peligro de un ataque de Cañas y sus costarricenses a quienes Jerez con un fuerte contingente de nicaragüense había reforzado poco antes en Rivas; y el espíritu del puñado de fili-

(1) **La Guerra de Nicaragua**, Págs. 318 - 20, por Walker.

busteros capaces de pelear era muy bajo. De San Juan del Sur llegaron noticias el 23 de noviembre referente a que Fayssoux había salido a mar abierta en el **Granada** a enfrentársele a un bergantín costarricense, y que para evitar ser capturado había hecho volar su barco. Esto ensombreció más los ánimos. El informe, sin embargo, fue rectificado al siguiente día al saberse oficialmente que Fayssoux había obtenido una victoria naval hundiendo al barco enemigo. Esta última noticia hizo mudar totalmente el semblante de las cosas, y los filibusteros se pasaron el día celebrando su primera victoria naval.

Los costarricenses habían recientemente artillado un bergantín rebautizándolo con el nombre de **Once de Abril** en honor a su victoria de la segunda batalla de Rivas. En él pensaban llevar tropas y pertrechos de Punta Arenas a San Juan del Sur, y también interceptar los movimientos de la goleta filibustera. Tenía el **Once de Abril** cuatro cañones de a nueve libras y una dotación de 114 hombres. El **Granada** llevaba dos cañones de a seis libras y veintiocho hombres de dotación, cinco de los cuales no eran combatientes.

El 23 de noviembre se encontraba el **Granada** en la bahía de San Juan del Sur cuando a eso de las cuatro de la tarde se divisó una vela en alta mar: Fayssoux levó anclas para salirle al encuentro. A las seis sólo un cuarto de milla separaba a los dos barcos y el extraño enarbolaba la bandera costarricense. El **Once de Abril** abrió fuego con sus cañones y rifles respondiéndole el **Granada**. La lucha se prolongó dos horas. Los porteños acudieron a la playa desde donde veían los fogonazos entre las penumbras del anochecer. A las ocho se vio una enorme luminosidad seguida segundos después de un ruido como trueno, y los espectadores supusieron con razón que uno de los barcos había sido volado. En espera de noticias que no llegaban y en vista de que Fayssoux no volvía, dieron por hecho que éste había hecho volar la goleta para evitar su captura. Sabíase que el filibustero tenía pocas municiones, y puesto que el combate

duró dos horas dieron por hecho que el comandante, viéndose en la sin remedio, había recurrido a medidas extremas. Habíasele oído decir que nunca lo cogerían vivo. La conjetura llegó a ser convicción, y la noticia del supuesto desastre fue enviada por expreso a Walker y sus desalentados partidarios en La Virgen.

Sin embargo, a la mañana siguiente entró al puerto el **Granada**, sin daño visible, pero sus puentes atestados de hombres. Allí venían los cuarenta y un sobrevivientes del desastre del bergantín costarricense a quienes Fayssoux había rescatado de las aguas. Un cañonazo del **Granada** dio en santabárbara del **Once de Abril** causando una explosión que lo destrozó. El casco en llamas flotó casi una hora, lo que apenas dio tiempo para sacar de él a cuatro hombres, pues Fayssoux contaba con sólo un botecito para salvar también a lo que se habían echado al agua. El capitán y muchos tripulantes tenían horribles quemaduras; Walker ordenó a sus médicos atenderlos con esmero. Al resto se les dio pasaporte para volver a sus casas (Walker no estaba en condiciones de alimentar prisioneros) y el relato que hicieron del buen trato recibido asombró a los costarricenses, cuyas ideas de los filibusteros eran reflejo de las injuriosas crónicas publicadas por el periódico de su gobierno. Cuando el capitán del **Once de Abril** sanó del todo fue puesto a bordo de un barco con destino a Panamá. En el combate Fayssoux tuvo un muerto, dos heridos de gravedad, y seis levemente. El mayor daño sufrido por el **Granada** fueron agujeros en sus velas; la tripulación contó doscientos sesenta de ellos.

Tan pronto como Walker recibió el parte de la victoria expidió un comunicado agradeciendo a Fayssoux en nombre de la república, ascendiendo a capitán y donándole la hacienda "El Rosario", cerca de Rivas, en reconocimiento a sus servicios. (1). A poco de eso el nuevo capitán visitó a su jefe

(1) *La Guerra de Nicaragua*, Págs. 303 - 6, por Walker; Libro de recortes de Wheeler, Vol. 4, Pág. 219; *Herald*, de Nueva York, 16 y 31 de diciembre de 1856; Montúfar, Pág. 687 y siguientes.

en La Virgen. Walker lo invitó a una comida junto con sus oficiales; fue una merienda frugal en la que hubo vino. Fayssoux, abstemio absoluto, rehusó tomar, pero sus oficiales, en cambio, lavaron el buen nombre del marino brindando repetidamente por sus laureles.

Entretanto llegaban malas noticias de Granada. El trabajo de incendiar la ciudad resultaba difícil. Tan pronto como los filibusteros recibieron orden de quemarla se apresuraron primero a poner a salvo sus pertenencias y luego se dieron al pillaje. Encontraron grandes cantidades de finos licores que pensaron sería una lástima destruir, y entonces oficiales y soldados comenzaron desde ese momento a beber como en una bacanal. Los aliados acuartelados en Masaya al saber que Walker había evacuado Granada dejando sólo una pequeña guarnición, se dispusieron a atacarla urgidos por los Generales Martínez y Paredes. Pero todo fue que Paredes propusiera el plan a Belloso, para que éste lo objetara; y se pasaron dos días porfiando antes de iniciar el avance sobre Granada. El 24 de noviembre los aliados atacaron simultáneamente a Henningsen por tres distintos puntos. El acuarteló a sus hombres en casas de adobe de los costados de la plaza; pero los aliados se apoderaron de la Iglesia de Guadalupe, situada en un punto más o menos equidistante entre la plaza y el lago, cortándole de esa manera su retirada al muelle de piedra en donde podía ser rescatado por uno de los vapores. Por otra parte, un pelotón de veintisiete filibusteros se encontraba en el muelle cuidando una carga cuando comenzó el ataque, de suerte que al ser tomada la iglesia éstos quedaron aislados de sus camaradas de la plaza. El muelle había sido construido con restos del viejo fuerte de piedras levantado en tiempos coloniales y cuyos escombros daban todavía fe de él. Detrás de sus derruidos muros estos veintisiete hombres se sostuvieron en su puesto manteniendo a raya a los aliados durante dos días. Walker se aproximó en el **San Carlos** y se comunicó de noche con ellos, aprovisionándolos de víveres y municiones. Había que conservar el muelle si se quería socorrer a Henningsen, y el

pequeño destacamento de filibusteros se sentía seguro de poder sostener el punto. Pero había un traidor entre ellos. Un joven venezolano de apellido Tejada, a quien el año anterior los americanos encontraron engrillado en Granada y lo libertaron, se pasó a los aliados; les informó cuántos eran los filibusteros y les indicó la manera de atacarlos por la retaguardia utilizando uno de los lanchones de hierro de la Compañía del Tránsito. A la mañana siguiente los defensores del muelle fueron rodeados y exterminados hasta el último.

Henningsen mientras tanto había pegado fuego a las casas residenciales de la plaza y tomado por asalto la Iglesia de Guadalupe, con todo y que al principio del ataque demoró su tarea la continua orgía de sus hombres, a quienes el inminente peligro parecía desmoralizar todavía más. Dentro de la iglesia se hacinaron soldados, enfermos y heridos, y mujeres y niños. Contaba con una fuerza de doscientos diez combatientes; había allí además setenta y una mujeres y niños, y alrededor de noventa heridos.

El 28 de noviembre enviaron los aliados un emisario con carta a Henningsen instándole en nombre de la humanidad a rendirse, y prometiendo a todos sus hombres garantías y pasaporte para salir del país. Henningsen respondió con altivez, desdeñando la propuesta. Los aliados arremetieron repetidas veces contra la iglesia, pero los rifles filibusteros los repelieron siempre causándoles numerosas bajas y de tal manera los desanimaron que sus jefes desistieron de seguir lanzando sus hombres al asalto. Los de la iglesia redujeron su dieta a carne de mula y de caballo, con un mínimo de harina y de café. Las condiciones de salubridad en el templo eran espantosas. Había allí cerca de cuatrocientos hombres, mujeres, niños, heridos, enfermos y sanos, apilados todos en montón. De las calles afluentes, en donde yacían los cadáveres putrefactos de los soldados aliados caídos al tratar de tomarse la iglesia, llegaba un hedor nauseabundo. No tenían los filibusteros alimentación adecuada

para los enfermos, y la muerte segó con su guadaña a muchos. Luego apareció entre ellos el cólera, enemigo diez veces más temible que los aliados. Tan pronto como la epidemia estalló sobre los filibusteros se les administró una fuerte dosis de opio, y se les prohibió tomar agua, por creerse que esto les sería fatal. La droga llevó a muchos al borde de la locura, de tal suerte que implorando agua a gritos gateaban en el suelo pasando por encima de moribundos y cadáveres. A veces dos hombres, perdida la razón, daban por reñir y en su lucha caían sobre el cuerpo de un compañero herido que al sentirse lastimado aullaba de dolor. (1).

Y de entre esas dantescas escenas surgió una figura humana como luz resplandeciente: la Iglesia de Guadalupe tuvo su Florence Nightingale. (1). Fue ella la esposa de un actor llamado Edward Bingham. Con su marido, que había quedado paralítico, llegó a Nicaragua seducida por el señuelo del pasaje gratis y una parcela; desde el comienzo le tocó asistir a enfermos y heridos, y en la Iglesia de Guadalupe tal vez logró hacer que muchos recuperaran. Su abnegación le granjeó la más profunda gratitud de los filibusteros, pero ella también cayó víctima de la temida pestilencia; murió en pocas horas de padecimiento. (2).

En diecisiete días se registraron ciento veinte defunciones entre soldados y civiles, sin contar los muertos en batalla. A los enfermos pudo al fin llevarseles a unas casuchas que se comunicaban con la iglesia mediante parapetos de adobes, mejorándose con eso un poco aquella angustiosa situación. (3). El 1° de diciembre comenzó el éxodo de los filibusteros hacia el lago. Por la noche alargaban las líneas de pa-

(1) **Harper's Weekly**, I., Pág. 71.

(1) Enfermera inglesa de la guerra de Crimea (1854 - 56); precursora de las modernas enfermeras. Nació en 1820 y murió en 1910. (N. del T.).

(2) Sus niños murieron con ella, pero su esposo sobrevivió a los horrores del sitio, y el **San Joaquin Republican**, fechado el 12 de febrero de 1857 dio cuenta de su llegada a California. Y **Harper's Weekly**, I., Pág. 87.

(3) **La Guerra de Nicaragua**, Págs. 322 - 5, por Walker; Montúfar, Pág. 720 y siguientes; Manuscritos en el libro de recortes de Wheeler, Vol. 4, Pág. 208.

rapetos por ambos lados de la calle, y durante el día las defendían de los ataques aliados. Quedaron en la iglesia treinta hombres con órdenes de atajar a los atacantes por la retaguardia; manteníase continua comunicación entre la iglesia y los que se desplazaban hacia el lago. De esa manera Henningsen conservaba una posición a la que podía volver en caso que los aliados le tomaran los parapetos que iba levantando. Día tras día trataron los aliados de cortar la línea de comunicación o de tomarse la iglesia, pero una y otra vez fueron rechazados con pérdidas enormes. Los aliados recibían continuamente refuerzos, en tanto que la peste y los heridos diezaban las filas filibusteras en cuyo cuartel las municiones de guerra y de boca escaseaban cada día más. Pese a todo, los oficiales hacían prodigios de ingenio fabricando balas de cañón en hoyos que cavaban en tierra mojada y luego rellenaban con trozos de hierro y con plomo derretido. Eso era ya una bala rasa de a seis libras para sus cañones.

Los sitiadores sufrían igualmente a causa del cólera y las fiebres, de lo cual murió el General Paredes, guatemalteco, quedando entonces Zavala al mando de esas tropas. Este General escribió el 8 de diciembre una nueva carta a Henningsen, intimándole la rendición y diciéndole que no contara con ayuda de Walker, pues los últimos vapores del Atlántico y del Pacífico no le habían traído ningún refuerzo. Esto último era falso. Henningsen se limitó a responderle verbalmente que por ser él soldado sólo parlamentaba a boca de cañón. Durante todo este tiempo Walker acechaba en el lago frente a Granada a bordo del vapor **La Virgen**, tratando de encontrar la manera de sacar a sus hombres del brete en que se hallaban. Las dos compañías acuarteladas en La Virgen no podían ser trasladadas a otra posición porque entonces esta población caería en manos de Cañas y Jerez concentrados en Rivas. Lo cual, naturalmente, daría al enemigo el control del Tránsito que provocaría el inmediato derumbe del régimen filibustero.

En la primera semana de diciembre llegaron trescientos aventureros de Nueva Orleans y California, con lo que el futuro de los filibusteros presentó perceptibles destellos de optimismo. Los recién llegados parecían valientes y ganosos de pelear. Púsose al mando del Coronel John Waters, Comandante de la caballería, un cuerpo de ciento sesenta hombres que se organizaron en cinco compañías, y el 11 de ese mes se embarcaron en el vapor **La Virgen**. Todo el siguiente día se lo pasaron frente a la playa de Granada observando las posiciones aliadas y al caer la noche el vapor, con sus luces apagadas, se dirigió al mismo sitio del Norte de la ciudad en donde catorce meses antes habían desembarcado los filibusteros para tomársela. Después que hubieron los hombres pisado tierra Walker volvió al lugar donde el vapor permanecía anclado en el día. A eso de media noche se oyeron los secos disparos de los rifles filibusteros seguidos del estruendo fofo de las descargas de la fusilería aliada. Enmudecieron por un rato los primeros para volver a oírse en seguida más fuerte y más cerca, lo cual reveló a Walker que el aguerrido Waters estaba haciendo retroceder a los aliados. El tiroteo duró unos minutos, volviendo todo al silencio otra vez. Escrutando en dirección a la ciudad que ardía y aguzando el oído los del vapor oyeron un grito en el agua como de alguien pidiendo auxilio. Bajóse en el acto un bote que recogió y subió a bordo a un joven moreno a quien en la obscuridad Walker, tomándolo por nicaragüense, comenzó a interrogarlo en español. Se sorprendió cuando le contestó en inglés, pues no era otro que un hawaiano nombrado "Kanaka John", de los que con Walker llegaron en el **Vesta** a Nicaragua. El muchacho había nadado cuatro horas portando una botella lacrada con un mensaje de Henningsen. Dábale éste cuenta a Walker de la situación en que se encontraban los sitiados y le indicaba ciertas señales que debían hacerle en caso que pudiesen ir a restacarlos. Hicieron-se inmediatamente las señales, pero los movimientos que se efectuaban en la playa impidieron que los otros las vieran. Se reanudó el fuego en la playa, y al amanecer Waters ha-

bía ocupado todas las trincheras aliadas juntándose a Henningsen. Esta hazaña le costó más de la cuarta parte de sus fuerzas: catorce muertos y treinta heridos. La manera en que se tomó las trincheras en la obscuridad hizo creer a los aliados que las fuerzas filibusteras de rescate eran varias veces más numerosas. A eso se debió que en el acto abandonaran el histórico fuertecito del muelle, del cual se apoderó en seguida Waters para comunicarse desde allí con el vapor. Al instante comenzaron a hacerse los preparativos para embarcar en **La Virgen** a los sobrevivientes del asedio; los aliados no impidieron la evacuación. Antes de partir Henningsen clavó entre las ruinas humeantes un asta de lanza con un pedazo de cuero en la punta que decía: "AQUI FUE GRANADA". (1).

De las 421 personas que había en Granada al comenzar la batalla, 124 fueron muertas o heridas,, 120 fallecieron víctimas del cólera o las fiebres, dos cayeron prisioneros, y unos cuarenta desertaron, sumando una pérdida total de 286 en diecisiete días. De la fuerza total de 277 combatientes que eran al comienzo de la lucha, 124 fueron muertos o heridos, lo cual disminuyó su número a 153, y los desertores y prisioneros la redujeron todavía a sólo 111. (2). De las pérdidas sufridas por los aliados no se tienen datos fidedignos. La afirmación de Henningsen referente a que perdieron de mil quinientos a mil setecientos, cifras que él dice haber tomado de periódicos guatemaltecos, es absurda, puesto que los sitiadores nunca tuvieron más de tres mil hombres, hubieran tenido que perder la mitad de la totalidad de sus tropas.

Los sobrevivientes de este memorable sitio fueron llevados a San Jorge. Cuando Cañas y Jerez supieron que Henningsen había sido rescatado, abandonaron a toda prisa Rivas por temor a la artillería con que ya contaba Walker,

(1) **La Guerra de Nicaragua**, Pág. 326 y siguientes, por Walker.

(2) Libro de recortes de Wheeler, Vol. 4, Pág. 208; (Manuscritos de puño y letra del Ministro Wheeler).

y fueron a unirse con Beloso en Masaya. El ataque a Granada no será uno de los grandes sitios de la historia, pero en pocas guerras se vieron casos de arrojo tan temerario de parte de los defensores y se opuso tan obstinada resistencia en tan desventajosa situación. Considérase que Walker, al haber podido sacar de semejante aprieto a los sitiados, realizó una proeza poco menos que imposible.

El Padre Vijil se encontraba en San Juan del Norte cuando supo del incendio de Granada. La noticia quebrantó el corazón del viejo cura. Estrujándose las manos caminaba de arriba para abajo arrepentido de haberse asociado a unos hombres que lo habían hecho romper con sus amigos y que también le habían destruído sus propiedades. (1).

[1] **Harper's Weekly**, 25 de abril de 1857.